

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

25 - 31 marzo 1956 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Núm. 382

FALSIFICADORES DE LA INFORMACION



UN AGENTE INTERNACIONAL:

ELENA DE LA SOUCHERE

LA PENA DE MUERTE NO SERA ABOLIDA, POR EL MOMENTO, EN INGLATERRA
 Una crónica especial para EL ESPAÑOL, por Jesús Pardo, desde Londres (pág. 23)
 La familia obrera española (pág. 9) * Un Club norteamericano en la capital de España, por F. Crespi (página 14) * Rota, paloma blanca del Sur, por J. Sutil (página 19) * La familia en los países nórdicos, por M. Etcheverry (pág. 28) * El estrecho de Gibraltar, la vía marítima más transitada del mundo, por F. Costa (pág. 32) * Entrevista con el padre Ibáñez, por E. Salcedo (pág. 43) * La francmasonería en el Parlamento, por Pierre Saint-Charles (pág. 46) * Entrevista con el profesor Berrueta, por Blanca Espinar (página 50) * El niño Manuel Macarro regresa a España, por M. Jesús Echevarría (pág. 55)
 EL SAPO, novela, por A. Pérez Sánchez

LA VICTIMA QUE CAYO DENTRO DE SUS REDES



El pregonero de la primavera

Con sus dos jorobas, sus colorines
y sus cascabeles, versátil y alocado,
Polichinela pudiera ser
el pregonero de la Primavera.

Su bronca voz gangosa canta
las excelencias del buen tiempo.

Pero, a la vez se ríe
de la ingenuidad de los incautos.

La Primavera es, como Polichinela,
luz, color, cascabeles...

Y, de cuando en cuando,
también burla, frío, tormentas, viento...

Unicamente entonando el cuerpo,
adaptando la fisiología
a los cambios climatológicos
con la exquisita "Sal de Fruta" ENO,
combatiremos los trastornos primaverales,
versátiles como su pregonero.

La "Sal de Fruta" ENO es un producto consagrado con más de tres cuartos de siglo de uso en el mundo entero. Depura la sangre y estimula las funciones orgánicas. En forma concentrada y conveniente posee muchas de las beneficiosas propiedades de la fruta fresca y madura.



Adquiera
el frasco
grande.
Resulta
más
económico



LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

DARO

FALSIFICADORES DE LA INFORMACION

UN AGENTE INTERNACIONAL:
ELENA DE LA SOUCHERE

LA VICTIMA QUE CAYO DENTRO DE SUS REDES

DENTRO del plan comunista de subversión interna en los países se presta atención especial a aquellos hombres con alguna vocación literaria que, por su situación económica, moral o familiar, son más fácilmente moldeables, de menor capacidad de resistencia a su acción, deformadora, primero, y francamente proselitista, después. Esta acción proselitista no se orientó en España hacia los cuadros de la Prensa, pues consideran que la penetración en ellos es imposible, dada la madurez política, el sentido de responsabilidad, el sólido espíritu nacional y la aguda perspicacia, que actualmente poseen los profesionales del periodismo. Pero conocedores de que la «información»—en cualquiera de sus múltiples manifestaciones—representa uno de los instrumentos más decisivos para todo género de actividad social o política, polarizaron su esfuerzo en torno a aquellos elementos no profesionales, ajenos y extraños a la comunidad periodística, que, con mayores o menores cualidades de inteligencia y temperamentales, de moral quebrantada y socialmente desencajados, podían ser hábilmente utilizados y manejados para una labor «informativa» parcial, tendenciosa, contraria a los intereses de España y contra el orden y la paz existentes en nuestro país.

En la consecución de estos objetivos y en la presión—directa o indirectamente ejercida—sobre estos individuos han coincidido los dirigentes de las organizaciones comunistas, socialistas y separatistas, que aún arrastran su vergonzante existencia en el exilio. Pero, como siempre, es el partido comunista—mero instrumento de los proyectos políticos de Rusia—el que, en definitiva, se apodera y controla despóticamente a estos hombres, convirtiéndolos en peones sumisos de su juego. Porque, como siempre, es el agente comunista el que realiza a conciencia la labor de desnaturalización y corrupción ideológicas de la «víctima», con lo que, supuesta una permanente y oportuna



proximidad posterior a ella, tiene en todo momento asegurada su obediencia. La afiliación explícita al partido es la que importa menos. En muchos casos, hasta puede no ser deseable. Basta con que la organización comunista ejerza su dominio subterráneo.

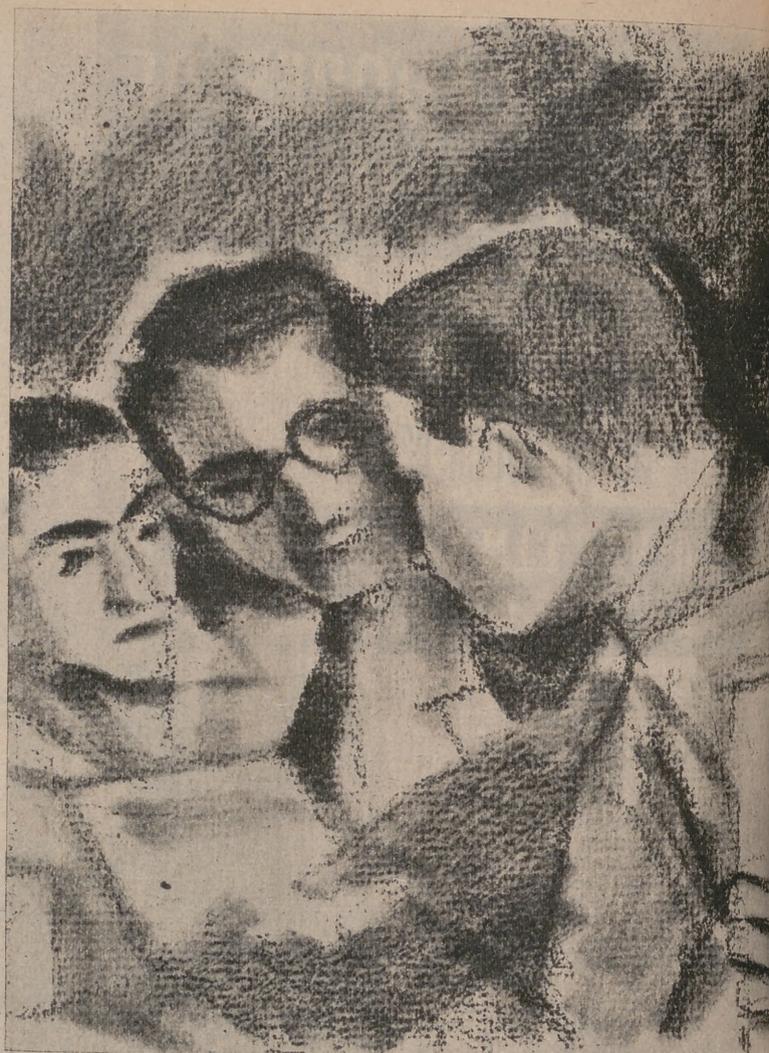
Estamos, por consiguiente, ante uno de los aspectos más aleccionadores de la conjura universal comunista. Para los españoles no son cosas absolutamente nuevas. La «deformación de la información» ha sido una de las constantes en la actividad comunista —y no comunista— frente a España en estos veinte años. La historia documental de dichas actividades, en las que tantas veces caminaron juntos, desde periódicos y revistas de marchamo católico, hasta los que son portavoces oficiales y oficiosos del Kremlin, pondría de manifiesto, con pruebas abrumadoras, la inmoral entrega de tantas Empresas periodísticas extranjeras a ciertos poderes ocultos, subterráneos y oscuros, para los que la veracidad, el recto ejercicio de la auténtica libertad y honradez «informativa» son principios que no cuentan. Eloy Tomás Ortiz García, detenido últimamente, es un caso tipo.

UN NOMBRE EN LA AGENDA

Nació en Bilbao hace treinta y un años. Eloy Tomás recibió una educación religiosa esmerada. Hasta 1953, su conducta responde a normas morales perfectamente definidas. Pero determinadas circunstancias personales y familiares lo empujan, un día cualquiera de este mismo año 1953 hasta Madrid. Quiere abrirse camino y quiere entregarse a lo que juzga que es su verdadera vocación: quiere ser escritor. Muy pronto lo encontraremos en contacto con un personaje, al que ya conocen los lectores de EL ESPAÑOL. Cuando llegó a la madrileña estación del Norte, en su carnet de notas figuraba el nombre de Antonio López Campillo, nombre que le habían facilitado en Bilbao. Los antecedentes de Eloy Tomás y algunas amistades le proporcionan su primera colocación. Con ello, su problema más urgente entra en vías de solución. Ahora puede otear otros horizontes culturales y literarios. López Campillo es «un buen mentor», además de un hombre que vela por «sus amigos». Evidentemente, Campillo sabe escogerlos. Lo hace en muy distintos sectores.

COMUNISTA Y PROTESTANTE EN UNA PIEZA

Uno de estos sectores es la «Iglesia Evangélica». Porque Antonio López Campillo ha estimado «muy conveniente» matizar su personalidad de «protestantismo». Si algún día sus actividades subversivas como agente comunista le conducen hasta las manos de la Policía, la detención podrá explotarse en el extranjero, presentándola como un ejemplo de intolerancia, de persecución alarada e inquisitorial contra un credo religioso. Sobre todo, porque él ha logrado escalar un puesto destacado en la



secta llamada «Esfuerzo Cristiano», secta o grupo—dicho sea de paso—cuyos pastores o dirigentes tienen un historial político de indudable significación marxista o socialista.

Campillo fué elegido presidente del grupo, que se reúne en la capilla de la calle de Calatrava el 22 de octubre de 1950. El mismo lo explicaba en el número 18 de la revista clandestina titulada igualmente «Esfuerzo Cristiano». Por esta publicación sabemos, entre otras cosas, que en 1951 asistió al I Congreso de Laicos, celebrado en Wuttemberg, y que en 1952 intervino en el II Congreso Eucuménico Europeo de Juventud, que tuvo por escenario el castillo de Oud-Poelgeest, en Leiden. Como en tantos otros casos, acción política subversiva y protestantismo son en España factores íntimamente ligados entre sí.

Con este ejemplar de comunista injerto en protestante es con quien inmediatamente intima Eloy Tomás Ortiz García, cuya evolución intelectual y política, bajo el magisterio y control de muy diversos elementos, presenta una serie de etapas claramente marcadas.

LECTURAS Y TERTULIAS

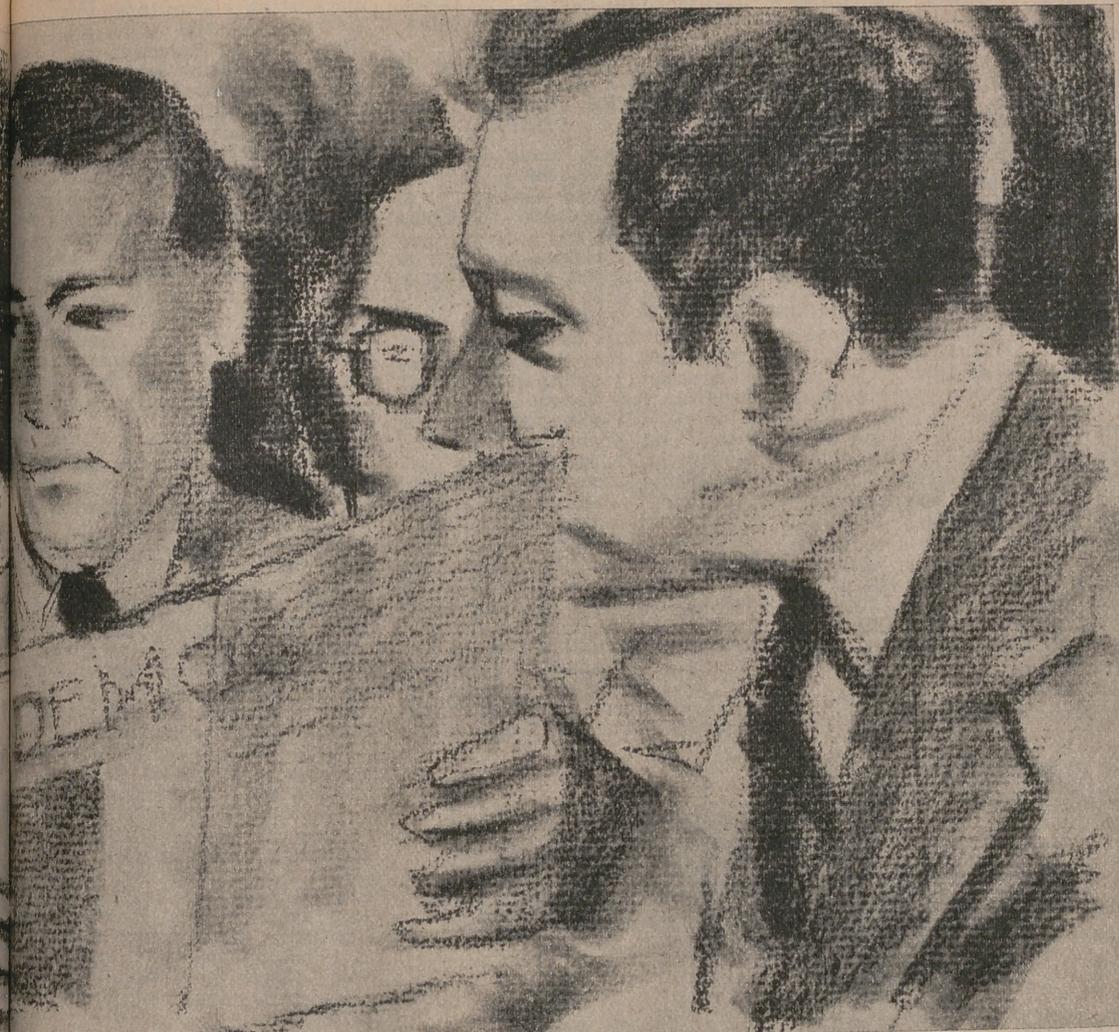
Primero son las conversaciones y discusiones amistosas, que Campillo canaliza siempre en dos direcciones: teorías econó-

micosociales, de franco matiz marxista, y doctrinas religiosas de neto sabor protestante. A este primer periodo sucede el de la lectura asidua de una serie de obras literarias y filosóficas, puestas a su disposición por Campillo, cuya temática abarca desde el existencialismo a las concepciones mecanicistas y materialistas de la vida en cualquiera de sus manifestaciones. También es Campillo quien le introduce en esas pequeñas tertulias y círculos reducidos de jóvenes, estudiantes y escritores noveles, que alardean de «progresistas», de socializantes o de demócratas liberales.

Tan corrosivos factores hacen presa en su ánimo, nada sereno por su propia situación personal, y sus criterios religiosos, sociales y políticos, minados por esta pluriforme acción desorientadora y disolvente, comienzan a cuartearse. Automáticamente, deslumbrado por el mundo de ideas en el que se ha sumergido, comenzará a pronunciarse por una total libertad de pensamiento y de divulgación. Estaba sembrada la semilla de la rebeldía. Esta semilla podía comenzar ya a dar frutos.

LAS IDEAS EN EL PUNTO DE LA PLUMA

Este es el momento en que López Campillo le propondrá una colaboración en un único acto de



una revista oral, que inmediatamente fué suspendido por las autoridades competentes. Su intervención se caracterizó por una desenfadada virulencia, hija de sus nuevas ideas y de su estado moral. Ello le granjeará efusivas felicitaciones en sus habituales tertulias.

Un corresponsal de un importante diario extranjero se entrevistará inmediatamente con él. Ha encontrado al sujeto y la ocasión que a algunos corresponsales agrada. Sus preguntas a Eloy Tomás Ortiz nada tienen que ver con el tema de su intervención.

Con esto llega la hora en que su producción literaria comienza a deslizarse caudalosamente hacia temas y planos ideológicos, como los que encontramos en trabajos, de los que forman parte estos títulos: «Censura española». «España, país de la revolución», «Comentarios al manifiesto del partido comunista», «A los que estuvieron allí», «Hay un espectro en el camino», «Ahora, unidad», etcétera... cuestiones vistas siempre desde un ángulo político radicalmente adverso al Régimen español. Por estas mismas fechas percibe claramente que sus comentarios y otros que va conociendo, formentan positivamente entre los estudiantes posturas y actitudes de incompreensión, de rebeldía y de oposición al Sindicato Español Universitario, a

cuanto tenga una significación o matiz oficial. De hecho nos encontramos a las puertas de su segunda etapa.

UN «INICIADO», EN PARÍS

Marzo de 1955. Francia, «país de la libertad y de todas las excelencias», a su juicio, es un meridiano por el que cree que es absolutamente necesario cruzar. Su agenda va dando cabida a un buen número de direcciones. Entre ellas, las de algunos exilados, para los que le van proporcionando cartas de presentación. Tramitado su pasaporte, emprende el camino de París. Una de aquellas cartas es de eficacia fulminante. El destinatario lo pone en contacto con un redactor de la revista, editada en español, «Cuadernos del Socialismo izquierdista», quien a su vez lo enlaza con otra, editada en Nueva York, titulada «Ibérica», de cuyo Consejo de Redacción es presidente honorario Salvador Madariaga, y director, Victoria Kent. «Ibérica» es bilingüe; admite colaboraciones en lengua española y en lengua inglesa. La senda está abierta y, a las pocas de cambio, Eloy Tomás Ortiz García es el corresponsal encargado de escribir sobre los sucesos que ocurren en España. Sus trabajos, de los que solamente uno le fué abonado—diez dólares—, han de ser contrarios al

Régimen español. El, «lógicamente», cumplirá la consigna con fidelidad. Esta únicamente y no otra es la «información» sobre España, que busca y exige «Ibérica», y él será un corresponsal sujeto a la disciplina y a los criterios férreamente preestablecidos por la Dirección de la revista.

Durante ésta su primera estancia en París, «Solidaridad Obrera» también le hará halagüeñas ofertas. Se están cerrando las tenazas del cerco.

COMO SE PREPARA UN CORRESPONSAL AL SERVICIO DE LA SUBVERSION

En el mes de julio, Ortiz García regresará a España. Pero a los quince días de su llegada vuelve nuevamente a cruzar la frontera. Durante dos semanas se mueve por el sur de Francia, donde reúne los fondos necesarios para continuar hasta París. Tan pronto los Centros docentes reabren sus puertas, lo hallamos en algunas clases de La Sorbona y de la Alianza Francesa. A la vez que perfecciona y completa sus conocimientos del francés, trabaja relaciones con grupos estudiantiles, especialmente con jóvenes universitarios de ascendencia española, y con miembros de los antiguos partidos izquierdistas españoles. La acción de proselitismo

mo que estos partidos—particularmente el partido comunista y el partido socialista—jercen sobre los estudiantes hispanoamericanos y sobre los españoles, universitarios y no universitarios, que, por una u otra causa, recalan en estos medios, es algo que comprueba todos los días. Son estos mismos jóvenes los que le facilitan libros, como el «Manifiesto del partido comunista», de Marx-Engels; «Salarios, precios y ganancias», de Marx; «Cuestiones del leninismo», de José Stalin, etcétera. «Democracia», órgano periodístico comunista, es uno de los diarios que ahora conoce y lee Pero, a estas alturas, su iniciativa personal entra ya en función. La «Unión Internacional de Estudiantes» es una publicación que se edita en Checoslovaquia. Eloy Tomás escribe a Checoslovaquia exponiendo su «postura política», su «personalidad» y «las posibilidades con que cuenta para informar sobre España». La contestación no se hace esperar: se le concede la coresponsalia. En las páginas de su agenda van acumulándose las señas de revistas, diarios y editoriales a las que, cuando vuelva a su país, puede enviar trabajos periodísticos sobre sucesos políti-

cos, sociales y económicos que aquí ocurran. ¿Quién abre tantas puertas al desconocido pericidista Eloy Tomás Ortiz García?

LA MANO PODEROSA SE LLAMA ELENA DOR DE RIBEIRA DE LA SOUCHERE

Tan poderosa mano se llama Elena de la Souchere. Ella ha sondeado a Ortiz García, y, al parecer, ha quedado satisfecha plenamente de su modo de pensar y de las causas por las que éste se encuentra en París. ¿Cómo piensa, a su vez, Elena de la Souchere? ¿Quién es Elena de la Souchere? Ella también ejerce el periodismo. El «Observateur», del progresismo más izquierdista; «El socialista»; «El Socialista Español», socialista; «El Socialista Español», órgano de Negrín; «Les Temps Modernes», revista dirigida por Jean-Paul Sartre; «Temps et Chretien», «Catholicismo Progresista», etc., son las publicaciones en las que figura su firma. Elena de la Souchere milita, desde hace muchos años, de una manera abierta, frente al Régimen nacido del 18 de Julio en España. Maneja constantemente la calumnia y la injuria. En uno de sus últimos artículos publicado en «Les Temps Modernes» ha reconocido públicamente que se es-

tá llevando a cabo «la agitación clandestina y semiclandestina entre la juventud universitaria». Ella nació en Barcelona en 1916. Es hija de padre español y madre francesa. Comenzó sus estudios de Derecho en la Ciudad Condal, estudios que termina luego en París. Durante nuestra guerra, ocupó cargos diplomáticos, representando a la zona roja, en Londres y Argel. Entre sus amistades «más íntimas» de hoy figura la viuda de Gómez Carrillo, esposa luego de Saint Ekuperý, dama hispanoamericana que estuvo recientemente en Madrid pronunciando conferencias. Estos datos esquemáticos son suficientes para revelarnos en qué campo se mueve, a quién sirve.

Entre los escritores y periodistas rabiosamente enemigos de España, Elena de la Souchere ocupa un lugar de vanguardia.

Pues bien; Elena Dor de Ribeira de la Souchere es la que, entre otros favores, ofrece a Eloy Tomás la posibilidad de colaborar en una serie de periódicos y publicaciones. Cuando éste regrese a España debe mantener correspondencia frecuente con ella, correspondencia que «no dirigirá a su nombre», sino a otra dirección distinta. Le insiste terca-mente en que, «si por sus actividades es detenido», debe buscar, por todos los medios, el modo de comunicárselo, pues «ella movilizaría una gran campaña internacional de agitación y de Prensa a su favor». Así se prepara «un caso para la propaganda» y así se elabora la «información libre». En la última quincena de octubre llegará Campillo a París. Llega quemando etapas, a raíz de la muerte de Ortega y Gasset.

Confiesa que ha huido porque ha tenido intervención muy directa en ciertos actos estudiantiles, y, como ya sabemos, en otros que se preparan. Lógicamente, Campillo le suministra ahora «información suficiente» para una crónica, que remite a la revista «Ibérica», de Nueva York, atacando al Régimen español.

Eloy Tomás Ortiz García prepara su viaje de regreso a Madrid. Es ya una rueda en marcha al servicio de ese mecanismo propagandístico que el comunismo, los dirigentes marxistas y socialistas exilados y los enemigos de nuestra independencia y soberanía, mantienen frente a España. Puede regresar de París para cumplir «su misión», «su misión de informar de acuerdo con unos planes subversivos y de agitación». Sus resortes ideológicos responden ya, sin necesidad de violencias exteriores ni de vigilancia muy inmediata, a las líneas maestras de la «ortodoxia marxista». Por añadidura, todas sus coresponsalias periodísticas y los artículos publicados son dientes de una tenaza de la que ya no le será fácil desprenderse. El dominio sobre la «víctima» es absoluto. La «información deformada» tiene un nuevo agente en España, un agente con residencia en Madrid y apellidos españoles, que el mejor camuflaje y lo que puede presentarse para la propaganda más falsa y efectista. De esto se trataba.



En marcha hacia el futuro

Núm. 4



Puede ser que algún día...

este simpático muchachito sea capitán de un barco y como tal un eslabón de esa cadena vital que une a unos pueblos con otros y se llama marina mercante.

En tiempos pretéritos, los navegantes se orientaban solamente por el sol y las estrellas. Pero él contará con los más modernos aparatos producidos por Philips para auxilio de la navegación, como son los de radiotelegrafía y radiotelefonía, las instalaciones de reproducción de sonido, las sondas y ese seguro amigo de los hombres del mar que es el equipo de radar Philips. Y podrá hacer grata la estancia de los pasajeros en su barco merced a los proyectores cinematográficos Philips.

Philips coadyuva a la seguridad de la navegación. Quizas este capitán salve un día a su barco, a la tripulación y la carga, gracias a los medios técnicos desarrollados por Philips.



PHILIPS
CONTRIBUYE A UN MEJOR
MUNDO DEL MAÑANA

Toda persona que envíe una colección completa de estos anuncios al apartado de Correos 14063, Madrid, aunque sean de diferentes periódicos, recibirá un obsequio «PHILIPS». (Esta colección consta de DOCE originales.)



Y
10.000
 pesetas
 en efectivo.

brandy

SOBERANO

del que solo cabe decir:

¡grato aroma!
 ¡qué color!
 ¡grados justos!
 ¡buen sabor!
 ¡viejo origen!
 ¡sí, señor!
 eso es el **SOBERANO**
 de los coñacs, ¡el mejor!



Y además... este noble Brandy le obsequia con su gran **QUINIELA SOBERANO**, que consiste en un boleto que usted deberá rellenar, escribiendo el nombre de los premios que todas las semanas se ponen en juego, en el orden que prefiera, y comprobar si acertó o no cada semana escuchando la emisión de los viernes, a las 11,30 de la noche, de la Cadena de Emisoras de la S. E. R., o por la Prensa de su localidad.

Con cada botella 30 boletos y por cada copa un boleto. Los premios semanales son: una **MOTO Scooter Lambreta** - Un **FRIGORIFICO** Edesa - Un **VIAJE** a París por once días, dos personas, con Viajes Meliá - Una **PULSERA** de oro, de Villanueva y Laiseca - Una **ESCOPETA** de Casa Ugartechea - Una **RADIO** con pick-up Philips - Un **MUEBLE BAR** Alfa y 10.000 pesetas en metálico, a repartir entre los acertantes no agradados con los premios anteriores.

La **QUINIELA SOBERANO** es ya famosa en toda España

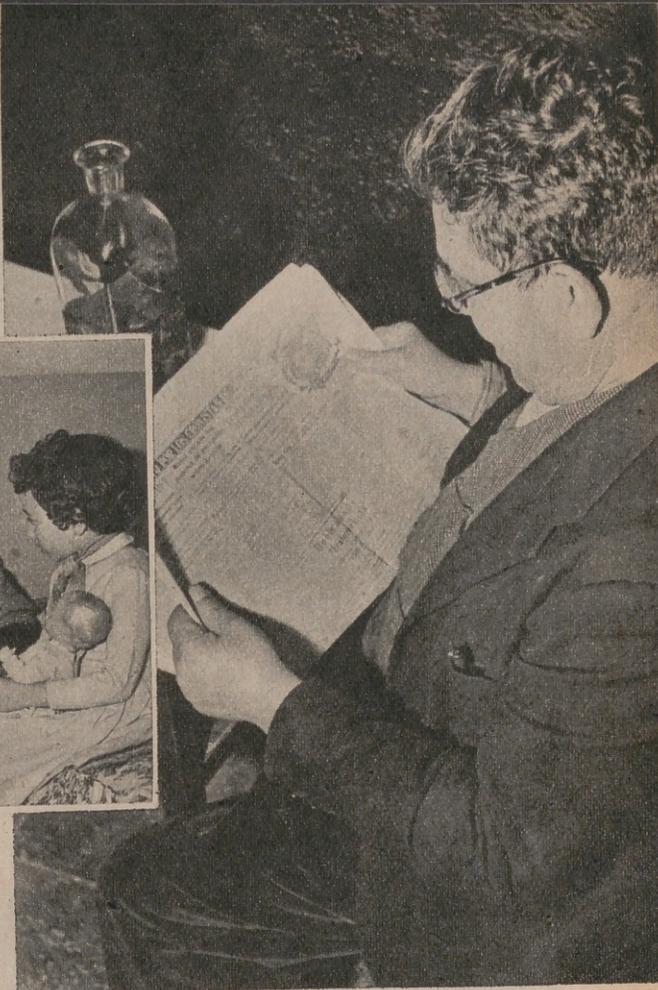


GONZALEZ BYASS

Escuche todos los viernes, a las 11,30 de la noche, el gran programa de González Byass, por Radio Madrid



DISTRIBUCION DE TIEMPO Y DISTRIBUCION DE GASTOS



El día, la semana y el mes
de la familia obrera española

La tertulia, el cine y el fútbol, distracciones preferidas

NO hay veinticuatro horas iguales en la vida de un hombre. Y, sin embargo, tampoco hay veinticuatro horas diferentes. Significa esto que en la cotidiana biografía de un obrero español existen hoy unas costumbres iguales a las de hace tiempo y otras no parecidas en nada. Desde que uno se levanta hasta que se acuesta, cada día, aunque no lo parezca, es distinto al anterior; pero cada día, también, tiene sus analogías y sus constantes que le hacen mantener esa continuidad que es esencia del vivir.

Hoy la primera acción por la que empieza la jornada mantiene el mismo signo de hace bastantes años, quizá un poco, eso sí, acentuado: hoy todo el mundo se levanta temprano. De seis y media a siete de la mañana, el despertador —bien sea mecánico, por medio de su campanita, bien sea humano, por medio del empujón, del agua en la cara o del levantamiento de mantas, con el consiguiente descenso de la personal temperatura— suena muy pronto en casi el total de los hogares de los españoles que entran a trabajar por la mañana. Verificada una inspección muestral sobre las horas en que se despiertan los trabajadores en España, ha dado como resultado que un 30 por 100 lo hace de seis a siete, un 62 por 100 lo verifica de siete a ocho y el resto, de ocho a nueve o antes de las seis de la mañana.

Lo que ya no ha sido tan permanente es la forma de trasladarse



La familia, el cine y la Prensa son tres capítulos importantes en la vida del obrero español



al lugar laboral. En primer término, casi las dos terceras partes de la población obrera española emplean los transportes urbanos como medio usual de traslado. Un medio que ha aumentado extraordinariamente en compresión y número de usuarios —ahí están

los ejemplos de los repletos tranvías, autobuses y metros de las capitales españolas desde las siete y media hasta las nueve menos cuarto de la mañana—, como consecuencia del a su vez aumento de la población trabajadora, no sólo masculina, sino femenina.



Las frutas y las verduras tienen su importancia en los gastos alimenticios

Este aumento, que puede estimarse en más de un 40 por 100 respecto al global de la población laboral específica de hace diez años, es función de la mayor industrialización del país y, por tanto, de la repetida y constante inauguración y ampliación de fábricas, talleres y naves industriales.

Aquí empieza el personal capítulo de gastos diarios: el transporte. Y al transporte se destina, en términos generales, un par de pesetas diarias. Pesetas que, con relación al total, vienen a ser al mes, contando ahora los domingos, de un 8 a un 10 por 100 de los ingresos totales. Gasto que empieza antes de entrar al taller.

Una entrada al taller, que, esto sí, ha cambiado totalmente de panorama en cuanto al aspecto externo de aquellos que van a inaugurar su jornada laboral: los obreros de hoy —influencia del tiempo, influencia de la mejor condición de vida— van bien vestidos. Son ellos muchachos, jóvenes, hombres solteros o casados, hombres que permiten decir a un director de una importante empresa metalúrgica madrileña una gran verdad.

—Entre mis obreros los hay tan bien vestidos que más que operarios metalúrgicos parecen auténticos actores de cine.

El capítulo de gastos de vestido, aunque no todo lo amplió que fuera de desear, para muchos puede reunir por término medio al mes de 200 a 250 pesetas: un mes un traje, otra una camisa, otro unos zapatos, así...

El coeficiente viene a ser el 20 por 100 del ingreso. Coeficiente que en el caso de casado y con hijos se amplía y se estira, repartiéndose entre todos.

UNIFORMES Y MUSICA MIENTRAS SE TRABAJA

En el taller están, desde luego, las más importantes transformaciones de esta colectiva biografía de los obreros españoles. No hace falta demostrarlo, pero el taller de ahora tiene una faz totalmente distinta al de hace tan sólo diez o doce años.

Se ha racionalizado, en grado verdaderamente extraordinario, el trabajo de cada rama de la producción; el tipo de taller oscuro y lóbrego ha sido sustituido por



En los domingos, el deporte del remo tiene sus adeptos

las amplias naves de grandes ventanales, en donde la luz diurna entra de una manera condicionada a las necesidades de la visión. Para la tarde o la noche, tubos de luz fluorescente han inundado de auténtica claridad las habitaciones o las naves donde se trabaja.

Ya se encuentra, pues, el obrero dentro del taller. Ha fichado o registrado su hora de entrada y ahora está trabajando. Han des-

aparecido, también, aquellas ropas de trabajo que daban a algunos operarios el aspecto de los pobres más pobres de la más ínfima condición de pedir limosna. Hoy, salvo algunos sucios, que esos siempre los ha habido, los hay y los habrá, la mayoría de las empresas han dispuesto las medidas oportunas para que sus obreros se vistan con la ropa adecuada al trabajo que realizan y en las más saludables condiciones de higiene y limpieza personal.

Los controles de calidad de la producción, basados en los más modernos métodos estadísticos, han sido implantados en la casi totalidad de las empresas importantes; la redistribución de puestos de trabajo y la puesta en práctica de las normas de productividad industrial, de acuerdo con los avances de la técnica, han permitido la consecución de dos objetivos importantes: de un lado, el que las empresas que ello hacen ahorren dinero en el capítulo de gastos, como una fábrica de armas de Eibar, que hace seis años reorganizó su planta fabril y consiguió un aumento de la producción de un 20 por 100 en cuanto a calidad y de un 42 por 100 en cuanto a cantidad, además de un ahorro anual de dos millones de pesetas con el mismo consumo de materias primas y sin ampliar ni disponer de nuevas máquinas ni de nuevos obreros.

Esta alegría del taller puede resumirse en aquellos trabajos —que así lo permiten por su especial índole— que son realizados bajo los sones de una música adecuada. Ahí está, por ejemplo, como modelo perfecto, la sala de máquinas clasificadoras del Instituto Nacional de Estadística que, merced a su última reorganización, ha mejorado en un elevado tanto por ciento su rendimiento en calidad, cantidad y buen humor de los que en ella trabajan.

LO PRIMERO, COMER

Comer es una costumbre que no ha variado; una operación que nadie olvida ni perdona. Bueno, alguien sí; alguien, en determinados casos, que quiere tener la misma cantidad de huesos que Audrey Hepburn, por otro nombre «Sabrina»; aquellas jóvenes trabajadoras que aspiran a presentar una línea a prueba de microscopios electrónicos.

Sin embargo, el lugar de comida sí que ha variado. Aun sigue



Animación en las calles: es una mañana de un día festivo

--cierto es—siendo en bastantes ocasiones la taberna próxima centro o lugar de reunión para hacer desaparecer la ración de comida que se preparó la noche anterior, o que la mujer, la hija o la hermana llevan desde casa al que trabaja, si éste trabaja no muy lejos y hay no muy mala combinación. Pero cierto es también que los comedores de las empresas han visto aumentar en grandes proporciones el número de sus usuarios. Un 25 por 100, aproximadamente, de las empresas en España disponen de comedores propios donde sus operarios pueden o bien comer por escasisimo precio la comida que allí se les ofrece o bien comer la que ellos lleven, incluso con el familiar que haya sido el encargado de traerla.

Y como el comer es lo primero, para comer va el gran conjunto del total de los ingresos: un 63 por 100 como término medio.

El dinero que se gasta en alimentos se distribuye así: 1/10 para carne de vaca, 1/10 para carne de ternera, de cordero y tocino; 1/4 para huevos, 1/6 para leche, 1/5 para pescados y el resto se consume en carne de cerdo, queso, manteca, etc., en cuanto a alimentos de origen animal.

Por lo que respecta a alimentos de origen vegetal, la harina de trigo lleva 1/12; los garbanzos, judías, lentejas y demás leguminosas, 1/2; las patatas, 1/3, y la fruta y el aceite, 1/8. En menos proporción está el arroz, el maíz y las verduras y el azúcar.

En cuanto al lugar de comida, otros también, porque viven cerca de sus casas, porque la comunicación con ellas no es muy difícil o porque tienen medio de transporte propio—no hay que olvidar la progresiva motorización de los españoles, por lo menos en lo que respecta a motocicletas y motosillas—se marchan a comer a casa. Allí, en compañía de los hijos que se van al colegio, de la mujer que siempre tiene algo que decir de «lo cara que está la plaza» o de la madre que preguntará «a qué hora vendrá a cenar el hijo», transcurre la comida. Entre preguntas y respuestas y entre las noticias que transmite la radio. Porque el oír el diario hablado de Radio Nacional de España, cuando hay tiempo para ello, es otra de las costumbres que han



La hora de la comida familiar: un agradable momento

tomado carta de propia naturaleza en casi todos los hogares españoles.

Y luego, a comenzar el segundo turno; mejor dicho, la segunda parte del primer turno, que están dando casi las tres de la tarde.

TRABAJO EXTRAORDINARIO Y DISTRACCION DIARIA

La jornada de por la tarde, intrínsecamente no se diferencia en mucho de la de por la mañana. Por lo menos en cuanto a modo y manera de trabajar. La jornada suele durar de dos a seis o de

tres a siete: cuatro horas justas y acabadas.

Terminada la jornada—ordinaria o extraordinaria—, el tiempo que va hasta el momento de acostarse se emplea de muy varios modos y maneras; generalmente, en consonancia con la edad, el sexo y el estado civil del que des cansa.

Primero, por naturaleza obligada, las mujeres. Si ellas son jóvenes, a pasear por la calle o plaza Mayor de su villa—amigas a la diestra o novio a la siniestra—, o, si da tiempo todavía, a ver una película de las de última y reciente fama masculina. Aquí puede incluirse también, en razón de la edad, aquellas que en casa realizan una alegre misión: preparar su propio equipo de boda. Aquí, en lo del paseo, el gasto, la verdad, no es muy elevado.

Después, las mujeres mayores. Ellas, por lo general, a casa. Si hay hijos, con doble razón. Y si no los hay, a escuchar la radio, a coser la propia ropa o a hacer la cena. Pero siempre con alegría, porque si algo le sobra a la mujer española es esta cualidad precisamente.

Se discute y se habla de todo, pero principalmente de fútbol





La jira campestre tiene también un gran número de partidarios entre las familias obreras españolas

Y ahora los hombres. Aquellos que pasan de los cuarenta—hay hijos y mujer que forman la familia—, siguen dos caminos en el ocio, dos caminos que se complementan, aunque el último siempre sea el primero.

Y el primero es la tertulia en el bar, en la taberna o en el casino. Dominó, baraja, tal vez ajedrez. Un par de horas de juego y de conversación. Y el segundo y último, que es lo primero, la familia, la casa. Después del trabajo, unas horas escuchando la radio, repasando una novela o leyendo el periódico vespertino. Porque en lo del periódico, casi todos los obreros compran su periódico por la tarde; hay más tiempo para la lectura y para el comentario. Junto a ello, la mujer y los hijos. Cada uno cuenta sus afanes, sus alegrías o sus preocu-

paciones. Todo ello en un ambiente de unidad familiar, unidad que, por fortuna, merece la primacía.

Después los jóvenes, los que aun no se casaron. También hay su tertulia, su bar o su taberna. Pero en ellos se prefiere el paseo en busca de femenino conocimiento, si todavía no lo hay, o el cinematógrafo.

Entre tertulia, cine, café y bebida se va un 7 ó un 8 por 100 del dinero. Y la tertulia, de este 7 u 8 por 100, se lleva 1/6; el cine, 1/8; la bebida, 1/7, y los otros gastos menores, el resto. Sin olvidar el tabaco, que, entre unas cosas y otras, se consume su casi duro diario.

Así en los días de la semana. Hasta que llega el domingo.

¡Ah! Pero el domingo es un día aparte.

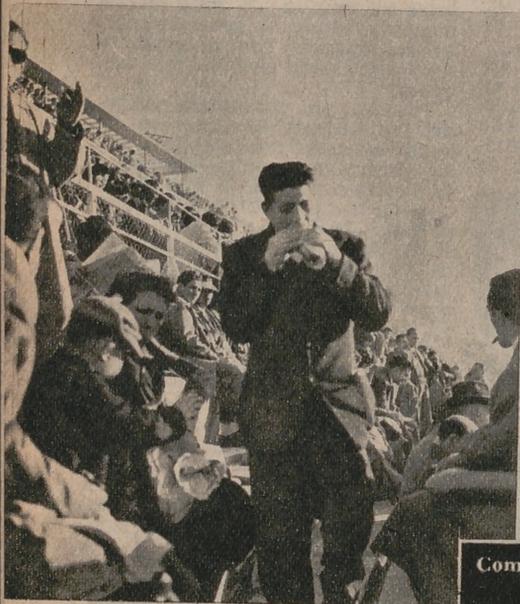
EL DOMINGO, DESCANSO SIN DESCANSAR

El domingo es día totalmente dedicado al descanso y al esparcimiento.

En cuanto a diversión, la mañana del domingo empieza así:

Pongamos primero aquellos que hacen deporte. Ciclistas, futbolistas, baloncesto, frontón, alpinismo, natación... En los dos primeros apartados está la mayoría: un 83 por 100 de los que son deportistas activos.

Después están los deportistas pasivos matutinos. Son los que van a ver jugar al equipo del barrio o a contemplar la carrera del amigo, o el partido de pelota de los conocidos. Muchos, porque luego, en compañía de los que no fueron, viene la tertulia en el bar próximo: cerveza o vino con ta-



Como puede suponerse, el tema del fútbol es inagotable; incluso en el descanso hay que reponer fuerzas



Los transportes son los que se llevan el primer gasto del día

pititas de cocina. Quizá haya, a la hora de la comida, protesta en casa por la falta de ganas de comer; pero, bueno, un día es un día; tan día, que hay ya quien, por la mañana, lleva sus buenos vasitos de más en el cuerpo. Esto último puede extenderse por analogía a los mayores que no son deportistas y que se reúnen con los amigos en la mañana del domingo.

Los que se casaron—muchos o pocos años—llevan también a pasear a los hijos, sobre todo, si estos son pequeños: es el día de la Prensa infantil para la prole.

Y luego, a comer. Un día que, de verdad, comen todos juntos. Aunque se coma temprano, porque, si es invierno, el partido de Primera o Segunda División no perdona.

Después del partido de fútbol, la novia. Bueno, a ella se la dice que antes, así que no la desengañemos. Y con la novia, el cine. Algún día hay que llevar a la muchacha al cine, ¿no es eso?

Lo inverso, ajústese a la mujer y ya tenemos casi completo el cuadro en lo que respecta al elemento joven. Aunque queden todavía las reuniones, el baile o el billar. Que todo y cada uno tiene su sitio.

En cuanto a los hombres ya maduros, sobre todo cuando llega el verano y la «obligación» del fútbol está en disminución, se mantiene el tradicional día de campo. Allá va la familia entera, pequeños y mayores, y se regresa colorado por el sol, con agujetas el primer domingo, pero felices y contentos de haber corrido, subido y bajado por las peñas, por entre las matas, ladera arriba, colina abajo.



La tertulia, entre partida y partida, transcurre más animada

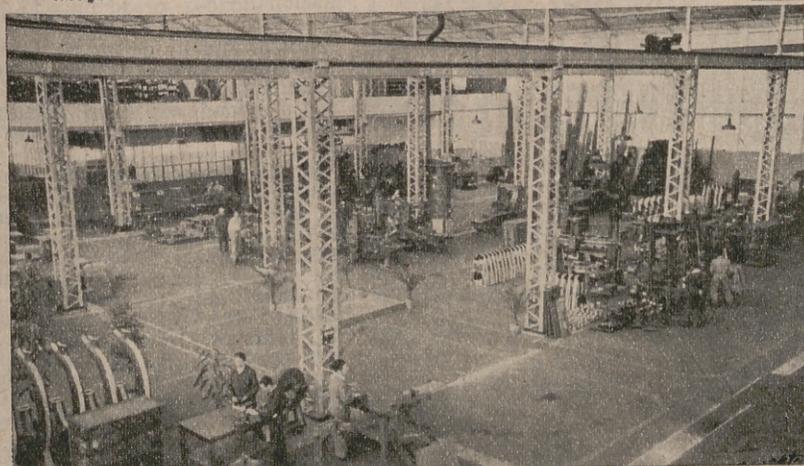
Los que no salen, a pasear con la mujer por la ciudad, sentarse en alguna terraza, si es verano, o visitar a alguien, que si no puede faltarse al compromiso.

¿Capítulo de gastos dominicales? Bastante, bastante... Casi igualan a los de la semana. Pero que hay quien se gasta sus buenos 20 duros: cañas por la mañana, fútbol, cine, merienda. Otros no llegan a tanto. Y por orden, los coeficientes son: 1/7, 1/3, 1/4, 1/10...

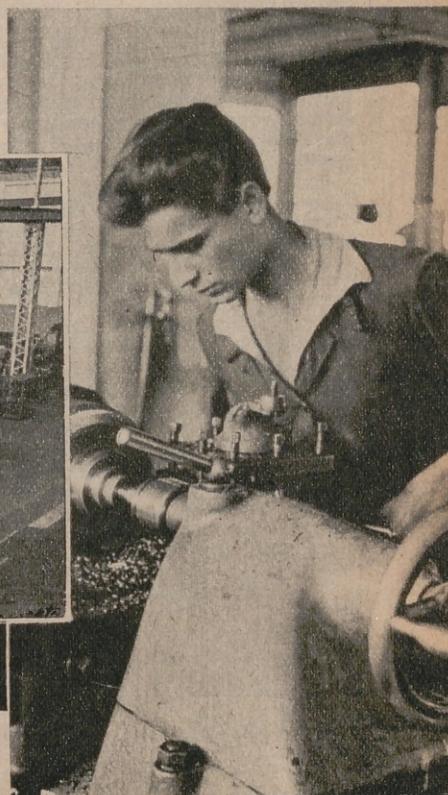
Así es, variante de más, variante de menos, el domingo, día de descanso. Un descanso que a veces, en el cuerpo, no se ve por ninguna parte; pero en el espíritu, sí, y ello es lo importante.

Completa el domingo este ciclo semanal de la vida de un obrero—hombre o mujer, viejo o joven—español. Un ciclo semanal que si tiene sus preocupaciones y sus gastos, tiene también, y con mucho, sus satisfacciones. Es a satisfacción que nace del propio y sentido estímulo del orgullo de la profesión.

(Fotografías de Cortina.)



En el trabajo, el obrero hoy está limpio y aseado y el taller se ha transformado en una nave óptima, de acuerdo con la técnica moderna



UN CLUB NORTEAMERICANO EN LA CAPITAL DE ESPAÑA



**TRESCIENTOS VEINTIUN SOCIOS QUE SE REUNEN
TODOS LOS SEGUNDOS MARTES DE CADA MES**

No es un día cualquiera. Es el segundo martes de un mes. De cualquier mes. De todos los meses. Porque todos los meses, en ese día se reúnen unos cuantos hombres para cambiar impresiones, hablar, recordar, hacer proyectos...

Caras brillantes, alegres, serias, bajo la luz suave, en torno a las mesas. Coca-Cola, café, whisky, agua mineral, leche... Es lo mismo. La comida ha terminado y el humo blanco y gris de los cigarrillos se mezcla con el azul y denso de algún puro. Sobre los manteles se cruzan frases, opiniones, el descubrimiento de un lugar nuevo, soleado, a pocos kilómetros de Madrid, un libro, un jarrón antiguo en el Rastro, un cuadro... Palabras, satisfacción...

En una mesa alguien reclama atención y se levanta. Luego empieza a hablar. Acaba de recorrer Levante, ha regresado de Palma, quiere dar su opinión sobre tal o cual cosa. Los demás le escuchan o no. Fuman, beben un trago y están allí. Sin hacer más.

Para eso se han reunido. Para estar allí, para verse, para no hacer nada, para descansar por unos minutos, por una hora o

**EL AMERICAN CLUB,
UNA INSTITUCION
APOLITICA E
INDEPENDIENTE**

**UN LUGAR EXCLUSIVO
PARA EL DESCANSO**

dos. Es el segundo martes del mes de marzo.

**UN CLUB NACIDO EN
MARTES**

Un martes del año 1951 un grupo norteamericano se reunió para almorzar. Cuando terminó la comida, el American Club acababa de nacer. Pocos días después contaba con cerca de treinta so-

cios. Hoy, al cabo de cinco años, esos treinta socios han aumentado hasta los trescientos veintiuno.

Doscientos cuarenta son norteamericanos y el resto de otras nacionalidades, predominando los españoles.

Mister Train, de Nueva York. Alto, seco, parece extraído de un aguafuerte. Sin embargo, habla con suavidad, con tacto, pero sin rodeos, directamente, abiertamente.

El Estatuto del Club fue aprobado en el año 1953. Y Mr. Frank E. Howell, director general de la TWA en España, su primer presidente. A este siguieron Silvio Hernández, Robert Waid, agente comercial; el corresponsal del «New York Times» en Madrid, C. Cianfarra; Ivan White, consejero comercial de la Embajada americana. Los socios del Club recuerdan con especial afecto a mister W. Percy George diplomático retirado que falleció el año pasado cuando era presidente de la Cámara de Comercio Americana en su Delegación de Madrid.

Mister Train habla desde su silla, detrás de una mesa larga

y clara. Unos libros, papeles, una lámpara con pantalla de rafia. En las paredes, un mapa de España, otro de Andalucía, viejo, antiguo. Frente a la mesa, apoyada en la pared, otra más larga. Un jarrón, unas fotos y dos grandes letras de mármol: G. T.

Mister Train parece seguir el camino de mister W. P. George: Presidente del Club y presidente de la Delegación de la Cámara de Comercio Americana en Madrid.

Los miembros de la Junta, así como los directivos, se designan por una elección abierta de acuerdo con los Estatutos del Club.

La Junta ha celebrado once reuniones durante el ejercicio pasado. Fué un año muy movido. El entonces presidente, Mr. J. J. Collins, dimitió por haber sido trasladado a los Estados Unidos, y la Junta eligió a mister H. N. Hockensmith para ocupar su puesto hasta la nueva elección. También el secretario, mister Stanley B. Hayden, dejó Madrid, y mister Jhon J. Ingersoll se encargó de sus funciones.

Cinco directores más, el presidente y el vicepresidente, miembros ex officio, forman dicha Junta. Siete en total. Ellos son los que dirigen y encauzan las actividades del Club, además de ocuparse de su propio trabajo, en puestos de responsabilidad. El vicepresidente es mister Ross. A. Ross, de la General Motors en España, y mister George O. Morgan, vicepresidente de Aluminio Ibérico, S. A., es el secretario. Entre los directores, hay un director general, antiguo presidente del Club, Frank E. Howell, de la TWA; un vicepresidente, George H. Dennis, de la Standard Eléctrica, S. A.; un general, V. B. Barnes, de la M. A. A. G.; el inspector de las operaciones de la Misión en España, H. G. Thomas, y mister H. N. Hockensmith, de la Brown-Raymond-Walsh, presidente del Club por unos meses.

EL AMERICAN CLUB, APOLITICO INDEPENDIENTE

Junto a la ventana, un grupo de hombres habla animadamente. En un rincón, casi tumbado en una butaca, un socio lanza al techo anillos de humo. Muebles cómodos, sencillos. Paredes lisas con el grito alegre de un cuadro y, enredándose en las cortinas, acentos de Nebraska, de Nueva Jersey, de Ohio... Norteamérica en España.

De cuando en cuando el inglés es desplazado por el español. Se diría que hacen prácticas. Pero es que entre los miembros del Club también hay españoles.

Pero hablan inglés, claro. Si no fuera así, creo que no les serviría de nada ser socios.

En marzo del año pasado el Club tenía ciento ochenta socios norteamericanos. En marzo de este año son doscientos cuarenta. Un buen salto, a pesar del número de miembros que han dejado Madrid durante esos doce meses. Ninguno se ha dado de baja voluntariamente. Todos han sido trasladados a otro lugar. De los ochenta y un socios no norteamericanos, el noventa y cinco por ciento son españoles. Pero



Mister Train, el activo y eficaz presidente del American Club de Madrid

ni ellos ni el cinco por ciento restante tienen voz ni voto en las sesiones de la Junta ni en las elecciones. Sin embargo, colaboran con entusiasmo y asisten con regularidad a los actos que organiza el Club.

No se ve ninguna mujer. No hay unos tacones altos en toda la «suite» que ocupa el Club.

Elas tienen su propio Club y desarrollan una actividad extraordinaria. Siempre están organizando cosas. Nosotros no tenemos tiempo.

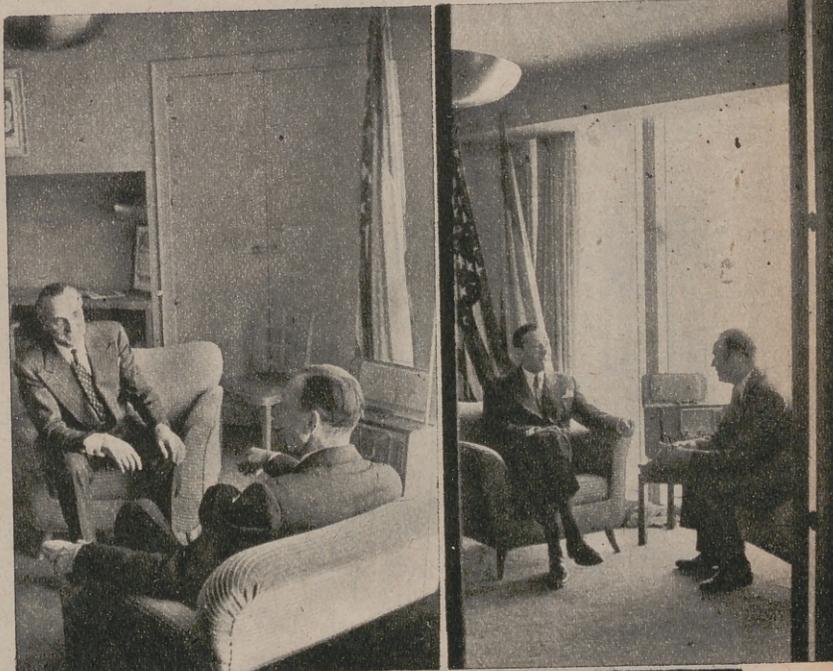
Ellos van al Club a descansar. Ellas van al suyo a atarearse.

En sus reuniones, en sus conferencias, cada uno habla de lo que le parece, de lo que siente, de lo que ha visto, de lo que piensa. A cada reunión, a cada «luncheon meeting», corresponde una conferencia, un discurso. Entre el 12 de abril de 1955 y el 14 de febrero de 1956, diez de esas con-

ferencias fueron leídas ante los socios del American Club. El embajador de los Estados Unidos; mister Angier Biddle Duke, presidente de la Cámara Hispanoamericana de Comercio de Nueva York; el Ministro español de Comercio, señor Arburúa; el presidente de la Cámara de Comercio Americana en España, mister Richar Ford; el delegado de España en las Naciones Unidas; el embajador español en los Estados Unidos.

Los discursos no se publican. Sin embargo, uno de ellos apareció en la Prensa. Lo hizo publicar el señor Arburúa. No fuimos nosotros.

El American Club es totalmente apolítico. Eso, sobre todo. No interesa la filiación política de los miembros; demócratas o republicanos, es lo mismo. Entre estas paredes no son más que norteamericanos que hablan, fuman



Uno de los salones del American Club, lugar de reunión de los norteamericanos en Madrid

o rien. Su mismo presidente se declara apolítico independiente.

UNO CINCO UNO, DESPACHO DE MR. TRAIN

El día 15 de agosto pasado cualquier miembro del Club pudo echar una ojeada al cielo al levantarse, comprobar que hacía calor y darse un paseo hasta el garaje para recoger su coche. Media hora más tarde él y toda su familia estaba pisando el césped en el Club de Campo. El motivo: un «Barbecue Picnic». En resumen, un pretexto para pasar un día al aire libre, de cara al sol, entre cerveza y Coca-Cola, mientras el cochinito se asa dando vueltas lentamente sobre el fuego encendido debajo.

Ese día asistieron trescientas cuarenta personas. Y el 4 de julio, fiesta nacional, se reunieron cerca de ochocientas en el mismo lugar para ver los fuegos artificiales.

Dos días antes habían celebrado el baile del 4 de julio en el Castellana Hilton, y aquella vez fueron cuatrocientos los asistentes.

El Club va quedando vacío. La comida ha terminado. Dentro de una hora las voces que han sonado aquí se oirán en la Misión, en la Embajada... Vuelta al trabajo. Tres socios se despiden en el pasillo. La alfombra les come el ruido de los zapatos.

Uno cinco uno. Tras esa puerta, el cuartel general del Club, que patrocinó el «cocktail» celebrado en el mismo hotel el 13 de

noviembre, cuando los salones se llenaron con cerca de quinientos invitados. El 17 de diciembre cambió el escenario: Hotel Palace. En el Club, el aire huele a pavo, a «pudding», a Navidad. Y al baile del Palace fueron trescientas treinta personas.

A pesar de que la entrada se limitó a los socios y sus amigos. Además, no todos los socios asisten a las fiestas.

Mister Train firma unos papeles. Habla un momento por teléfono. Desde una mesa baja, un retrato con marco rojo contempla la habitación con una sonrisa. Mister Train enciende un cigarrillo.

—Es mi mujer.

Y dice mujer con «jotas», casi con acento madrileño. Habla muy bien el español. Conoce casi toda América del Sur y ha recorrido ya toda España. Le gusta enormemente. Bajo su dirección, el Club ha acrecentado sus actividades, ha ensanchado su campo de acción. Las reuniones son más movidas. El contacto con españoles ha aumentado.

Encontrar gente antipática aquí, es muy difícil.

Más firmas. De nuevo el teléfono. Mister Train ha visto dos docenas de corridas. Le gustan los toros. No sería justo destacar a un torero. No conoce a todos.

Fuma mucho. Y sus paquetes de tabaco tienen las iniciales de la T. S. A. Pero jamás fuma puros. Va a los conciertos. Está abonado a la Orquesta Nacional y admira a Argentina.

Reparte sus actividades entre la Cámara Americana de Comercio y el Club. Que tiene sus problemas, grandes y pequeños.

PROBLEMAS Y REFORMAS EN LA PEQUEÑA AMERICA

La Junta quiso organizar un economato en el que los miembros del Club pudieran comprar a precios ventajosos. El proyecto hubo de abandonarse. El Ministro de Comercio dió licencia para un aumento limitado de conservas y artículos de «toilettes». Estos últimos sujetos a un fuerte fondo de retorno. Pero no permitió al Club la importación de whisky.

—Sólo treinta y cinco socios respondieron con su conformidad cuando se les propuso llevar a cabo el economato.

La Junta encontró que sin whisky, sin lo menos cinco mil dólares de capital y sin un mínimo de cincuenta a sesenta socios, el economato no podría vender a precios que tuvieran éxito. Y la Junta anuló el proyecto. Y volvió a los fondos suscritos por los socios.

Un pequeño problema, inevitable aun en las pequeñas comunidades. Aun entre aquellos que forman minoría en una tierra que no es la suya. Han querido formar un gran hogar, un hogar americano. De los de apretar un botón. Esta vez el botón no ha fallado. Ha sido el mecanismo. Pero no importa. Quizá es mejor así. Es más hogar. Las preocupaciones, los inconvenientes, las decisiones, todo, crean ambiente, distraen. Entre los socios hay una reserva muy humana y muy natural: pueden ser trasladados a otro lugar lejos de Madrid, fuera de España. Quizá eso explique su negativa.

Otro problema. El número cada vez mayor de asistentes a los actos organizados por el Club. La Junta acordó que solamente los socios y sus invitados pudieran retirar invitaciones, para evitar que esos mismos socios se vieran perjudicados por un exceso de personas en cada fiesta o actividad social.

El Club, durante los tres últimos años ha estado ocupando la «suite» 137, libre de cargas, del Castellana Hilton. A partir del 15 de este mes ha trasladado su domicilio a la pieza número 178. Otro pequeño cambio. Nuevas tareas, reformas.

POR ENCLIMA DE UNA COCA-COLA, UN APRETÓN DE MANOS

Los norteamericanos tienen un Club en Madrid. Un Club para descansar, para no hacer nada. Un Club «para estar allí» simplemente. Para olvidarse de la oficina, del despacho. Para que el ingeniero charle con el vicepresidente por encima de un whisky, de una Coca-Cola. Una pequeña América en un hotel de la Castellana, que se asoma a la vía de Madrid con una conferencia, un baile o un día en el Club de Campo.

Un lugar donde un apretón de manos vale más que un millón de dólares.

Gonzalo CRESPI CARCAR
(Fotos Cortina)



La barra del bar donde los serios, entre refresco y refresco, hablan de sus cosas



La tradicional procesión de Las Palmas, del Domingo de Ramos, en Jerusalén, baja desde el Monte de los Olivos al Huerto de Getsemani

HISTORIA Y LITURGIA

Por **JOSE**, obispo de Palencia

EN las recientes disposiciones de la Santa Sede Apostólica, variando la ordenación de los cultos solemnes de la Semana Santa, preside la finalidad de restaurar en lo posible las formas primitivas de la liturgia en las conmemoraciones de la Pasión del Señor, ajustando al mismo tiempo el horario de los cultos al momento histórico en que se verificaron las escenas conmemoradas.

Vamos a consignar algunas notas histórico-litúrgicas que pueden servir para completar la instrucción de los fieles, a fin de que con más interés y con mayor fruto tomen parte en los actos solemnisimos de la Semana Mayor.

DOMINGO DE RAMOS

Muy antigua es la ceremonia clásica y principal de este día: la procesión de las palmas y ramos con la aclamación popular jubilosa al Rey de la Gloria, el Hijo de David, el prometido y anhelado Mesías, que viene a redimir y salvar a la humanidad pecadora. De estas aclamaciones habla ya San Justino, en el siglo II, y, sobre todo, la monja gallega Silvia Eteria, que en el siglo IV hizo una peregrinación a los Santos Lugares de Jerusalén y dejó escritas unas Memorias interesantísimas de que tanto ha visto practicar a los cristianos de Palestina y a los peregrinos que acudían a los santuarios y a recorrer devotos el Camino de la Cruz (de donde tomó su origen la práctica del Vía Crucis, extendida después por todo el mundo).

En Jerusalén—dice la peregrina—subía el obispo con el pueblo al Monte de los Olivos y desde allí, en fervorosa procesión, hacían la entrada en la Ciudad Santa con el canto de salmos, himnos, aclamaciones a Jesús Rey, repitiendo el «Hosanna» y el «Benedictus» hasta entrar en la iglesia donde se celebraban los oficios.

Procesiones similares se hacían ya en el siglo VI en Constantinopla, Edesa y otras ciudades del Oriente. Y también se celebraron en la España visigótica, como lo refiere San Isidoro de Sevilla.

Más tarde se introdujo el rito de la bendición de las palmas y ramos de olivo; y en el siglo X aparece el ritual completo de la ceremonia. En los países nórdicos, en vez de palmas y ramos de olivo llevaban los fieles ramos de tejo, laurel, sauce y otros árboles, como todavía se hace en las regiones del norte de España, sin omitir los ramos de

olivo, y se añadieron ramos de flores, por lo cual este domingo fué también llamado

«dies florum» o Domingo Florido», nombre que pasó a la Pascua y sirvió a los españoles que descubrieron la península contigua a Méjico en un domingo de Pascua bautizarla con el nombre de Florida.

Para dramatizar más la ceremonia, en algunas partes el oficiante hacía la entrada sobre un borriquito, como el Señor; se generalizó la «estación» (detención) a la puerta del templo, estando cerrada la puerta hasta que el oficiante u otro ministro sagrado hacía la señal de apertura, como vino haciéndolo el subdiácono con el asta de la Cruz (esta detención queda suprimida en el nuevo orden); se multiplicaban las aclamaciones, alternando el coro interior con el exterior del templo, repitiéndose el estribillo: «Gloria laus et honor Tibi sit, Christe, Redemptor» (Gloria alabanza y honor a Ti, Cristo, nuestro Redentor). También se usó en muchas partes el tender alfombras, prendas de vestir y flores en el camino recorrido por la procesión.

En la misa de este día, desde el siglo V o antes, se viene leyendo o cantando solemnemente la Pasión del Señor, y los cristianos de los primeros siglos celebraban la conmemoración de la Pasión, como lo demuestran todo el texto de la misa de este domingo y testimonios de San Agustín y de San León Magno.

Sentimientos a fomentar en este día: Regocijo en el triunfo de Cristo, adhesión fervorosa a nuestro Rey Divino, agradecimiento y alabanza con los labios y con el corazón, porque por nosotros y para nosotros hizo aquella entrada en la ciudad que le iba a sentenciar y crucificar.

JUEVES SANTO

Este día era llamado ya en el siglo V «Feria V in coena Domini» en Africa y en Italia, por la conmemoración de la Cena en que el Señor instituyó la Eucaristía, Sacrificio y Sacramento de la Nueva Ley, y el nuevo Sacerdocio. En algunas partes se llamó «dies traditionis», día de la traición, por la que hizo Judas después de la Cena.

Dos ritos antiquísimos se verificaban por la mañana: la reconciliación de los penitentes (sometidos a penitencia pública) y la consagración de los santos Oleos, para la pila bautismal y para los

sacramentos del bautismo, confirmación y extremaunción.

Muy antiguas son también las «Tinieblas», o sea el oficio solemne de maitines, que al principio se hacía a medianoche y después se fué anticipando a las últimas horas de la tarde, terminándose «en tinieblas», aumentadas por la extinción progresiva de las velas del candelero triangular y las del altar y con el «estrepito» indicador y efecto del desfile.

En las iglesias episcopales se celebraban tres misas en este día: una para la reconciliación de los penitentes, como queda dicho; la misa crismal para la consagración de los santos Oleos, y la vespertina en memoria de la Cena del Señor, en la cual comulgaban los fieles primero sin guardar ayuno, y después desde el Concilio II de Braga (569), guardando el ayuno prescrito. Silvia Etería refiere que en Jerusalén comulgaba el clero y el pueblo en la misa vespertina celebrada en la iglesia de Santa Cruz, en el Monte Calvario. Y pronto se generalizó la práctica de la comunión general el Jueves Santo, siendo en la Edad Media obligatoria. Todavía en muchísimos lugares es el día preferido para el cumplimiento pascual.

El silencio de las campanas, después del repique al «Gloria in excelsis» de la misa significa el luto por la Pasión del Señor, a que hacen referencia las antfonas y lecciones del oficio.

El «Lavatorio» de los pies a doce pobres a quienes se da una comida extraordinaria, y el sermón del «Mandato», predicado al fin de la ceremonia, son también muy antiguos en la liturgia del Jueves Santo. Desde los tiempos de San Gregorio Magno, que sentaba a su mesa a doce pobres o peregrinos, a los cuales un día se agregó otro personaje misterioso (el Señor o un ángel), vienen siendo trece los agraciados. Pero en el nuevo orden sólo figuran nuevamente los doce.

Antiguo es también, finalmente, el uso del «Monumento» con el sagrario para la custodia y pública adoración de la Sagrada Eucaristía, consagrada el Jueves y reservada para los Oficios del Viernes, en que no se hace consagración ni por tanto misa verdadera, sino que se adora y consume el sacerdote la Hostia guardada en el cáliz. En el nuevo Orden, la llamada «misa de los presantificados» queda reducida a un simple rito de comunión, como diremos.

El gran aparato con que es llevado el Santísimo, bajo palio y procesionalmente, al Monumento, el adorno extraordinario de éste con velas y flores y la constante visita y vela de los fieles datan del siglo XI, y constituyeron la reacción vigorosa del pueblo fiel ante los primeros ataques al dogma de la real presencia del Salvador en la Eucaristía, en virtud de la transustanciación.

Los altares «desnudos» anuncian el día «alitúrgico» del Viernes, en que no se celebra el santo Sacrificio, como tampoco el Sábado hasta la Vigilia Pascual.

Sentimientos propios de este día: Admirar, agradecer y adorar el Misterio Eucarístico y la caridad inmensa del Señor al instituirlo con carácter permanente, como también la profunda humildad y caridad de Cristo lavando los pies a sus discípulos y dejándonos un ejemplo que seguir en relación con nuestros hermanos, especialmente con los pobres y enfermos.

VIERNES SANTO

«Dies amaritudinis», día de amargura, era llamado en tiempos de San Ambrosio, y antes fue llamado «Día de la Pascua», o sea del tránsito del Señor en frase de Tertuliano. Era día sin oficio litúrgico, todo él dedicado a la meditación de la Pasión de Jesús y a la recitación del salterio.

Silvia Etería no menciona misa ni comunión en este día, pero sí registra unos oficios vespertinos con dos ceremonias que han llegado hasta nosotros: un servicio eucológico con lectura de profecías y de la Pasión y con oraciones solemnes por todos los órdenes de la Iglesia, por los paganos y por los judíos; y la adoración de la Santa Cruz especialmente del «Lignum Crucis», que se hacía con los pies descalzos. A estos dos elementos se añadió la llamada «Misa de los presantificados», en que comulgaban el oficiante con los ministros y el pueblo con Hostias consagradas el Jueves, todo ello por la tarde, como ahora se establece en la

nueva ordenación de la Semana Santa. Pero a fines de la Edad Media fué desapareciendo esta costumbre de comulgar los fieles este día y quedó prohibida oficialmente por la Sagrada Congregación de ritos en 1622.

Sentimientos de este día: Recuerdo emotivo de la Pasión con amor creciente a quien tanto nos amó; dolor intenso de nuestros pecados, que tantos tormentos y afrentas costaron al Señor y propósitos de corresponder con fidelísimo y generoso servicio a quien dió la sangre y la vida para librarnos de la eterna ruina y merecernos la gloria del cielo.

SABADO DE GLORIA

Día de luto riguroso por Cristo, yacente en el sepulcro, y de amorosa compasión hacia la Santísima Virgen en su amarga soledad.

Es muy justo que al recordar y venerar la Muerte de Cristo, recordemos y veneremos los Dolores de su Madre, especialmente su soledad en aquel sábado en que la Madre y Corredentora del género humano prestó a la naciente Iglesia el estimable servicio de consolar y confortar con la esperanza de la segura Resurrección a los discípulos amedrentados y dispersos. Por este servicio la Iglesia viene dedicado el Sábado al culto especial de la Santísima Virgen, como lo explica el Rey Sabio diciendo que «en María fincó toda la fe y la esperanza de la Iglesia» en aquellas trágicas horas.

Al igual que en el Viernes Santo no hay misa ni comunión, a no ser para enfermos que se encuentren en peligro de muerte, hasta la misa de la vigilia pascual, hacia la media noche o unas horas antes, después de la puesta del sol, si el prelado autoriza el anticipo por justas causas.

La mañana de este día se dedicaba en los templos a la preparación de los catecúmenos, que iban a ser bautizados por la noche y a las ceremonias previas del bautismo solemne, como los exorcismos, la ceremonia del «efeta» y el «abrenuncio».

A la noche se congregaba el pueblo para los oficios de la vigilia pascual, estando en vela—que eso significa vigilia—con encendidos anhelos, porque llegase el momento jubiloso del «Aleluya», anunciador de la triunfal Resurrección del Señor, con gran solemnidad proclamada en el canto de la «Angélica».

En las nuevas disposiciones litúrgicas se restablece el antiguo rito con emocionantes ceremonias que preceden a la misa vespertina: la bendición del fuego nuevo, sacado de un pedernal a la puerta de la iglesia (el pedernal es símbolo de Cristo, luz del mundo); la procesión con el cirio pascual, encendido en el fuego nuevo, con el canto triple del «Lumen Christi» (luz de Cristo), de donde se encienden las velas del clero y de los fieles y las lámparas del templo (en el nuevo rito se prescinde del tricerio tradicional); la consagración del cirio, marcado con signos simbólicos de Cristo y la fecha y adornado con cinco granos de incienso, en forma de cruz, el cual ha de arder durante el tiempo pascual hasta el canto del Evangelio del día de la Ascensión; la bendición de la pila bautismal y la administración del bautismo (donde se haga en tal fecha); la renovación clamorosa de las promesas del bautismo por todo el pueblo; el canto de profecías, letanías y la misa de la vigilia, en que el canto del Gloria vuelven a sonar las campanas anunciando la Resurrección del Salvador, con la comunión de los asistentes que deseen recibirla.

Del cirio pascual hablan ya San Agustín y San Jerónimo, y antes de ellos Silvia Etería, que refiere haber visto en Jerusalén cómo del interior de la capilla del Santo Sepulcro sacaban una luz encendida—símbolo de Cristo resucitado—y encendían con ella multitud de cirios y candelas produciéndose una inmensa iluminación «lumen infinitum», dice ella.

Sentimientos de este día: Recordar y sentir los misterios de Cristo yacente en el sepulcro, el descenso de su Alma bendita al Limbo de los Justos llenando de gozo con la luz de la gloria a los patriarcas y justos del Antiguo Testamento, y la aflicción de María Santísima mitigada por la seguridad de la próxima Resurrección, y finalmente sus desvelos maternales para con los apóstoles y demás varones y mujeres adictos al Señor y desconcertados por los trágicos sucesos del Viernes.

ROTA, PALOMA BLANCA QUE BEBE EN LA BAHIA



LUZ Y TRABAJO EN UN PUEBLO QUE HA ENTRADO EN EL JUEGO DE LOS HOMBRES CON RESONANCIA NACIONAL

LA LIMPIEZA DEL AGUA EN SUS PLAYAS, ATRACCION DE VERANEANTES

LENTO, muy lento y al parecer cansino, asciende el «tren de la costa» dando la vuelta al Puerto de Santa María. Sube y jadea. Queda a la izquierda el penal con su escueta geometría de gruesos muros horadados. Poco a poco va confundiendo el albor de las casas con los albinos almiares de sal que se alinean en la planicie costera de la bahía de Cádiz. Allá lejos, al otro extremo, se divisa casi difuminado en el horizonte azul un espolón blanco, adentrado valientemente en el mar, y ese espolón es Cádiz. Parece una ciudad hendiendo las aguas a impulsos de un destino. Al fin, la ciudad del Puerto se pierde, se hunde reverberante entre el fragor de pinos y matorrales que forman el paisaje inmediato al camino del tren. Y el tren sigue, sin prisa. ¿Para qué?

Camino vamos de Rota por estos arenales sin fin. Arena, pino y cielo. De cuando en cuando surge alguna casilla, pero indicando en el aspecto su carácter funcional. Las residencias están más próximas a la bahía. Pero el pino nunca nos deja. Pinos resacos y duros, cubiertos sus troncos con agrietadas costras, señal inequívoca de la paciente lucha con el sol y su ansiosa rebusca de tierra suculenta entre la arena. Oscura y casi bíblica es la angustiosa contienda que a diario mantiene por

su existencia. Y sin embargo, existe, con sobriedad y resistencia celtibérica, en todas partes, lo mismo en la oquedad de una roca que en los blandos, movedizos y exhaustos arenales. En todas partes están, en todas partes nos acompañan, para nuestro bien y riqueza. Es nuestro gran amigo del campo.

El tren ya no tiene problemas, y aventura unas carreritas. Y cuanto más intenta correr, más muestra su debilidad, su vetusta complexión. Tal vez sea así por jugar con las rentas del ambiente: luz, clara luz, y temperatura, tibia temperatura. Pero, en viaje, siempre importa llegar.

LA BASE DE ROTA: GRUAS Y CAMIONES POR LOS ARE- NALES DE LA BAHIA

El terreno, el suave terreno nunca se manifiesta verdaderamente plano. Ondulado y sin aristas se muestra a través de las ventanillas apartándose así de la mc-



Arriba: Rota se asoma al mar serenamente.
Abajo: Una airosa torre dieciochesca

notonía. Ni ha de trepar pinas cumbres el tren, ni tampoco ha de bajar a profundas hondonadas. Leves ondulaciones, sólo leves ondulaciones.

De pronto surgen en el paisaje erizado de pinos unos altos cueillos metálicos que se yerguen y agachan en ademán de picar el terreno. Parecen grandes jirafas, dominantes en estatura sobre la fronda. Y son las altas y potentes grúas que metódicamente, a ritmo de movimiento controlado por reloj, e indiferentes a cuanto les rodea, se inclinan, abren su gran boca, muerden el suelo y luego le-

Patio interior de la iglesia de Rota



vantan su largo cuello llevándose metros cúbicos de arena.

—Los norteamericanos—dice un compañero de viaje.

—¿Es que sólo ellos son los que trabajan?

—No. Ellos son muy pocos.

Son pocos, muy pocos, en verdad, pero la gente denomina así, de un modo general, a cuantos intervienen en la realización de estas obras.

—Sólo técnicos—insiste.

—¿Y españoles?

—El personal obrero.

Continúa el tren con su poco violenta marcha entre los pinos, que a veces salen a nuestro encuentro tan apretados, que nos dan sensación de bosque. De cuando en cuando, ostentan en sus troncos unos cartelitos como los que en las exposiciones exhiben ciertos cuadros: «Adquirido». Adquiridos, ellos y el terreno, para la Marina. En otros lugares más despejados nos dan la cara unas especies de vallas de vivos colores, con signos sólo inteligibles a los que están en el secreto del numérico lenguaje de la topografía.

A nosotros nos llaman la atención, porque son más asequibles a nuestro conocimiento, los camiones que van y vienen por una carretera especial. Son camiones pintados de gris o de color rosado, que aparecen y desaparecen como orugas entre los troncos del pinar. Resaltan bien sus colorines con la clara luz del ambiente, y son bien visibles, tan visibles como ellos, los grandes y gruesos números, en negro, que llevan en sus costados.

—Esos que van ahí no hacen importancia a la piedra.

Los carteles, las lejanas grúas que lenta, pero insistentemente, repiten una y otra vez sus movimientos giratorios, las especies de vallas hípicas que se suceden a grandes intervalos a uno y otro lado de la vía, los camiones que como coleópteros se pierden y aparecen entre los árboles, todo esto ha convocado a los viajeros en torno de las ventanillas, ávidos

de novedad, de algo sensacional que no se ve ni puede verse por no haberlo. Pero, en fin, los viajeros tienen nuevos motivos para su curiosidad, que harán subjetivamente más breve este viaje de 12 kilómetros, distancia entre el Puerto de Santa María y Rota.

TRABAJO Y RELOJ

—Pues, sí—digo viendo a otro camión—parece que se da mucha importancia a la piedra.

—Es que no la hay.

—Tanto como que no la hay

—interviene otro—me parece algo exagerado. Pero sí escasea.

Y se dirige a mí para ratificarse en lo dicho:

—Sí; escasea.

—En cambio, arena...

Le hablo indicándole unos grandes montones de arena que se avizoran lejos en unos parajes algo desolados. Tales conos, alineados en forma circular, evocan el triste paisaje de las dunas.

—¿Arena...?

Esta pregunta se la repite el interlocutor y queda reprimiendo su deseo de encontrar y expresar en frase rotunda, sin muchos escrúpulos de exactitud, lo que para él seguramente constituye una pesadumbre: la mucha cantidad.

—Arena—dice, al fin, soltando más bien un sentimiento que un pensamiento—hay para que hagan bases en el mundo entero.

—No está mal.

Surge de pronto una casilla. Esta casilla se encuentra en hondonada, a la izquierda si se sigue la dirección Puerto-Rota. Una casilla corriente, pero que tiene la virtud de hacer que se detengan ante su puerta todos los camiones, cargados o vacíos, que pasan.

—Un control.

No es, por tanto, un control de entrada y salida, sino un control en el trayecto. Ello me hace pensar en la productividad.

—Claro, con el trabajo racionalizado...

Observo que hace un gesto. Esa palabra —racionalización— parece

resultar todavía un poco áspera. Se suavizará y agrandaré con sus benéficos resultados.

—Con la racionalización del trabajo—continúa—gana todo el mundo: el empresario, el obrero, el país... Todos.

Por fin, el tren, algo desracionalizado, nos hace la presentación de Rota. Blanca, muy blanca, en un aire muy diáfano, resaltando su blancura sobre el intenso azul del mar. Está encimada del mar, como una blanca paloma que bebe en sus aguas. Sus casas reverberantes, nítidas como un reciente conjunto escayolado del cine, se arremolinarán juguetonas y alegres en torno de su alta torre y del viejo castillo de Luna, únicos muros que muestran seriedad a las rientes aguas.

Pie en tierra, pronto nos salen al encuentro, metiéndose por los ojos, largas y aplanadas canastas con mariscos y camarones que los chavales vocean con buena voz y típico tono. El panorama ha variado. Llano es el contorno, y, en vez de pinos, tenemos a nuestro alrededor grupos, no masas, de salúferos eucaliptos. Y, en la puerta, el consabido coche de caballos, que no he despreciado, si no todo lo contrario, en mi rápida excursión por estos bellos pueblos de la baja Andalucía.

—Son los tubos del oleoducto.

Mientras repasaban con la vista un montón de tubos de hierro, bien gruesos, aunque de no mucho diámetro, se acercó uno de esos espontáneos cicerones para hacerme tal aclaración.

Consulta el reloj: una hora.

AGRICULTORES QUE MI- MAN Y DAN NOMBRES A SUS PLANTAS

Rota ha entrado en el juego de los nombres con resonancia nacional desde su elección para base naval y punto de partida del largo oleoducto que llegará hasta Zaragoza. Pero hace tiempo que Rota tiene un nombre ganado por toda la Andalucía occidental, y más allá. No pasan de 13.000 sus habitantes, y su término abarca 8.426 hectáreas. Tales cifras no revelan con su modestia la verdadera situación. En Rota han vivido, viven bien, sin apenas angustia y problemas. Cosa rara ha sido el paro en estos últimos tiempos, y ahora, mientras duren estas obras, mucho menos. La tierra, su tierra, no es muy dadiosa, pero ¿y el trabajo? Es cierto que también tiene el campo inmenso del mar para su pequeña flota pesquera de 30 barcos. Su gran secreto, sin embargo, es el ingenio. Honrado ingenio.

Rota es la tierra de los tomates y las calabazas. A muchos kilómetros de distancia he oído dichos refranes referentes a los tomates y Rota, que ahora no recuerdo.

—Antes de las expropiaciones sólo había setenta braceros.

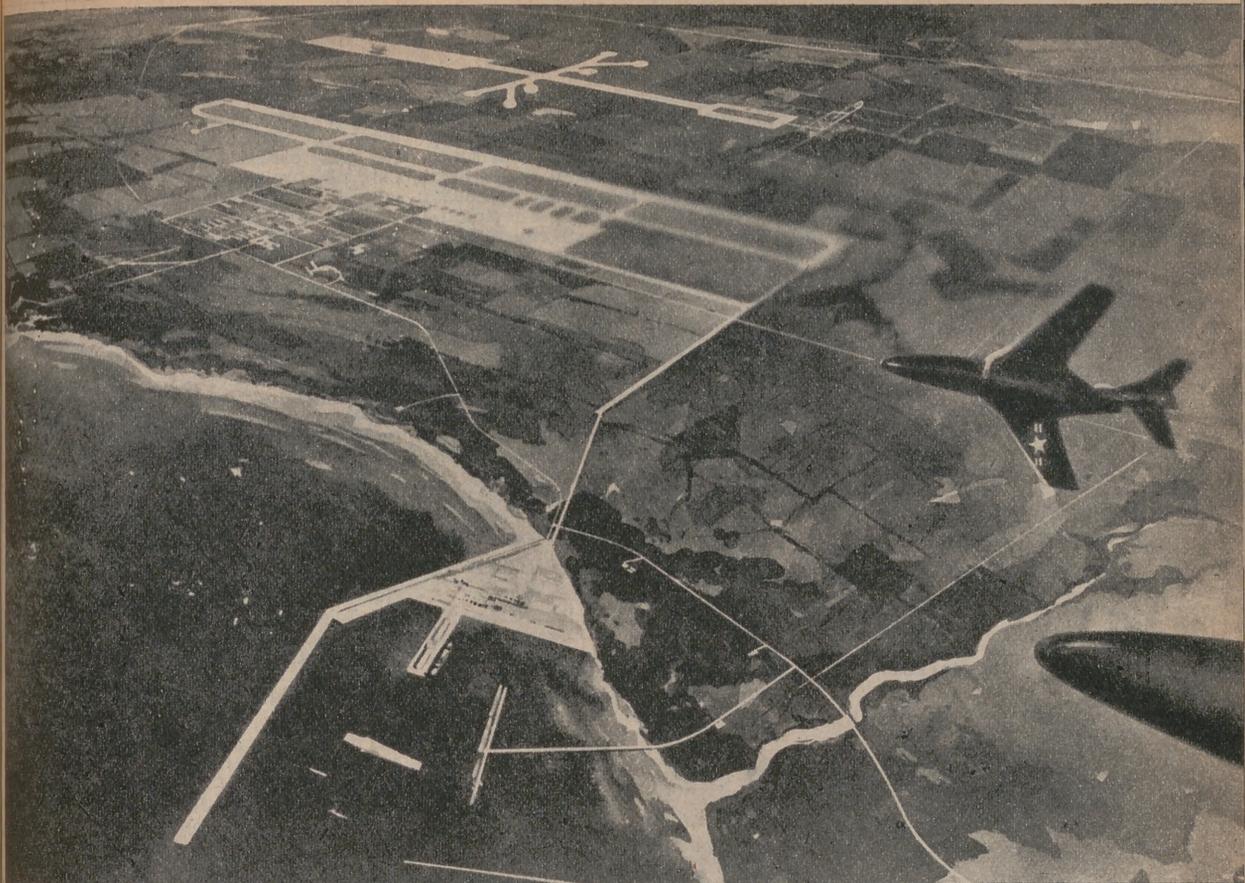
—¿Hay mucha industria?

—Poca. La pesca, que no es mucha la gente a ella dedicada; una fábrica de conservas vegetales y una fábrica de conserva de cabaña, que se pesca mucho en esta zona.

—Luego en Rota se ha vivido con vista a tierra. Y ¿cómo tanto propietario en tan poco término?



Bella estampa marinera en el puerto pesquero de Rota



Así quedará la base aérea de Rota cuando esté terminada

—Propietarios de pequeñísimas parcelas.

—¿Y el regadío?

—En una aranzada de terreno llegan a tener hasta nueve pozos hechos por ellos mismos.

—Entonces los propietarios, ¿qué extensión de terreno poseen?

—Una o dos aranzadas.

—¿Llueve mucho?

—Una media pluviométrica de 200 mm. Se ha llegado hasta los 300.

—¿Y temperatura?

—En verano, de 20 a 25 grados. En invierno, 16 grados. No hay más que cuatro o cinco días de frío al año.

—Poca nieve.

—Desde el 3 de enero de 1622 no volvió a nevar hasta el 2 de febrero de 1954.

No está mal. Buena estación de invierno y verano. Integral. Y buen clima para el tomate, al que, no obstante, se cobija, recién nacido, en una especie de casetita hecha con paja de centeno, con rastrojo. Se le protege así de los vientos del Norte. Ya pueden imaginarse un «tomatá» en sus primeros días.

Y hay que hacer justicia. El tomatero o el calabacero de Rota, al criar sus plantas, no es un mero agricultor. Es un padre de familia numerosa, muy numerosa, porque cada planta, cada mata, es un hijo. Lucha primero con el suelo que carece de humus, un suelo con solo arena. Busca el abono, que a veces suelen ser las algas del mar. Abre su hoyo, abre un redondel, deposita con cuidado el abono y siembra el tomate o la calabaza.

Espera la hora, el minuto en que asome entre la tierra indiferente la puntita verde del primer tallito que anuncia «en esperanza el fruto cierto». Va y vuelve, se acerca y se aleja, mide su diminuta

altura, tan pequeña que sólo se mide por la diferencia de color. ¡Qué pasión por la siembra!

Pasión y mimo. Mima el roteño su mata. Las riega con una jarra una a una, como una mocita su maceta. Las limpia de orugas, expurgándolas hoja por hoja. Les pone palillos dándole guías para su crecimiento y toma de sol. ¡Hasta les da nombres! Un nombre para una mata, para dialogar con ella día a día y ¡quién sabe si acariciarla!

—Claro que el rendimiento será bueno en este caso.

—Esta tierra, así tratada, llega a producir cuatro cosechas de tomate al año.

—Ahora me explico el minifundio tan minifundido.

Ahora y siempre fué así el labrador de Rota. Diligente, laborioso, minucioso, mimoso con sus siembras y entregado de lleno a las esperanzas del campo. Un labrador afectivo, de relaciones sentimentales con la planta.

Me cuenta don Antonio García de Quirós Milán, un roteño de pro, que conoce, habla y escribe de Rota como un consciente enamorado, que Alarcón escribió: «Ya no conozco, ni creo que haya en el mundo, un labrador que trabaje tanto como el roteño». Han pasado los años, y todo sigue igual. Sólo ha variado el paisaje de grúas y camiones.

—¿El comercio de tanto tomate?

—Se encarga de ello una Cooperativa. Ella, a la que acuden voluntariamente los agricultores, regula los precios.

—Cifras.

—Algunas temporadas, más de 5.000.000 de pesetas, sólo en tomates.

El campo es así.

NI PARO NI ROBOS.— TRABAJO Y LUZ

—¿Es usted viajante?

Extrañado miro la cara del dueño de la Fonda de la Paz, que es quien pregunta. Parece querer dar explicaciones, a poco de cobrar-me el almuerzo un muchacho sentado en una mesita junto a la puerta del comedor.

—No.

—Es que a los veraneantes...

Así están las cosas en Rota. Aquí comenzó el veraneo allá por el año 1900. Fué el primer veraneante, como tal, un inglés, acompañado siempre de un perro. Huésped de una fonda denominada La Narcisa, su presencia era acontecimiento. Hoy pueden contarse dos hoteles e innumerables fondas, aparte del nuevo barrio de Guimerá, constituido por más de 100 hoteles residenciales, muy cercanos a la playa, todos ellos edificados en el curso de diez años.

El dueño de la fonda me hizo tales preguntas en un arranque de escrúpulos, a pesar de la insignificancia de la verbal «nota».

—La honradez una extremada honradez—me afirman luego en conversación—, es algo que preocupa aquí. El robo no hay quien lo practique. Los tomateros y hortelanos, por ejemplo, dejan al atardecer la hacienda —tomates, patatas, cebollas...— al borde de la carretera, para que a las seis de la mañana siguiente la recojan los camiones.

—¿Acuden muchos veraneantes?

—Siete u ocho mil, especialmente de Sevilla, Córdoba, Jerez y Badajoz.

—Principal atracción de estas playas?

—La limpieza del agua.

Dos playas hacen la gracia del litoral roteño: la del Chorrillo y la de la Costilla. El paraje de-

nominado Chorrillo, que da nombre a la playa, es un lugar muy pintoresco, cuajado de pinos. Fresco y sano, alegre y de inmensa perspectiva. Balcón de Rota le llaman. Y «placer de Rota» es toda la parte de mar, del mar azul y espejeante, que se divisa desde la playa. Rota está en el extremo septentrional de la bahía de Cádiz, formando una unidad geográfica con éste y con el Puerto de Santa María. Hay unos 18 kilómetros de distancia a la capital de la provincia, en línea recta sobre las aguas.

—Así que el verano será remunerativo, entre los tomates, las calabazas y los veraneantes.

—No se conoce el paro.

—¿Muchas bicicletas?

—Más de mil.

—¿A qué ritmo crece la población?

—Doscientos cincuenta habitantes por año.

—Sin incluir la población extraña que afluirá con motivo de las obras de la base naval.

—Esperamos entre 1.500 a 2.000 obreros.

—Y el incremento, el auge de Rota ¿desde cuándo comenzó?

—Hace unos diez años.

—¿Y el progreso cultural? ¿Qué tal el problema del analfabetismo, si lo hay?

—Se ha reducido en más de un cincuenta por ciento.

—¿Muchas escuelas?

—Diez.

—Se haría algún esfuerzo especial en la lucha contra los analfabetos.

—Las clases nocturnas, a las que en el invierno pasado asistieron más de cien adultos. Y la Escuela Rural Ambulante, cuyo éxito ha movido a la construcción de una escuela rural, con vivienda para el maestro, en la Peña del Aguila. Con el veinticinco por ciento de los gastos correrá el Ayuntamiento.

En verdad, por unas y otras cosas se completa la felicidad de este paradisiaco rincón gaditano. Cielo y aguas azules como todas las de la bahía, claro y luminoso ambiente, alegre como un revoloteo blanco junto al agua el conjunto urbano, gente de paz, de amor al trabajo y de respeto a lo ajeno... Ni el frío ni la nieve per-

turban la tibieza de su clima. Sobre sus campos corren veloces, en ocasiones, los vientos que espurrean arena sobre el horizonte, pero el cuidado paternal de los agricultores ha ingeniado defensas: se dividen los «pagos» —nombre de las parcelas— en cuarteles de pocas dimensiones, y cada cuartel está limitado por una especie de plantas como juncias, cuya misión es fijar la arena además de evitar el daño que el choque podría causar en los mimados cultivos. Y, el compás, un rescate de las inteligencias para la cultura, que ya lleva sus avanzadillas hasta una Biblioteca Pública Municipal, iniciativa del señor García de Quirós, joven investigador local y autor de un «Estudio artístico-correligioso de la villa».

Así es Rota: luz y trabajo.

ALEGRE SERENIDAD DE LA VIEJA RAZA

Y, claro, por todas partes llega la recompensa. Escritores viajeros se han detenido en sus calles y arenales para ver, gozar y descansar. Y sus calles y arenales han pasado, brillantes y cinceladas por buenas plumas, por páginas literarias. Fernán Caballero, Pedro Antonio Alarcón, José Navarrete... Ellos escribieron páginas literarias que no caben en este trabajo meramente periodístico. Pero eso no quiere decir que haya de prescindir de mi reacción ante las bellezas naturales. Andando por sus calles casi he sentido de un modo físico cómo iban disipándose todas mis inquietudes. Tal era la placidez, no obstante la luminosidad del escenario. No es una mística placidez, esa placidez que impone un severo ambiente, sino todo lo contrario: una disolución del yo en la silenciosa e inmensa claridad sin límites.

Resulta, pues, que el cine ha encontrado un escenario natural, que ha sabido aprovechar... «El pescador de coplas», «Lola la Piconera», la nueva versión de «Malvaloca»... Las tres cintas han nacido rodando por estas calles y rincones, por estos arcos y ventananas enrejadas, entre estos muros donde bien pueden camuflarse las gaviotas que cruzan la bahía.

Su nombre, sin embargo, el nombre está muy lejos del ambiente y del ser del pueblo. Rota es una concreción sintética de otro nombre más largo —«Rotavrutata»: torre o fortaleza— que le impuso Safad-Dola, un aliado de Alfonso VII de Castilla. Y esto no quiere decir que el origen haya que fijarlo en estas fechas. Rota es mucho más antigua, tan antigua como Cádiz. Es milenaria. De origen fenicio, como la primitiva Gades. Y restos fenicios han ido apareciendo, como mensajes de auténtica historia, cuando los tractores y demás maquinaria moderna han ido desollando y taladrando el suelo en busca de tierras firmes para la construcción de la futura base naval. Dentro de poco estará la bahía de fiestas, de fiestas milenarias. ¿No es la bahía, con sus perlas urbanas, quien debe celebrar sus tres veces milenario cumpleaños? Sí. Celebran la fiesta de la «alegre serenidad». Alegre serenidad de una raza con muchos siglos de vuelo...

Su suerte en el curso de los años ha sido muy diversa: Por eso tuvo buenas murallas, de las que se conservan trozos y arcos: el de la Villa, Puerta Sanlúcar, del Muelle, y de Jerez. Rota fue uno de los regalos que Sancho IV hizo a Guzmán el Bueno, el casi legendario defensor de Tarifa. Después, a través de la política matrimonial, vino a parar a los duques de Arcos. Uno de éstos, don Rodrigo Ponce de León, hizo construir a sus expensas, allá por los años de 1537, la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la O, de una nave, sobre cuatro series de columnas rematadas por artísticas palmeras que forman los nervios de su valentísima bóveda. Su fachada es góticodescadente, y el retablo mayor renacentista cayó hecho astillas en los días rojos. Las imágenes —la titular, Jesús Nazareno, San Miguel y Santa Bárbara...— son barrocos. De fines del Renacimiento es el grupo escultórico de Santa Ana, la Virgen y el Niño.

—Este y otro son los únicos en España—me dicen

Una ermita, la ermita de San Juan Bautista, de fines del siglo XVI, estuvo vinculada a la Hermandad de la Santa Caridad de Sevilla, que llegó a fundar un hospital. Por eso la gente la conocen por Ermita de la Caridad.

A la caridad se dedica hoy el tan famoso castillo de Luna, que en 1949 fué adquirido por don José León de Carranza en 200.000 pesetas. Esta fortaleza, residencia en otros tiempos de los Reyes Católicos, de Pedro el Cruel y otros, hoy alberga en sus muros 20 camas de un hospital, las instalaciones de un dispensario y el colegio de San Ramón, donde reciben enseñanza y comida 140 niños. Todo a expensas del señor Carranza, marqués de Villapesadilla.

Aquí, cerca de la Punta Candor, termina mi rápida excursión por la baja Andalucía. Me llevo como regalo la imagen del juguete blanco de Rota jugando a diario con las aguas azules en la eterna mañana de la bahía de Cádiz.

JIMENEZ SUTIL
(Enviado especial.)



Actualmente se realizan trabajos de explanación para establecer la nueva base de Rota

LA PENA DE MUERTE EN INGLATERRA NO SERA ABOLIDA (POR EL MOMENTO)

ESCRIBE DESDE LONDRES JESUS PARDO
(Especial para EL ESPAÑOL)

Posiciones en favor y en contra de la reforma del sistema penal



Las inexorables pelucas de los «old Bailey» se oponen a la abolición de la pena de muerte



Izquierda: Chuter Ede, arrepentido de haber rehusado el indulto de Evans, se ha convertido en ferviente abolicionista.—Derecha: Albert Pierrepoint, verdugo de Evans, tiene fama de jovial

cuando estaban los suyos en el Poder, y ahora asegura «haberse convencido gradualmente de que la única justificación de la horca es que asuste al criminal, y esto está demostrado que no es así»; otro de ellos, Chuter Ede, achaca su conversión al abolicionismo «a la sospecha de que Evans (recuérdese el caso Christie) fuera ahorcado siendo inocente». «Mientras la justicia humana sea falible —dijo Chuter Ede— todo ser humano debe oponerse fanáticamente a castigos que no tengan remedio.»

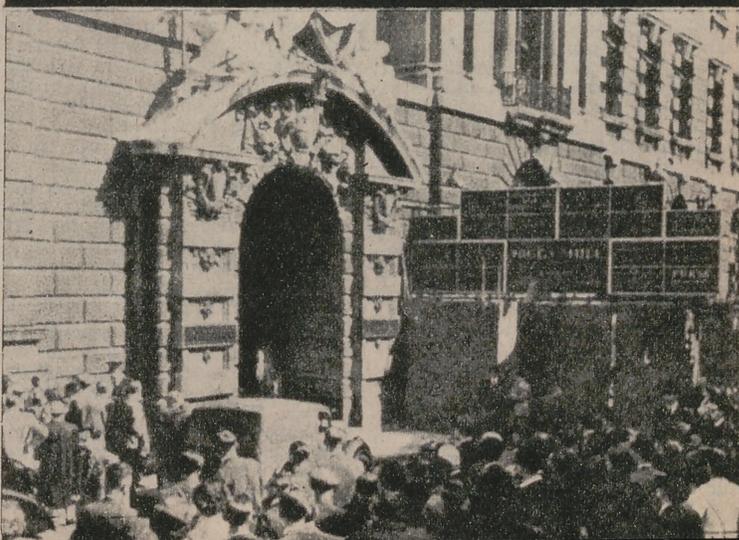
A esto los conservadores responden que antes de ahorcar a un criminal se toman todas las precauciones posibles para evitar un error, y que en lo que va de siglo sólo ha habido dos sospechas de condena injusta: la de Evans—cuya inocencia no es ni con mucho

Si se tomara al pie de la letra el título de este artículo, es posible que un servidor quedara mal a la larga; la pena de muerte en Inglaterra no será abolida «por el momento». O mucho me equivoco o los lores, o el Gobierno, o alguien, conseguirá impedir la abolición durante unos cuantos años todavía.

Los enemigos de la abolición son aún muy poderosos. Primero, la mayoría de los conservadores, para quienes el mantenimiento de la horca es también un asunto de conciencia. Churchill es de estos, y de Eden se sabe que no está del todo convencido en un sentido o en otro. Lloyd George, el ministro del Interior actual, la favorece ahora, a pesar de que 1948, cuando su partido estaba en la oposición, se oponía a ella. Pero esto es natural, no sólo porque los partidos en la oposición y los partidos en el Poder son dos cosas totalmente distintas, sino porque el mero hecho de aceptar el puesto de ministro del Interior implica favorecer la pena de muerte. En la oposición laborista hay dos o

tres ex ministros del Interior: uno de ellos, Morrison, la favorecía

La sala de audiencias de Londres está instalada en este edificio, ante cuyas puertas se agolpan los curiosos, con motivo de un juicio



segura—, y la de un tal Rowlands asesino que reincidió después de que fué perdonado, reincidió después de su primer crimen, fué ahorcado, y de quien luego se temió que hubiera sido víctima de un error de identidad.

UNA SOCIEDAD «PRO MANTENIMIENTO DE LA PENA CAPITAL»

Es esta una lucha de pasiones más que de razón. Los partidarios de la pena de muerte tienen una sociedad «Pro mantenimiento de la pena capital», y algunos de ellos van más allá y exigen, incluso, la restauración del famoso «gato de siete colas», un látigo con siete cabezas de plomo, con el que castigar a cierto tipo de delincuentes.

Para el partido conservador la cuestión de la pena de muerte se han convertido en un problema político; a pesar de que el partido conservador, cuando el voto de los Comunes les dijo a sus diputados «que votaran de acuerdo con su conciencia», añadió («sotto voce») un aviso: «Pero el Gobierno favorece la retención de la pena con algunas modificaciones».

Veamos ante todo las razones de esto, y luego examinaremos las modificaciones. Después de la votación de los Comunes, miles y miles de conservadores en el país entero empezaron a protestar contra la abolición; los consejeros del partido entonces advirtieron que, si un primer ministro conservador aboliese la horca, muchos de los electores que pusieron al partido en el Poder, probablemente retirarían sus votos; varias elecciones locales recientes mostraron mayorías conservadoras muy reducidas y los diputados de

Zonas poco seguras llegaron a la conclusión de que la abolición podría significar un revés en las elecciones siguientes. Además, el Gobierno, por aquellos días, tenía entre manos una serie de proemias internacionales de mucha envergadura para cuya solución necesitaba del apoyo de la opinión pública y de una mayoría parlamentaria sólida.

Así pues, después de las prometedoras palabras de Eden: «No perderemos más tiempo del absolutamente preciso en introducir legislación», el Gobierno lo pensó mejor. La Prensa tory comenzó a decir que, después de todo, aun no se ha demostrado que la horca no sea útil para acobardar a asesinos vacilantes, y que lo que había que hacer era limitarla un poco, para evitar que, por error, muriese ahorcado algún inocente. Surgieron, entre otras modificaciones, abolir la pena de muerte para el sobreviviente de unos de esos pactos en que dos personas juran suicidarse al mismo tiempo, y a una, en el último momento, le falta valor; la sustituirían por cadena perpetua o varios años de prisión, según las circunstancias. Prometieron revisar las regulaciones que limitan los casos en que un asesino puede ser declarado deficiente mental; según ellas, si un asesino no puede demostrar haber estado loco en el momento de apretar el gatillo, va a la horca, y, aunque pueda demostrarlo, ha de ser juzgado como si las circunstancias en que situó su cerebro enfermo fueran

reales; es decir: si yo mato a Fulano porque creo que soy Napoleón y que Fulano es el duque de Enghien, hay que castigarme como si mi ilusión fuera realidad. Así, digo yo, se consigue acobardar a todos los locos que imaginan ser Napoleón, y se les impide pensar que el vecino de enfrente es el duque en Enghien; menos mal que hay jueces sensatos que no toman estas reglas al pie de la letra. Otra de las ofertas del Gobierno consistió en modificar la ley actual de forma que el juez pueda condenar a prisión a un criminal convicto y mentalmente sano. Tal y como están hoy las cosas el juez está atado de pies y manos: si el jurado dice «culpable» el juez no tiene otro remedio que condenar a muerte, y entonces ya sólo el ministro del Interior puede salvar la vida del condenado usando de la prerrogativa real de clemencia; el ministro estudia el caso, ve si hay circunstancias atenuantes, o alguna prueba tardía y decide: si rehusa el perdón, entonces ya no hay apelaciones que valgan; su decisión es final, y no da explicaciones a nadie. Esto es otra cosa que muchas gentes quieren abolir: dicen que poner toda la responsabilidad de una vida humana en manos de un hombre sólo es injusto, y que la decisión final debiera estar en manos de un grupo de técnicos y abierta a la crítica del público.

«LA VOLUNTAD DE LA REINA»

El criminal perdonado va a la cárcel durante lo que se llama «la voluntad de la Reina», y, traducido a tiempo viene a ser unos nueve años. Al cabo de ellos se le abren las puertas de la cárcel y se le reincorpora a la vida del país.

Esto de reconocer dos grados de asesinato—uno con muerte y otro con cárcel—es una especie de componenda entre el sistema americano (que reconoce dos o tres grados de asesinato, con pena graduada) y el inglés del «manslaughter», u «homicidio». «Manslaughter» es un asesinato involuntario, u ocurrido por azar; asesinato es el crimen cometido voluntariamente, sin que la pasión del momento o la pérdida de control sirven de atenuantes. Fundiendo estas dos distinciones en una cosa sola, los conservadores querrieran reducir el número de ejecuciones a aquellos casos en que el asesino obrara con premeditación o saña. Pero los abolicionistas objetan que este plan conservador es un truco y nada más que un truco: ninguno de los asesinatos ejecutados en Inglaterra en lo que va de posguerra se habrían salvado si el plan éste hubiera estado en vigor cuando se vieron sus causas; el ministro del Interior suele perdonar los casos en que hay atenuantes, y el plan tory no haría sino apresurar este perdón, y darle fuerza de ley, en vez de dejarle, como ocurre ahora, a la voluntad del ministro.

LA SIBILA DE DELFOS

Otros enemigos de la pena de muerte son los jueces; los conservadores se oponen más por oportunidad política que por principio, mientras que los jueces lo hacen por rutina: cuando se abolió la horca por robos de cinco duros para arriba, los jueces se opusieron: «Nadie podrá dormir tran-

quilo si los ladrones se saben impunes», decían. Y luego el número de robos no aumentó de manera apreciable. Los jueces, con sus asientos en la Cámara de los Lores, rodeados de una pandilla de aristócratas enmohecidos, tan reaccionarios como ellos, se han opuesto siempre sistemáticamente a todo cambio del sistema penal inglés, incluso a los más obviamente necesarios. El juez inglés es un figurón infalible, inatacable, autorizado para hacer los comentarios que le plazcan y herir cuantas susceptibilidades le parezcan bien; como la ley inglesa no está apenas escrita y se rige por el sistema de precedentes, el juez inglés es un oráculo, y, después de unos años de práctica, acaba por creerse la Sibila de Delfos. Si la ley de abolición pasa a ser votada en la Cámara de los Lores y el Gobierno—representado en ella por el marqués de Salisbury—autoriza un «voto de conciencia», es decir, no partidista, es seguro que el resultado será adverso a la abolición; los abolicionistas del Parlamento se lo temen así, y han advertido a los lores que, si bloquean la ley—y pueden conseguir que sea descartada por un año, y entonces vuelta a someter a votación—les declararán la guerra sin cuartel y les quitarán los pocos poderes que aun les quedan. Los lores replican que si se trata de un voto de conciencia y no político tienen el deber humano de votar de acuerdo con sus convicciones.

Luego, aunque los lores la pasaran, los abolicionistas podrían aplazarla durante semanas y aun meses, sugiriendo modificaciones en esta cláusula y la de más allá, y convirtiendo al Parlamento inglés en una especie de merienda de negros constitucional. Las consecuencias a la largo podrían ser graves para el prestigio del sistema parlamentario como tal.

Hay un tipo de antiabolicionistas para quien la horca es un elemento necesario del carácter británico: es como el rosbif, la cerveza, el cricket. «Los ingleses son hombres y afrontan con orgullo las consecuencias de sus actos», dice esta gente. Perder la horca para ellos sería como perder Suez o Abadán.

LOS ANTIABOLICIONISTAS Y SUS ARGUMENTOS

Los antiabolicionistas dicen, ante todo, que la pena de muerte no admite remedio si se comete un error judicial; este es su argumento clave. Un diputado antiabolicionista dijo hace unos días «que si él estuviera seguro de que la horca aterrorizaba a presuntos asesinos hasta el punto de disuadirles de cometer el crimen, aun así no valía la pena, porque siempre podría colgarse a un inocente».

—Si yo estuviera seguro de que la horca disuade al criminal—replicó a esto otro de los abolicionistas—no me importaría la muerte de uno o dos inocentes al año, pero es que no hay pruebas de que, en el momento de asesinar, traiga a nadie de apretar el gatillo.

—Pues yo—intervino en esto un diputado conservador—no estoy de acuerdo; una vez me vinieron grandes tentaciones de cometer un asesinato, y no lo hice por miedo a la horca.

El que así hablaba era un diputado recién admitido en el Parlamento, estas fueron sus primeras palabras en la santa casa; no creo que jamás diputado alguno se haya estrenado de manera tan original.

Dicen también los antiabolucionistas que el asesino que mata en frío y con premeditación es precisamente el que más necesidad tiene de cuidados médicos, porque un pronto le puede dar a cualquiera sin que haga falta estar loco, pero un asesinato en frío, excepto, quizá, por motivos de lucro, supone de ordinario una mentalidad anormal. Los criminales tipo Christie son la excepción, no la regla, lo que pasa es que la gente les toma por el prototipo del criminal; tanto el asesino en frío como el monstruo—añaden—son casos patológicos, no judiciales.

Según los antiabolucionistas, si se suprimiera la pena de muerte, la población penal de Inglaterra no aumentaría mucho: unos quince al año todo lo más; apenas una gota en una población de veinte mil presos. Los criminales perdonados después de unos años de regeneración carcelaria, dicen ellos, apenas reinciden: en seis naciones europeas que han abolido la pena de muerte, sólo hubo seis reincidentes en lo que va de siglo; en Inglaterra sólo tres: los dos mencionados antes y un tercero, Straffen, que era un deficiente mental a todas luces.

ESTADÍSTICAS INTRASCENDENTES

Los antiabolucionistas manejan estadísticas con curiosa soltura: de 1886 a 1905, dicen, un noventa por ciento de los asesinatos fueron cometidos por hombres contra mujeres: esposas, amantes, o novias; el treinta por ciento de ellos tuvieron por motivo el exceso de alcohol, o un acceso de rabia, el cuarenta por ciento se debió a celos, intrigas, deseos sexuales, etc., el veinte a extravíos mentales, y el diez restante a afán de lucro; luego la mayoría de los asesinatos, dicen ellos, fueron debidos a estados de ánimo especiales o a una mentalidad anormal.

De 1928 a 1948 hubo por lo visto, ciento setenta y cuatro sentenciados a cadena perpetua, y ciento doce de ellos fueron puestos en libertad después de los nueve años de rigor.

La votación de los Comunes, como se sabe, fué de doscientos cincuenta y cuatro votos laboristas, treinta y siete conservadores y cuatro liberales a favor de la abolición, frente a doscientos cincuenta y siete conservadores, siete laboristas y ningún liberal. De estos treinta y siete conservadores antiabolucionistas, unos quince, o quizá incluso veinte, no serían difíciles de disuadir, haciéndoles votar en contra en la próxima votación, y si el partido laborista no se anda con cuidado y da la impresión de estar utilizando la abolición como mera leña política para desprestigiar al partido conservador, entonces el resto de los conservadores antiabolucionistas podrían pensar que no se trata de un asunto de conciencia, y votarían en contra por motivos políticos. Los conservadores tienen mucho espíritu de partido, y jamás sa-

crificarían la unidad en aras de sus principios personales.

LA POLICIA INTERVIENE EN CONTRA

Los antiabolucionistas son un grupo de gente curiosa: intelectuales, socialistas, judíos, intelectuales socialistas judíos, en fin, un poco de todo. Sus pontífices máximos son Koestler—el autor de «El cero y el infinito»—Gollanz—el editor de «La colmena» y «La familia de Pascual Duarte»—y la crema de la intelectualidad cristiana. En el Parlamento tienen a Sydney Silverman, judío probablemente, abogado célebre, que ha dedicado su vida entera a acabar con la horca, y es el autor del proyecto de ley sobre el que votaron los Comunes.

A esta gente los antiabolucionistas la acusan de tener compasión al asesino, y no a la víctima, cuando se preocupan tanto por salvarle de la horca: «Esto es un error—responden ellos—, nosotros queremos abolir la horca porque odiamos la violencia, esté donde esté; el asesinato cometido no puede ser enmendado, y asesinar al asesino no devuelve la vida a su víctima; lo que hay que hacer es tratar de regenerarle, y si no se puede, mantenerle aislado de la sociedad, pero sin quitarle la vida».

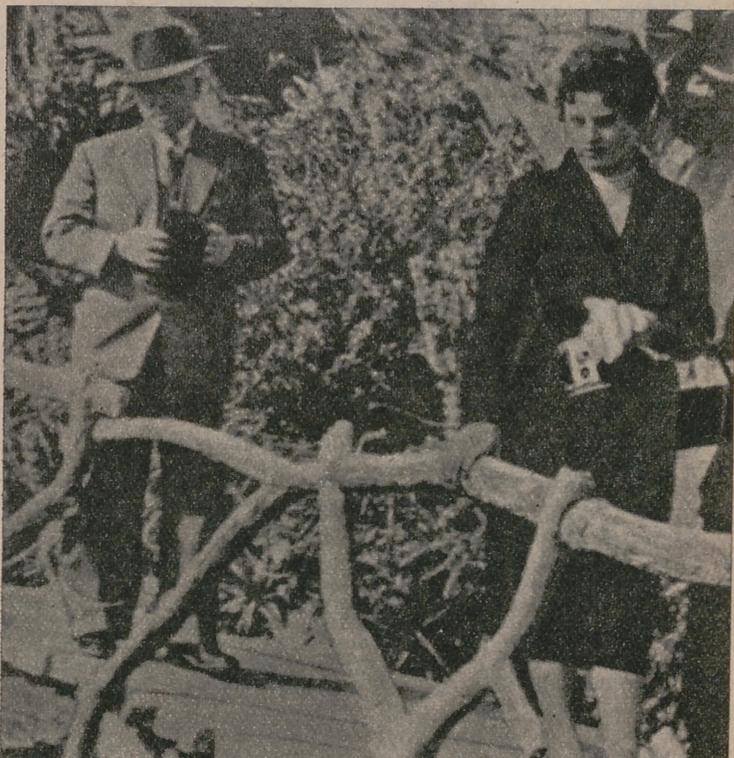
Uno de los argumentos de los antiabolucionistas consistía en que si el criminal se sabe a salvo de la horca, es más fácil que se envalentone y dispare contra la Policía que le persigue: «Si suprimimos la horca—dicen—habrá que dar armas a la Policía para que se pueda defender». Los periódicos antiabolucionistas han estado diciendo que, desde el voto de los Comunes, muchas policías de Scotland Yard están sacando

seguros de vida, y que las compañías les cobran las pólizas al doble de precio que antes, porque estiman que el riesgo es mucho mayor. Esto probablemente o no es verdad o está muy exagerado; sobre todo si tenemos en cuenta que el órgano de la Policía inglesa publicó hace días un artículo de fondo pronunciándose a favor de la abolición y contra la idea de dar armas a la Policía urbana: «Al público no le gustaría una Policía con revólveres—dice el periódico—, y la Policía sin la confianza y la cooperación del público, se convierte en un arma de opresión». O semejantes palabras.

EL CEREMONIAL DE LA HORCA

El ministerio del Interior suele dar orden de que en los partes de ejecución se den cuanto menos detalles mejor para no despertar en el público un interés morboso; el verdugo por lo general anota en su librito: «Cuello normal, caminó por sus propios pies», o lo que sea.

Sin embargo hay multitud de casos en que el condenado se defiende a patadas, y hay que llevarle a rastras, o maniatado a una silla; a veces su estado de ánimo es tan caótico que pierde el control de su propio cuerpo y se va vaciando según le empujan hacia la horca. Previamente ha habido un ceremonial rutinariamente tétrico: el verdugo le ha examinado el cuello, ha tomado nota de sus medidas y de su peso, para calcular la longitud de cuerda necesaria a fin de que el golpe baste a romper las vértebras. Unas horas antes del momento decisivo, los guardianes que nunca le dejan sólo tratan de sentar al condenado de espaldas a la puerta so pretexto de echar una



Mientras esperan en la cárcel tres asesinos condenados a muerte, el verdugo de Londres, Pierrepont, disfruta unas vacaciones en Montecarlo, acompañado de su sobrina Patricia



«Ayudad al desgraciado que lucha», reza la muestra que cuelga a la puerta de su taberna de Preston, en Lancashire, el verdugo Albert Pierrepoint

partida de cartas a fin de que la entrada silenciosa del verdugo le coja de sorpresa y pueda ser maniatado fácilmente.

Una vez sobre el cadalso se le cubre la cabeza con una capucha negra, se le pone el nudo en el cuello de forma que caiga justo debajo del lado izquierdo de la mandíbula; el lado en que esté el nudo es cosa importante, porque cuando se abre la trampa el cuerpo cae, y su peso aprieta el nudo. Si el nudo cae del lado izquierdo, el golpe le hace deslizar-se hacia la nuca, proyectando la cabeza hacia atrás, penetrando entre dos vértebras y rompiéndolo-

dolas; mientras que si está del lado derecho lo normal es que se deslice hacia adelante, justo sobre la nuez, proyecte la cabeza hacia adelante y extrangule al condenado, lo cual lleva más tiempo; la muerte por fractura vertebral pasa por instantánea, aunque en la práctica quizá haya algunos momentos de sufrimiento. El verdugo mayor, Pierrepoint, confesó una vez que ha habido casos en que, por algún error, el nudo se deslizó en sentido contrario y la muerte fué lenta y dolorosa. El corazón sigue latiendo aun después de que el condenado ha sido certificado muerto, pero

los antiabolicionistas dicen que es una función puramente mecánica, que el corazón tiene carrerilla para unos latidos más aun después de la muerte de su dueño.

Hay quien dice que el condenado debiera poder elegir entre la horca o unas inyecciones de esas que matan instantáneamente; lo malo es que las inyecciones requieren la colaboración del paciente para que surtan efecto, y además el condenado se vería en un dilema monstruoso mientras el verdugo espera junto al cadalso y el cirujano prepara las inyecciones. Un periódico decía a este propósito: «La horca es cosa tan especializada que, si muchos condenados prefieren inyecciones, el verdugo acabaría por perder práctica, y al primero que prefiriera la horca podría ejecutarle mal y hacerle sufrir».

En Escocia hay un sistema de horca diferente, que, por lo visto, requiere mayor habilidad que el inglés.

DOS VACANTES DE VERDUGO

Con la dimisión de Pierrepoint —el verdugo tabernero— hay ahora dos vacantes de verdugo oficial: se presentan cinco solicitantes al día, y la mayoría de ellos son sádicos a quienes encanta la idea de ponerle la cuerda al cuello a un pobre desgraciado. Naturalmente se les rechaza. Para ser verdugo hay que estudiar el oficio sobre el terreno: ayudar en una ejecución y tomar parte en otra bajo los ojos expertos de un verdugo veterano. Cobran de mil a dos mil pesetas por ejecución, más gastos; cuando se retiran se les da indemnización, pero no tienen pensión ni seguros sociales.

Muchedumbres de abolicionistas suelen reunirse ante la puerta de la prisión cuando va a tener lugar una ejecución: cantan salmos, rezan por el alma del ejecutado y gritan: «¡Asesinos! ¡Estáis asesinando a un hermano nuestro!».

El otro día el ministro del Interior conmutó la horca por prisión «a la disposición de la Reina» a un chico llamado Ross, que había asesinado a un estudiante hindú, y después le robó y guardó el cuerpo debajo de la cama. Fué descubierto porque iba por ahí preguntando a la gente cómo se puede uno deshacer de un cadáver sin que se entere la Policía; uno le contestó: «No preguntando» y corrió a denunciarle.

El cadáver no se entrega a la familia del ejecutado «porque la horca alarga desproporcionadamente el cuello y da al cuerpo una apariencia obscena».

El día de la votación en los Comunes todos los diputados acudieron; incluso uno, que estaba moribundo, fué allá en una camilla. Al día siguiente, la mayoría de ellos estaban roncos.

Jesús PARDO

SUSCRIBASE A

“POESIA ESPAÑOLA”

**Solo hasta
el 31 de Marzo...**

Podrá Vd. disfrutar de
los PREMIOS del

**Sobre
SORPRESA
"FUNDADOR"**



EXIJAŁO al comprar su botella de coñac "FUNDADOR" Domecq
MAS DE 100.000 PREMIOS DE ENTREGA INMEDIATA

**SIN CONCURSOS NI SORTEOS
SIN MOLESTIAS NI DEMORAS**

Motos "VESPA" - Cocinas "EDESA" - Receptores
"PHILIPS" - Bicicletas "B. H." - Lavadoras "EDESA"
Planchas "PHILIPS" - Relojes suizos "AVIA" - Plumas
"PARKER" - Medias "VILMA" y otros valiosos objetos

Deleite su paladar y
haga realidad sus
ilusiones comprando



FUNDADOR

el coñac seco por excelencia, que si siempre estuvo bien

ahora está... ¡como nunca!



LA FAMILIA, MAS ARRIBA DE LOS 60° LATITUD NORTE



La señora Groes, ministro de Comercio de Dinamarca, en el seno de su familia

UNA SOCIEDAD BIEN AVENIDA

SE CONOCIERON HACIENDO DEPORTE, TODAVIA NO SE HAN DIVORCIADO

S ENORES, me llamo Svenson. ¿Puedo reirme con ustedes? Así es el final de una conocida historia sueca en la que Svenson ha permanecido estatuario. Imposible como las rocas de Somosierra y como los sótanos del Banco de España impermeable a la curiosidad de cualquiera. Son cinco compañeros los que se cuentan historias divertidas entre grandes carcajadas. Svenson apoyado en el respaldo de su asiento completa como figura decorativa de bronce puesta por la Renfe de cualquier país europeo un departamento de este tren. Sólo pierde su magnífico equilibrio en las curvas.

Después de muchas estaciones, ha sido cuando preguntó mientras se inclinaba cortésmente:

—Señores, me llamo Svenson. ¿Puedo reirme con ustedes?

A partir de estos momentos sus magníficos pulmones escandinavos funcionarán a ritmo de carcajada. De buen humor y de risas.

AMISTAD Y NOVIAZGO SOBRE LOS ESQUIS

La gorra del señor Erik Petersen descansa, o al menos está puesta encima de una butaca en su casa de Oslo. El señor Erik pertenece a la Marina de guerra noruega. En la bocamanga de su uniforme negro tiene las tres franjas amarillas y la coca de capitán de corbeta. Es casado, y su esposa, que se llama Solveig, nació en Bergen. Allí, cuando nació, los 130.100 habitantes pasaron a 130.101. Solveig, su esposa, estudió en la Universidad de Bergen y ahora trabaja de intérprete en



Una escuela al aire libre en territorio lapón

uno de los grandes almacenes de Oslo. Sus nombres Solveig y Erik son los correspondientes a Carmen y Pepe en España.

Se conocieron un día haciendo deporte. El pasó como una centella adelantándola sobre sus láminas de madera bien parafinadas que casi no dejaban huella sobre la nieve. Ella puso todo su empeño en alcanzarle y al pasarle sacudió con sus bastones las ramas cargadas de nieve que vino a parar encima de Erik.

Más tarde se volvieron a encontrar con los «smoerbroed» en la mano bebiendo cerveza. Eso que casi no se entiende son una especie de bocadillos de manteca, pescado, ensalada, etc., y pan. Los escandinavos jóvenes se conocen siempre haciendo deporte. Bueno, casi siempre. Erik tenía entonces

veintidós años y Solveig dieciocho.

Continuaron su amistad sobre los esquis o patinando. Algunas veces fueron al cine. La camaradería duró algún tiempo. Justo hasta que un día Erik planteó la cuestión del noviazgo. No hace falta añadir que en serio, porque estas cosas se hacen en Noruega completamente en serio. El rostro de la futura señora Peterson se puso repentinamente grave.

El caso es que se prometieron y conociéndose bien como se conocen, pronto se casaron. El divorcio está permitido en Noruega, en donde la gente tiene derechos ilimitados para practicar la religión que desee. Según el artículo segundo de la Constitución noruega, el Estado sostiene el culto evangélico luterano. Los señores Petersen tienen tres hijos y todavía no se han divorciado.

El señor Erik Petersen ha dejado su gorra negra de marino sobre una butaca y se ha puesto a leer el diario «Aftenposten», de Oslo. Es el periódico noruego de mayor tirada. Son casi 150.000 ejemplares diarios de tendencia conservadora.

RECORD EN FINLANDIA: DIECINUEVE HIJOS

La familia estadística en Dinamarca es de 1,75 hijos. Claro está que aquí la estadística hace un poco trampa y verdaderamente hay que hacer un gran esfuerzo para imaginarse al 0,75 de hijo que según las cifras tiene cada matrimonio danés.

Lo frecuente en Dinamarca es que los señores Finsen tengan dos, tres o cuatro hijos. Los dos

hijos es lo normal, sin que ninguna ama de casa de Copenhague tenga que repartir o deba un cuarto de su segundo hijo a la vecina del piso de arriba.

Dinamarca es algo distinto a los otros tres países. Su clima es más cálido y casi se puede afirmar que el temperamento de los daneses está más cerca del de climas más meridionales.

El ama de casa pasa mucho tiempo en la cocina, porque tanto ella como su esposo prefieren una comida casera a comprar «comida hecha». El marido se lleva generalmente, cuando por la mañana sale en bicicleta, un paquete de comida para almorzar. Consiste generalmente en los famosos «sandwichs al aire libre». Existe una gran variedad de bocadillos de este tipo, casi unas 200 especialidades. Aquí también se llaman «smørrebrød».

Los hijos de los señores Finsen desde que han nacido están bajo un severísimo control sanitario. Lo mismo cuando el niño es pequeño que cuando tiene edad para asistir a sus primeras clases.

En el primero de los casos una de las llamadas «enfermeras de la salud» visitará el hogar recién animado con las risas y los lloros del recién nacido y dará consejos gratuitos a la madre sobre la forma de alimentar y de cuidar a su bebé. También es muy frecuente que el ama de casa ayude a soportar el peso y las responsabilidades a su esposo, trabajando fuera de casa. En este caso, los hijos, por muy pequeños que sean, quedan entre los acogedores muros de un «kindergarten», donde personal especializado les atenderá, alimentará y distraerá durante todo el día hasta que la madre, a la vuelta de su trabajo, pase a recoger a su hijo. Durante todo el día ha pensado mucho en su pequeño Niels, pero ha estado completamente tranquila y segura de que no podía estar en mejores manos. Los «kindergarten» son numerosísimos al norte del paralelo 60. En Finlandia se llaman «kotisisar» y suelen ser municipales o estatales y gratuitos para las familias pobres. Allí las guarderías infantiles se llaman también belenes.

En Finlandia la cifra récord de familia numerosa es de 19 hijos. En Laponia, más al Norte, el número de hijos suele ser mayor.

SOCIEDAD BIEN AVENIDA

A la vuelta del trabajo, los rubios señores Laaksonen o Nilsen, lo mismo en la capital que en el pequeño poblado agrícola, les gusta encerrarse en casa. En una casa confortable y acogedora. Allí cómodamente sentados leen el periódico o escuchan la radio. En los hogares nórdicos no abunda el aparato de televisión. La velada de hoy está muy animada porque sus vecinos o sus amigos los Rantanen han venido a devolver la visita que les hicieron hace unos días. La señora Laaksonen ha servido café o té, mientras empiezan a charlar agradablemente.

Ellas hablan animadamente de sus hijos y de la escasez de la vivienda. En el Norte, lo mismo que en toda Europa, éste es uno de los más graves problemas que tiene planteada la familia.

Ellos, todo lo hacen con más calma. Después del agradable rito de llenar y encender sus pipas han



Un recién nacido lapón, en su tradicional cuna

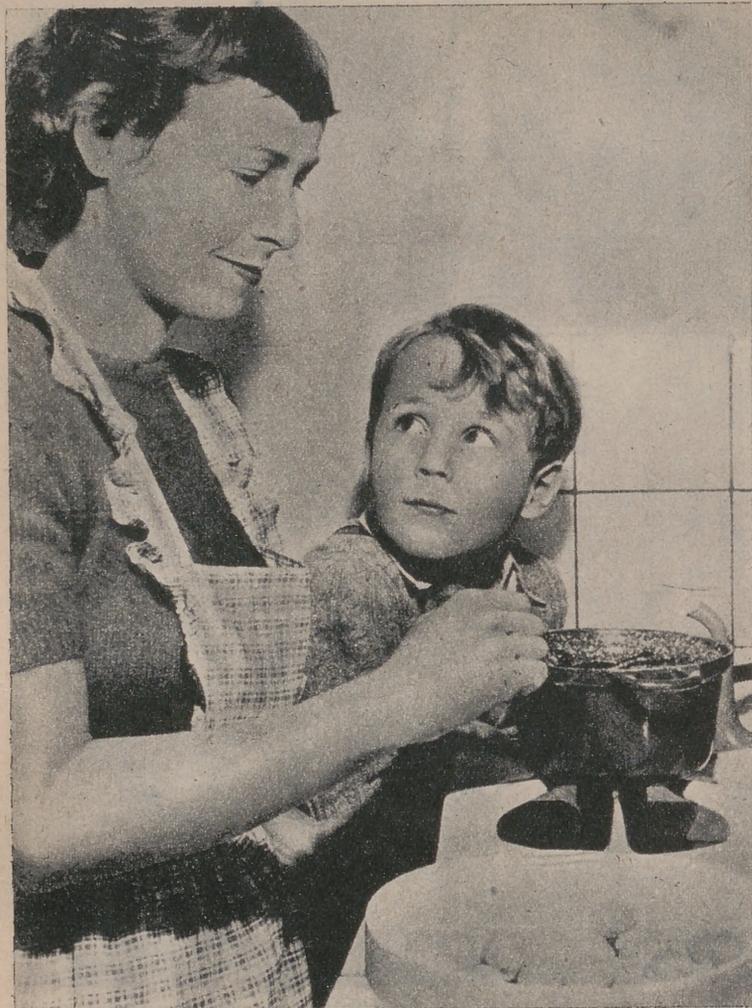
hablado de política. Los dos hombres no están de acuerdo, pero es una realidad el profundo respeto que tienen a las ideas de los demás. Si hablan de sus hijos calculan el tiempo que les falta para terminar el Bachillerato. El señor Rantanen se refiere a la próxima independización de su hija Kaisa, que es una muchacha agradable y lista. Se va a la capital, a Helsinki, porque quiere ampliar sus estudios. Allí trabajará cortando el pelo rubio pajizo de los

finlandeses. Luego se hará arquitecto.

Las muchachas y los muchachos al norte del paralelo 60 salen jóvenes de sus hogares. No es exactamente un conflicto lo que hay planteado entre la sociedad y la familia. El señor Rantanen hizo lo mismo cuando cumplió dieciocho años y lo ve natural. Por otra parte, Kaisa está preparada, bien preparada, por una educación y un ambiente en los que desde ha-



Escena callejera en un barrio popular en las afueras de Oslo



La madre danesa pasa muchas horas en la cocina para atender las necesidades de la familia

ce muchos años se encuentra normal el marcharse a Oslo, Helsinki, Copenhague o Estocolmo o cualquier otra capital importante a vivir con el trabajo y la iniciativa propios. La sociedad atrae a los jóvenes nórdicos por las posibilidades que ofrece. También existe un éxodo del campo a la ciudad.

Allí Kaisa se alquilará un departamento con una amiga, si lo encuentra, o si no una habitación a la que llevará a sus amigos con toda naturalidad y sin misterios, a estudiar juntos o, si se da el caso, a bailar en una pequeña fiesta improvisada.

El matrimonio nórdico es una especie de sociedad bien avenida.

No está, por supuesto, excluido el amor. Pero al matrimonio, lo mismo el hombre que la mujer, llega cada uno con sus valores independientemente cada uno debajo del brazo. La vida en común ha de tener la garantía de que los esposos encuentren mutua satisfacción de esta sociedad. El adulterio no es nada frecuente. Los hombres no son muy emotivos, entre otras razones, porque poseen una gran disciplina y prefieren dominar sus emociones.

Una italiana casada con un sueco, decía:

—Sé que mi marido está celoso, porque cuando lo está, bebe.

La mujer, quizá por ser más comunicativa que los hombres y porque la mujer nórdica asimila con mayor facilidad las lenguas extranjeras, es más sociable.

De cada mil finlandeses entre los veinte y los veinticuatro años, se casan 82 hombres y 90 mujeres. Entre los veinticinco y los veintinueve, 59 hombres y 38 mujeres y hasta los diecinueve años de cada mil, nueve solamente son los hombres que se casan, y mujeres, 36. De esto se puede deducir que las mujeres nórdicas se casan, o pueden casarse, entre los diecinueve y los veinticuatro años, es decir, jóvenes. Pasando de estas edades tienen menos posibilidades estadísticas de contraer matrimonio.

El hombre, por el contrario, se casa algo mayor: entre los veinte y los veintinueve años. Casi igual que en España.

LA «TULEAFTEN», NOCHEBUENA, EN FAMILIA

La «Tuleaften», que es la víspera de Navidad y corresponde a nuestra Nochebuena, se celebra en Noruega en familia. Con rigor nórdico, es decir, una persona extranjera se verá completamente sola esta noche. Se interrumpe todo trabajo. Incluso en los hoteles y servicios públicos.

Nadie saldrá de su casa ni es costumbre admitir a la cena ritual de pesadas viandas, pasteles afiligranados y recortados como los jardines públicos, naranjas, etcétera, otras personas que no sean de la familia.

El cabeza de familia habrá terminado a primeras horas de la tarde de enviar sus tarjetas ador-

ESTA A LA VENTA EL NUMERO 50 DE

POESIA ESPAÑOLA

donde encontrará las firmas de Vicente Aleixandre, Fernando Allué Morer, Juan Emilio Aragonés, José Asenjo Roldán, Pedro Bargaño, José Manuel Cardona, José Córdoba Trujillano, Francisco-Tomás Comes, Mercedes Chamorro, José Luis Gallego, Rafael Jaume, Rafael Millán, Vicente Núñez, José María Osuna, Pedro Pozo Alejo, Mariano Roldán, Dámaso Santos y A. Tovar

Precio del ejemplar: DIEZ PESETAS

Dirección y Administración: Pinar, 5, MADRID

UN NUEVO ROMANTICISMO

se titula el artículo de Gerardo Vergé Princep, publicado en la revista "Géminis", que ocupa la sección de textos del número 50 de

POESIA ESPAÑOLA

Lea usted

ORACION PARA
PEDIR LA NIEVE
POR MERCEDES CHAMORRO

EN EL NUMERO 50 DE

POESIA
ESPAÑOLA

OTOÑO EN AVILA

se titula el poema de

JOSÉ CORDOBA TRUJILLANO

que se publica en el n.º 50 de

POESIA
ESPAÑOLA

nadas con acebos y abetos felicitando a sus amistades. Su esposa, muy atareada en la cocina, aprovechará cualquier minuto entre guiso y guiso para dar los últimos toques al abeto iluminado del salón. Encenderá la chimenea y esperará a los hijos que acudirán puntuales al rito familiar de esta noche.

Las calles quedarán desiertas y todos los lugares públicos de reunión cerrados. Tiendas y comercios. En cada hogar escandinavo, reunidos en torno a la chimenea del salón, la familia entonará viejas canciones; quizá el noruego cante en su antiguo lenguaje puro: el «dandsmaal».

Todos terminarán poniendo sus más grandes zapatos sobre la chimenea. Quizá las grandes botas de nieve, las «snow-boots».

MUTUO RESPETO ENTRE EL MARIDO Y LA MUJER

La sociedad matrimonial nórdica ya hemos dicho que se basa en un mutuo respeto a la personalidad del marido y de la mujer. También en la relación de padres a hijos. Hay cosas que una madre no puede decir a sus hijos. Estos han sido educados para vivir y decidir libres. Así ocurre en el Norte y todos están contentos. Si un muchacho se enamora no tiene que preocuparse de la opinión de los padres de la muchacha. Si ella le acepta, los padres están de acuerdo con la elección.

Estas características familiares pasan de igual modo a la vida en las sociedades nórdicas. No sé qué fué antes si el huevo o la gallina. Es decir, si las costumbres han influido en la familia, o ésta en las costumbres. Es lo mismo.

Si el hijo mayor ha comprado una botella de bebida alcohólica en el «Vinmonopolet», monopolio noruego de bebidas, la madre, que

es profundamente abstencionista y únicamente bebe el agua de Farres que sale del propio suelo noruego, no por eso dejará de llevar a la mesa la botella de alcohol para su hijo, sin tener en cuenta sus ideas personales ni siquiera el elevado precio de las bebidas alcohólicas en el Norte.

Quizá algún día se les ocurra discutir sobre las ventajas del agua de Farres sobre el alcohol, pero lo harán desde un punto de vista objetivo.

En Suecia, la ley sobre divorcios señala los casos en los que la mujer debe pasar una pensión al marido en el caso de una separación. Esto ocurre cuando la mujer tiene medios de fortuna o de vida propios y suficientes y el marido, por el contrario, no se encuentra en buena situación.

EL NORDICO ES CERRADO, TIMIDO, EDUCADO Y DISCIPLINADO

El joven nórdico no se preocupa demasiado de las mujeres. Principalmente está ocupado en sus estudios y en el deporte. Su sueño dorado es convertirse en director de algo. Director de Hacienda, de oficina, de laboratorio, etcétera. Los escandinavos no tienen, en general, títulos nobiliarios, pero sí una serie de títulos que en español sonarían así: «Señor propietario de terrenos», «señor empleado estatal», y así con largas clasificaciones y complicadas jerarquías que culminan con la de director de algo.

En Suecia se dice que el nuevo director se levanta por las mañanas y saluda orgullosamente a su propia imagen en el espejo con un «God morgon her Direktör». Llegar a director es una de las grandes ilusiones del escandinavo, y por ella se olvida del amor y del deporte.



Al danés, le gusta un hogar acogedor



Un patio de juegos, común a un grupo de «casitas en serie»

Cuando se casa viene a considerarse a su mujer algo así como un socio para andar juntos por la vida, olvidándose tal vez con demasiada frecuencia de que es también una mujer.

No se crea tampoco que las relaciones de las familias están desprovistas de afecto y emotividades. El temperamento nórdico es cerrado, tímido, educado y disciplinado. Obedece las leyes que la sociedad impone como una pieza bien encajada del rompecabezas. Públicamente no demostrará su conformidad o desacuerdo. También le molesta manifestar sus estados de ánimo. Es impenetrable, pero las tempestades que sacuden las costas de sus bellos países también se agitan en su interior. Será un padre cariñoso y severo con sus hijos, pero el ambiente y el civismo de la sociedad le ayudará a educarlos. No sentirá pena llegado el momento de la separación de Matti, Jussi, Anna o Eeva, sus hijos porque ya estaba previsto por su educación y costumbres en su naturaleza.

MÁS ARRIBA DEL PARALELO 60

Más arriba del paralelo 60 las cosas y las costumbres cambian. Dinamarca, Suecia, Noruega y Finlandia. Allí los corazones europeos palpitan lo mismo que los corazones europeos más meridionales, lo mismo y por las mismas cosas. Porque igual que un Heredia tiene otras costumbres que un Aguirresarobe, ellos las tienen diferentes a nosotros.

Pero en el fondo no son tan distintos.

Fernando M. ETCHEVERRY



La vida familiar en Dinamarca transcurre felizmente en estas «casitas en serie» que rodean las ciudades

OBRAS Y MUDANZAS

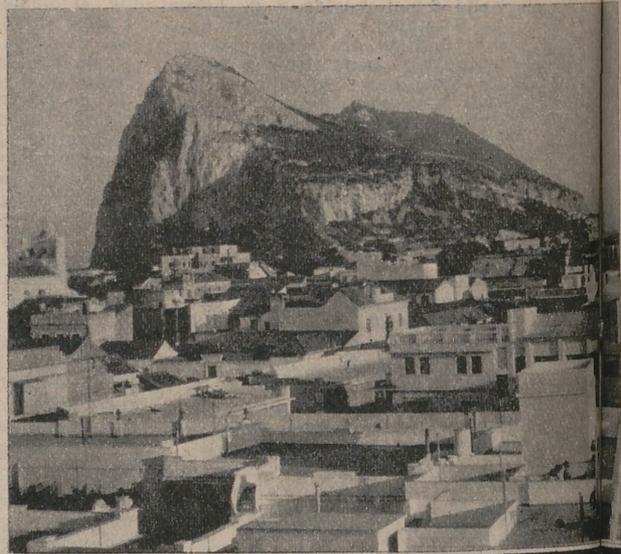
UN HORIZONTE DESPEJADO Y OPTIMISTA PARA EL CAMPO DE GIBRALTAR

LA REVALORACION ECONOMICA Y TURISTICA
DE ALGECIRAS ES YA UN HECHO EVIDENTE

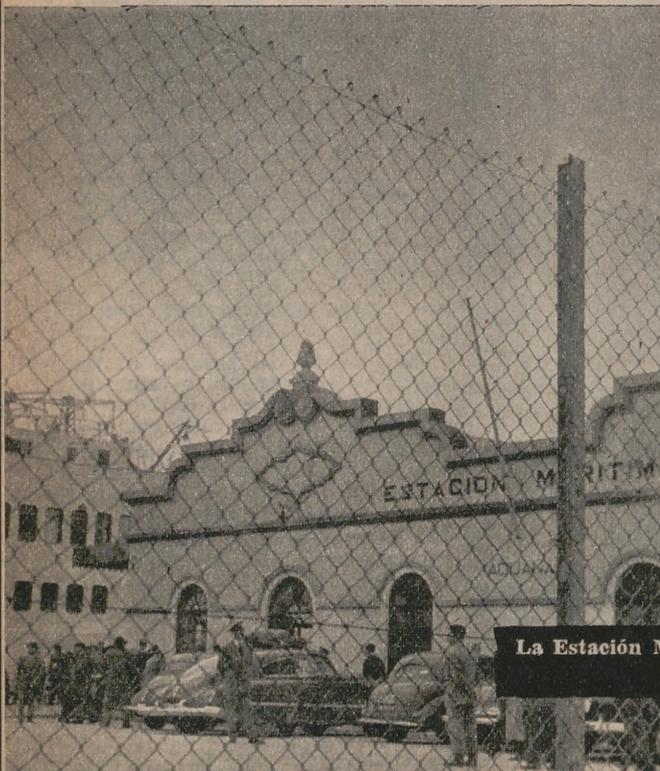


La calle Real, de La Línea de la Concepción

EL ESTRECHO DE GIBRALTAR SIGUE
SIENDO LA VIA MARITIMA MAS
TRANSITADA DEL MUNDO



El Peñón de Gibraltar, visto desde La Línea



La Estación Marítima de Algeciras, a la llegada
de un transbordador

UN día de sol en la bahía de Algeciras. Brillan las calvas del Peñón entre los matorrales que, junto a las aristas del rocal y hasta, a veces, entre los espinos protectores, dan esa nota de vegetación baja y casi estéril que, desde lejos, pudieran confundirse con una arboleda.

Chirrían los monos en la jaula. Runruneo de motocicletas por la pista militar. Brisa marina que se mezcla con ese olor de gasolina quemada de las callejas en pendiente, de las escalinatas repetidas con peldaños gastados por tantos años de bota de uniforme.

En el mirador de Punta Europa un grupo de curiosos contempla a un yate que en medio del Estrecho tuerce su ruta hacia el puerto gibraltareño. «¡Es el «Britannia»!, dice alguien acostumbrado a conocer las siluetas de los barcos.

El duque de Edimburgo llega en el yate real que, como una caya blanca y brillante al sol de un día luminoso enfila ya el centro de la bahía. El egregio visitante

tiene, además, el rango de almirante de la flota.

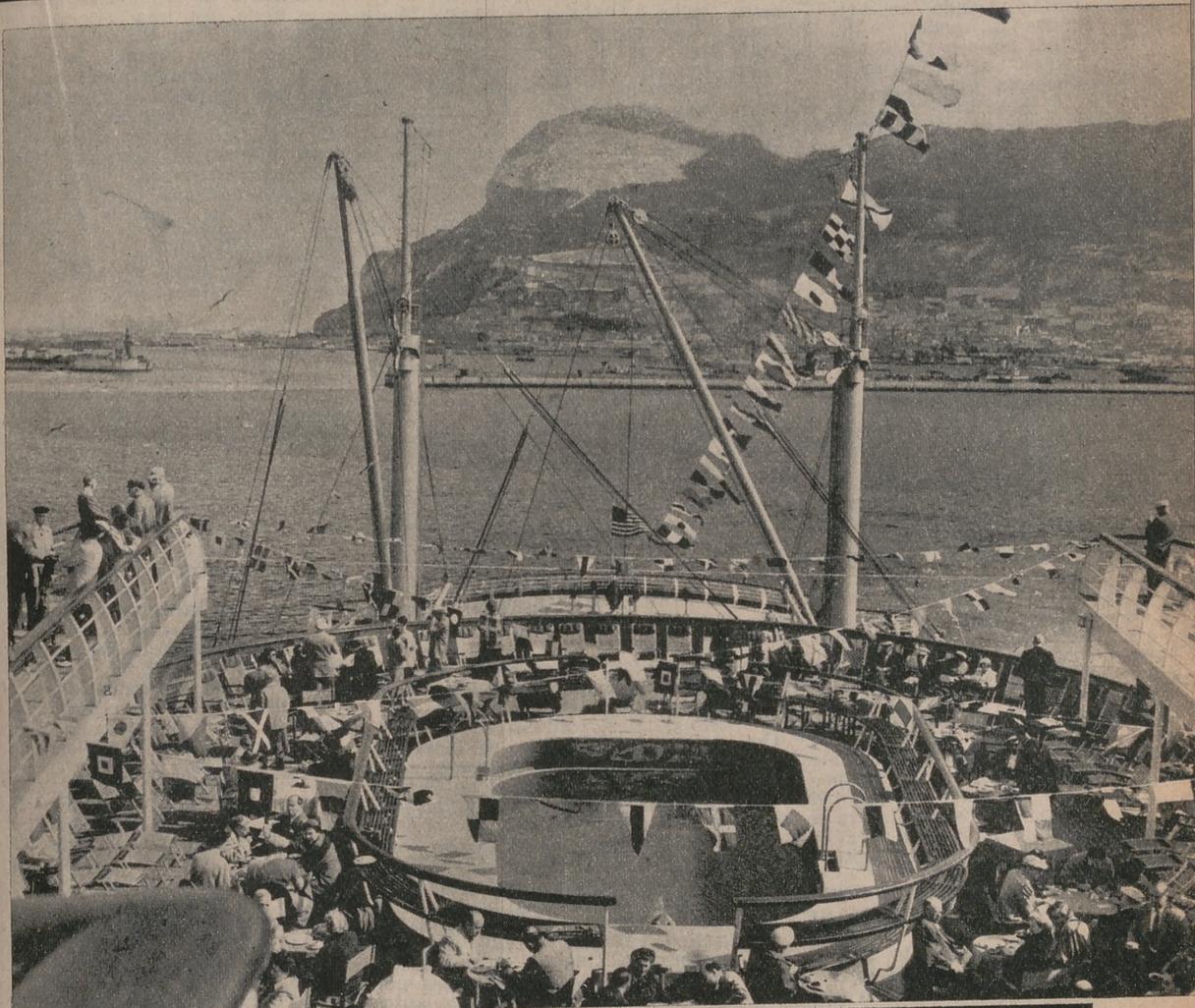
Cuando el yate «Britannia» llega al centro de la bahía, las cañonatas, los bastiones, las torres de las baterías permanecen en silencio.

¿Qué pasa? Por primera vez ante una visita de importancia, no se produce el trueno de la bahía algecira, el trueno artillero de la bahía de ordenanza y sólo, hay un silencio aparente desgana, separados unos cañonazos desde el tipo «Daring».

La razón de esa anomalía sin duda, en el cumplimiento del deber de la reciente historia de Gibraltar ha dado lugar a un tipo de silencio.

Los conceptos clásicos de la eficacia de la artillería costera hace tiempo que estaban en discusión, por sorprendente es que eso haya llegado a una fortaleza enraizada en lo tradicional de la gibraltareña. La historia de que esas toneladas de roca han perdido, en buena medida, su valor defensivo y ofensivo.

Z EN LA PUERTA DEL SUR



El «Independence» deja atrás el puerto de Gibraltar para entrar en el de Algeciras.

Otro tiempo tuvieron parece que se abre paso hasta en medios tan resistentes a la evolución de lo tradicional como son los de la Marina británica.

La voz del silbato. Largas voces preventivas en la formación de los honores. Golpes de pie rígidos. Ese tambor de la piel de leopardo sobre las espaldas es una nota típica que tampoco falta en ese momento.

El gobernador militar se adelanta para estrechar la mano del duque.

Luego, unas horas más tarde, habrá una recepción en «El Convento», residencia del Gobierno Militar. A esta fiesta han sido invitadas doscientas personas, pero sólo asisten una treintena de ellas, quizá debido al mal humor gibraltareño ante la crisis comercial.

Durante la visita no hay mucha mayor animación en la calle Real con sus comercios pintorescos. No hay mucha alegría ni se producen manifestaciones populares más allá de unos aplausos discretos.

Esta visita, de veinticuatro horas, ha puesto de actualidad, en cierta prensa británica, el tema de Gibraltar, incluso en el actual aspecto económico.

En la estampa de un día de sol sobre las calvas del Peñón y una visita real que ha tenido un eco artillero mucho más débil de lo que se esperaba.

Ante las quejas de cierta prensa británica sobre la situación gibraltareña nosotros queremos presentar el contraste de las mejoras y hasta las necesidades sobre las que se trabaja en ese ancho Campo de Gibraltar, aledaño a ese Peñón de bandera extraña, «esquina nuestros pies».

BARCOS QUE CAMBIAN DE ESCALA

EL puerto de Algeciras se encuentra en una interesante etapa de mejora y transformación, en que procura hacerse digno del aumento que experimenta su tráfico.

Después del felizmente logrado cambio de escalas de los trasatlánticos de la American Export Li-

nes, ha habido otras compañías navieras que se han interesado por conocer las condiciones y ventajas de cambiar la escala gibraltareña por la de Algeciras. La Compañía griega de navegación National Hellenic Line se ha interesado por conocer las condiciones de escala en Algeciras para su magnífico buque de 22.000 toneladas «Queen Federica», que hace el servicio mensual entre los puertos de Pireo, Palermo, Nápoles, Gibraltar, Halifax y Nueva York.

Por otra parte, las importantes sociedades navieras italianas Lloyd Triestino, Italia, Adriática y Tirrenia han mostrado también interés por las ventajas ofrecidas a la American Export Line, aunque es prematuro el asegurar que aquellas sociedades de navegación trasatlántica vayan a seguir el camino de sus competidores norteamericanos.

OBRAS Y MUDANZAS EN LA PUERTA SUR

Otro caso lo tenemos en la Compañía británica Royal Mail Line, que organiza cruceros turís-

ticos por el Mediterráneo. La motonave «Alcántara», que pertenece a aquella Compañía, en agosto del corriente año zarpará de Southampton llevando alrededor de cuatrocientos turistas. Aquel buque ha anunciado su llegada a Algeciras para el día 7 de agosto, permaneciendo en aquel puerto desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, en que levará anclas, según parece, sin tocar en Gibraltar.

El aumento de tráfico y el número, cada vez mayor, de turistas han obligado a la ciudad de Algeciras a acelerar la puesta al día de sus servicios e instalaciones, tanto en lo que se refiere al utillaje del puerto como a la hostelería. La revalorización económica y turística de Algeciras como puerta sur de la Península, es un hecho cada vez más evidente, y lo será todavía más cuando las importantes obras de acondicionamiento sean una feliz realidad.

A la revalorización de Algeciras acompaña toda una labor de saneamiento material y moral del Campo de Gibraltar. Una decidida política de protección humana es seguida actualmente en los Municipios de aquella comarca, en la que unas medidas operan directamente sobre las causas mientras que otras lo hacen sobre los efectos.

La apertura de nuevos grupos escolares, la construcción de viviendas de interés social y la creación de Centros profesionales son medidas de fondo para dignificar una zona que había estado bastante descuidada por Gobiernos a los que las cuestiones de Gibraltar y su Campo les resultaban mortificantes, pero que no procuraban enfrentarse decididamente con la realidad, por muy dura que ésta fuese.

SANEAMIENTO HUMANO DE LA COMARCA

Para que resalte aún más la dignidad de las numerosísimas personas decentes que viven en los Municipios del Campo de Gibraltar, se ha emprendido, incluso a instancia de aquellas mismas personas, una labor de saneamiento humano en la que juega un primer papel el Juzgado Especial de Vagos y Maleantes, que tiene su residencia en San Roque.

Este Juzgado, junto a la Junta Especial de Protección a la Infancia del Campo de Gibraltar, constituyen dos mejoras evidentes.

Para que la población que vive en aquella comarca no sobrepasase sus justos límites, se tropezaba con dificultades de orden legal, debido a la amplitud y generosidad de las leyes fundamentales del Estado, que en el Fuero de los Españoles reconocen el derecho a habitar libremente cualquier lugar del territorio nacional. Para la labor de adecuar el Campo se consideraron necesarias dos medidas principales en el orden estrictamente humano:

1.ª No dejar que residieran en el Campo más que las personas que demostrasen habían de tener una ocupación habitual, impidiendo nuevos asentamientos de aquellas personas cuya residencia no tuviese otro objeto que el dedicarse a actividades ilícitas.

2.ª Impedir la permanencia en el Campo de aquellas personas que, sin haber nacido en él, carecieran de una actividad profesional o de medios de vida conocidos.

Para resolver estos problemas fué nombrado aquel Juzgado Especial, con jurisdicción en el Campo de Gibraltar únicamente, con residencia en la población de San Roque. Este Juzgado comenzó a funcionar el 24 de septiembre de 1954.

ABASTECIMIENTO SEGURO DE COMBUSTIBLES LÍQUIDOS

Pero la mejor medida de dignidad humana es la creación de nuevas fuentes de riqueza. Dentro de esta política está la revalorización del puerto de Algeciras, que, en el aspecto pesquero, es el más importante que tiene España desde la frontera de Portugal a la de Francia.

Para tener abastecido de combustibles líquidos el Campo de Gibraltar, se ha gestionado la instalación de una red de surtidores para abastecimiento de gasoil, petróleo agrícola, gasolina y supercarburante (plomo) en puntos estratégicos de la comarca. Esto por lo que se refiere al tráfico automóvil; para el abastecimiento de los barcos, muy pronto van a comenzar las obras para el establecimiento de una factoría de combustibles líquidos en la Isla Verde. Este servicio de suministro a los buques era muy necesario y va a ser pronto una realidad. La Campsa ha sido autorizada para ocupar los terrenos necesarios en la Isla Verde, con objeto de levantar aquellas instalaciones, además de

las viviendas para el personal que tenga que servirla. Su capacidad va a ser de 30.000 metros cúbicos, aproximadamente, lo que permitirá un tráfico de gran volumen y suficiente para asegurar el servicio. Con esta instalación y la de suministro de agua en el puerto, que tiene hoy una capacidad de suministro a los barcos que es de 50 litros por segundo, desaparecerán los actuales problemas de abastecimiento naval. Los barcos podrán tomar combustible líquido en Algeciras con mayor facilidad que en los pontones anclados en la bahía, y el agua podrá ser suministrada a los barcos atracados en Algeciras a un precio de 15 pesetas por metro cúbico, en vez del equivalente a 45 pesetas por el metro cúbico de agua que cobran en Gibraltar.

PETICION DE UN DEPÓSITO FRANCO

Una de las actuales peticiones de Algeciras es la de la constitución en aquel puerto de un depósito franco que le permita competir con los puertos de Tánger y Gibraltar. A tal efecto, la Junta de Obras del Puerto ha dirigido instancia solicitando autorización al Ministerio de Hacienda para establecerlo y explotarlo. Esta instancia está ahora sometida al periodo de información pública.

En fecha reciente ha sido concedido un crédito de 200 millones de pesetas a la Junta de Obras del Puerto de Algeciras para modernización y nuevas instalaciones de atraque y descarga.

Este crédito de 200 millones de pesetas va a ser invertido en las siguientes obras: 1) Construcción de un nuevo puerto pesquero. 2) Construcción de dos varaderos de barcos de 500 y 100 toneladas. 3) Terminación de las obras de la nueva estación marítima para servicio de los pasajeros de los trasatlánticos y los transbordadores del Estrecho. Esta estación marítima enlazará por un túnel con la vía férrea. 4) Terminación de las obras de abastecimiento de aguas al puerto y urbanización de los accesos. 5) Desviación del curso del río de la Miel.

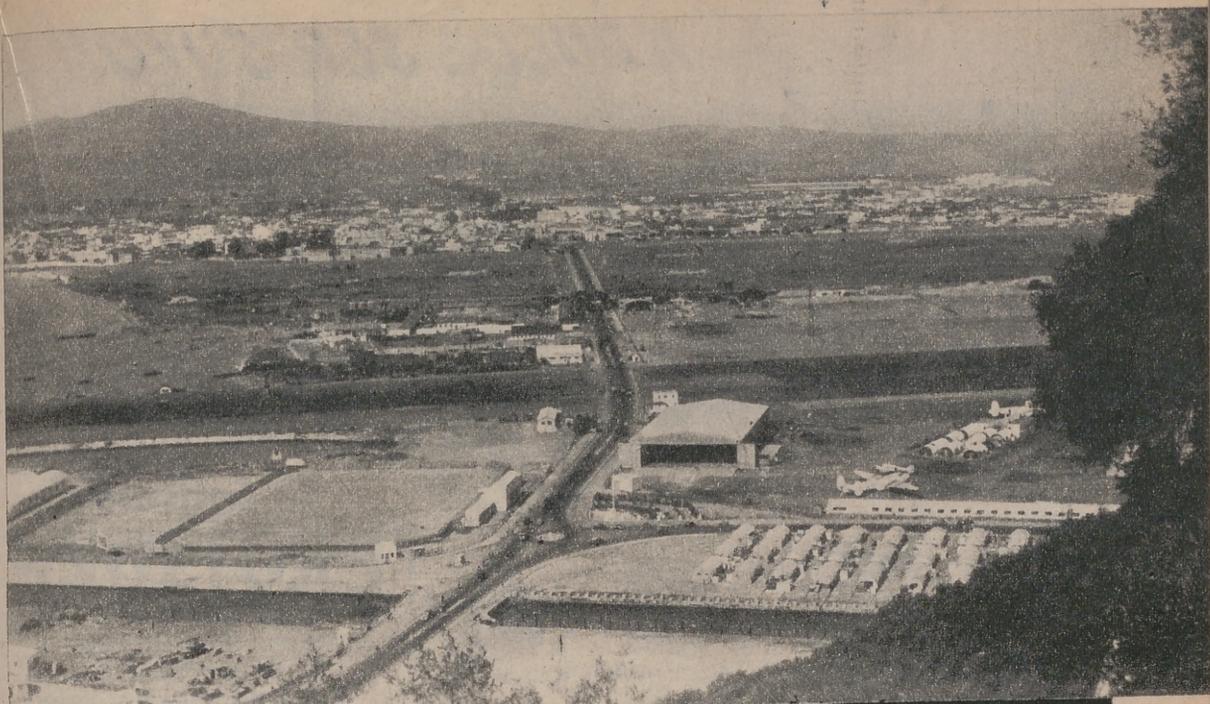
Por otra parte, la unión con la Isla Verde, base del futuro puerto, y que en enero de 1954 no se había comenzado, está hoy lograda y se procede a la explanación, ganándose terreno al mar en el interior del puerto para la nueva estación marítima y el doble dique, que servirá para que en él atraquen los transbordadores del Estrecho «Victoria» y «Virgen de Africa».

EL OJO EN EL TELEMETRO

El Estrecho de Gibraltar sigue siendo la vía marítima más transitada del mundo, como lo prueban las estadísticas del tráfico naval que se recogen todos los meses. Solamente en el capítulo de barcos de guerra, y en el pasado mes de febrero, los telémetros españoles han anotado el paso por el Estrecho de Gibraltar, en las dos direcciones, de 39 unidades de combate. Durante aquel mes transitaron por el Estrecho tres buques rusos: los vapores «Bekrs-



La Aduana del Campo de Gibraltar



Vista desde el Peñón de La Línea y la carretera internacional

pnet» y «Valery Chkalov» y el buque tanque «Pyh3e».

Las mejoras en el puerto de Algeciras han motivado otras que están en curso en el puerto de Gibraltar, estableciéndose entre las dos ciudades vecinas una especie de carrera de emulación por ofrecer mejoras que se atraigan a los trasatlánticos y a los demás buques.

LA LUCHA POR LA VIVIENDA

Uno de los problemas más acuciantes en las poblaciones del Campo de Gibraltar es el de la vivienda, mucho más grave que en otras comarcas españolas debido a la superpoblación que en el Campo existe. Se necesitan con urgencia miles de viviendas de tipo social para sustituir a las barracas y chozas que existen. Si las poblaciones del Campo de Gibraltar fuesen grandes ciudades no extrañarían tanto los suburbios, que llaman poderosamente la atención en esos Municipios tan frecuentados por turistas de todas las nacionalidades. Existe un déficit de más de cuatro mil viviendas en Algeciras, de más de diez mil en La Línea de la Concepción y de más de mil en San Roque. En lo que a la población de Los Barrios se refiere, el déficit es de ciento sesenta y cinco viviendas, cantidad que es bastante mayor en Tarifa.

Para remediar esa escasez de viviendas se han construido doscientas cuarenta y nueve casas en La Atunara (La Línea), un grupo de ciento cuarenta y cuatro viviendas en el Cortijo de la Piñera (Algeciras), ochenta y una en la Cuesta del Rayo (Algeciras), ochenta y dos en La Atunara (La Línea), lugar este último en el que han comenzado a construirse recientemente doscientas viviendas más. Estas realizaciones no son todavía suficientes para solucionar el problema, por lo que se proyecta construir distintos bloques hasta un total de cuatro mil viviendas en distintos lugares del Campo de Gibraltar.

UN REPARTO DE NUEVAS ESCUELAS

Referente al remedio de la escasez de grupos escolares hay que decir que en noviembre del año 1955 se verificó la inauguración en Algeciras de un grupo escolar con cuatro aulas y una clase-taller de iniciación profesional; en La Línea de la Concepción fué inaugurado un grupo escolar con dos aulas y una clase-taller de iniciación profesional y otro taller-escuela en el grupo escolar de la barriada de La Atunara. Además fueron inaugurados otros grupos escolares de dos aulas en Tarifa, San Roque y en Los Barrios.

Posteriormente se ha acordado también el establecimiento de diversos grupos escolares en cada uno de los cinco Municipios del Campo, con cargo a los créditos del presupuesto de 1956 y con los nuevos créditos concedidos por valor de diez millones de pesetas.

Pero de todos los problemas que tiene planteados el Campo de Gibraltar el más fundamental es el del restablecimiento de las medidas de orden legal en la frontera sur. Los gibraltareños deno-

minan a esto «guerra fría», o bien «guerra económica contra Gibraltar»; pero no se trata más que de cumplir al pie de la letra las disposiciones dictadas desde hace muchos años y cuya aplicación se había relajado.

Los gibraltareños dicen que se encuentran entre dos fuegos: el del Gobierno español, con sus medidas de restablecimiento legal, y el del Gobierno de Londres, que recibe repetidas visitas de Comisiones que van desde Gibraltar a Londres en busca de posibles soluciones a la crisis de comercio que ha producido la actitud española.

FRONTERA QUE NO DEBERIA EXISTIR

Lo cierto es que en el orden estrictamente legal no solamente no suponen nada extraordinario las actuales medidas, sino que, si fuéramos a atenernos a lo que está dispuesto en el tan cacareado Tratado de Utrech, la frontera sur no debería existir siquiera, ya que en aquel Tratado se dispuso que Gibraltar no tuviese ninguna comunicación por tierra.

Otra de las recientes innovacio-



Entrada al puerto de Algeciras

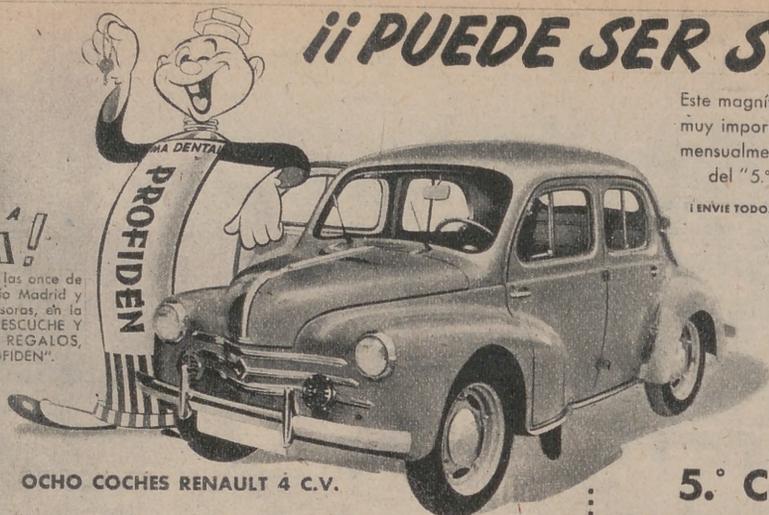
¡¡ PUEDE SER SUYO !!

Este magnífico "RENAULT" 4 C.V. y otros muy importantes premios son otorgados mensualmente en los Sorteos de Regalos del "5.º CONCURSO PROFIDEN".

¡ ENVIE TODOS LOS MESES CUANTOS CUPONES DESÉE !

DIGA UD. A
GILA!

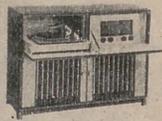
todos los viernes a las once de la noche, por Radio Madrid y su cadena de emisoras, en la emisión especial "ESCÚCHE Y SONRÍA", CON REGALOS, que le ofrece "PROFIDEN".



OCHO COCHES RENAULT 4 C.V.



8 Motos VESPA



8 Radiogramolas PHILIPS



8 Receptores tocadiscos PHILIPS



8 Receptores portátiles PHILIPS



8 Relojes sobremesa



48 Relojes CERTINA



64 Bicicletas BH



240 Balones CONDOR



240 Muñecas LILI

¡ Y MILES DE EQUIPOS DE HIGIENE DENTAL Y CEPILLOS PROFIDEN !

5.º Concurso PROFIDEN

Septiembre 1955 · Mayo 1956

Ocho sorteos de regalos

(uno mensual)

17.120 premios por valor
de 1.500.000 pesetas

*

Para participar, soliciten las bases a su proveedor habitual de dentífricos.

DE LA CAMPAÑA PROFIDEN DE HIGIENE DENTAL

LABORATORIOS PROFIDEN, S. A. · INVESTIGACIONES Y PREPARACIONES ODONTOLÓGICAS · Apartado 7051 · MADRID

nes próximas al Peñón es la de que la verja española ha sido adelantada, hasta ponerla junto a la inglesa, incluyendo dentro de ella el campo militar fortificado que vulgarmente se conocía por «campo neutral». Esta medida ha causado algunas dificultades a los automóviles que desde Gibraltar esperan turno para pasar la frontera española; espera que antes se hacía muy cómodamente en el campo militar fortificado y que ahora tiene que tener lugar dentro del estrecho espacio gibraltareño por la parte en que están las pistas de aterrizaje de aviones.

Y se habla, incluso, de las posibilidades de trasladar el edificio de la Aduana a aquel puesto avanzado de frontera, con lo que las operaciones aduaneras serían simultáneas a las de vigilancia policial.

PROTECCION A LOS OBREROS ESPAÑOLES

Respecto a los obreros españoles que pasan a trabajar a Gibraltar, su número actual es de doce mil seiscientos, aproximadamente.

Como protección a estos traba-

jadores, desde hace dos años se han hecho gestiones para mejorar su situación laboral. Un viejo pleito es el de la equiparación de sueldo entre los trabajadores españoles y el personal gibraltareño. La diferencia que pueda haber se considera por las Empresas de aquella plaza como plus de carestía de vida en favor de aquellos trabajadores que residen en Gibraltar, ya que consideran que los obreros españoles que pasan la frontera al terminar su jornada de trabajo están todos ellos en condiciones de superioridad respecto al coste de la vida.

No obstante, el Sindicato de los trabajadores españoles en Gibraltar reivindica para sus afiliados, la equiparación de salarios con los trabajadores gibraltareños como una mejora de justicia.

Problema más difícil ha sido el de la cuestión de los seguros sociales de los trabajadores en Gibraltar. Aprobada una ley de seguros sociales por el Consejo legislativo gibraltareño con un sentido netamente discriminatorio, fué impugnada aquella disposición por el Sindicato de trabajadores españoles de Gibraltar.

Después de bastantes discusiones se ha llegado a un acuerdo en principio, especialmente en los siguientes puntos: A) Que los beneficios de los seguros sociales de Gibraltar puedan aplicarse en territorio español. Intervención discreta del Sindicato de trabajadores españoles en Gibraltar en el aumento de salarios de las Empresas privadas. Estadística de obreros que entran a trabajar a Gibraltar por residencia, naturaleza, oficios, etc., y la cuestión

de los salarios semanales que se cobrarán en lo sucesivo.

El número de obreros españoles que pasan a Gibraltar más bien tiende a disminuir, ya que cuando caduca un carnet de trabajo no existen las mismas facilidades de antes para renovarlo.

CONFIANZA EN EL PORVENIR

El restablecimiento de las normas legales de frontera ha demostrado que la plaza gibraltareña no puede vivir, por lo menos con la prosperidad de antes, sin el concurso de España.

Mucho más estable es la situación del Campo de Gibraltar que la que se concreta en el interior de aquella plaza. Pese a dificultades derivadas del gran contingente humano que en el Campo habita, aquella comarca tiene una situación estable y muy jorada en medios materiales durante los dos últimos años. Cierto que han disminuído hasta su mínima expresión ciertas maneras lícitas de vivir; pero también se atiende a las necesidades generales con un criterio más equitativo y más social.

Las frecuentes visitas de ministros y demás personalidades del Gobierno central ha aumentado la confianza de la gente humilde en el Poder público, y más aún al ver que muchas de sus aspiraciones se llevan a la realidad; que surgen grupos de viviendas, escuelas (algunas de ellas prefabricadas), aprovechamientos hidráulicos y obras portuarias, por lo que la situación de la comarca tiene en estos momentos un horizonte dejado y optimista.

Francisco COSTA TORRO

ESTATUAS YACENTES

se titula el poema de

JOSE HIERRO

que abre el número 49 de

POESIA ESPAÑOLA

¿VIVIMOS UNA HORA DE CRISIS O, POR EL CONTRARIO,
ESTAMOS EN UN MOMENTO DE FIRMEZA Y PROGRESION?

¡SIN PAN Y SIN TRABAJO!

Por Demetrio RAMOS

UNO de los oficios más desacreditados, al que nadie se inclina profesionalmente, es el de la profecía. No obstante, todos ejerceremos más o menos de profetas cuando planteemos cualquier negocio, cuando se opere, industrial o políticamente, con el futuro. Así todos, sobre las cuartillas o sobre el papel milimetrado, hacemos planes, nos anticipamos al mañana.

Cuando así nos situamos ante el futuro tenemos como asidero, como punto base de lanzamiento, el hoy. Pero si fácilmente nos ponemos de acuerdo en lo que todavía no es historia en lo menudo, en el porvenir de una calle o de un artículo comercial, no sucede lo mismo en lo de mayor bulto. Y esto, generalmente, porque no es tan sencillo calificar el presente, porque nos empeñamos en poseerle directamente, con pasión dramática o con pasión poética. ¿Vivimos en España—por ejemplo—una hora de crisis o, por el contrario, estamos en un momento de firmeza y progresión?

La crisis en este sentido amplio no puede ser el reflejo de una situación concreta, limitada, sino también general; la crisis será la consecuencia de una ruptura orgánica, de un colapso producido por individualización, como fisiológicamente sucede en el cuerpo humano. En el cuerpo social la crisis aparece cuando se llega a una distanciación entre la minoría intelectual y el conjunto activo y vigoroso de un pueblo, cuando la minoría mira hacia atrás o cuando, como sostiene Toynbee, pretende imponer su tiranía o romper los diques por los que el agua progresa hacia el océano. La imposición de la minoría, la distanciación y la sorpresa serían, pues, los factores de crisis, los creadores, en el lenguaje del pensador inglés, de los «tiempos revueltos».

Desde cualquier humilde atalaya puede otearse otro horizonte, pues lejos de la distanciación parece hoy más que nunca ser evidente la aproximación. Hay un espíritu avisado, escarmentado, contra la sorpresa. La aproximación de pensamiento responde a una extensión de los vínculos culturales, por cuanto, en contraste con lo que en tiempos pasados pudo justificar el término de «minoría intelectual», hoy hay una mayoría inteligente.

En el campo social se han roto las barreras diferenciales hasta el punto de que se hace cada día más difícil la definición de una persona por sus signos externos. Y es posible que las estadísticas revelaran que la aproximación se manifiesta en el sentido de que hay menos grandes ricos y menos pobres—valga la redundancia—pobres.

Si esto es cierto no lo es menos el hecho de que políticamente hoy se plantean todos los problemas con menos acritud, sin espasmos, sin signos de batalla o de tragedia. Puede alguien entender que ello es circunstancial, como el niño que cree que la obligación de los buenos modos sólo tiene que cumplirla ante los padres o el profesor. El resultado de ello es que el escolar se educa y que se forma y conforma con otro patrón que el instintivo y lapidario. De los bárbaros invasores y de los feudalismos belicosos se pasó, por el cauce de finales del siglo XV, a la sensación de «en orden y en paz» del periodo subsiguiente. Todos nosotros, en este caso, tenemos hoy la palabra.

La catalogación de signos de aproximación y su presencia física sobre nuestro momento son realidades sociales que en lo más profundo, en la realidad menuda, vemos cómo se aceptan sin dudas ni vacilaciones. Hoy todo el mundo proyecta dentro de esquemas parecidos, acepta la realización de un negocio en sociedad con otras personas, aproximándose; compra un piso como, si comanditariamente formara una sociedad para dormir y vivir, se vende y se adquieren multitud de cosas a plazos, se proyectan las fábricas con criterio de am-

pliación, de futuro; se urbanizan las ciudades y se expanden las formas de vida sociables, de relación deportiva, proteccionista o amistosa, desde la sociedad de vecinos de una calle a los amantes de una determinada manifestación.

La sociedad, con trajes vueltos cada vez menos numerosos y con zapatos cada vez menos limitados al domingo con sol, está transformándose por la vía de la progresión. Puede o no ser todo esto tranquilizador, pero lo cierto es que, en una u otra medida, nos descubrimos, con o sin sorpresa, en un presente sin crisis, cálido de esperanzas y desecado de nuevos entusiasmos.

¿No es este mismo deseo de nuevos entusiasmos la antitesis de un estado de conformismo decadente, triste y resignado? Por otra parte, si intelectualmente no está hoy dominada la progresiva marcha de la ciencia, ¿cómo creará nadie en la panacea de una rectoría de su autominoría en lo político o en lo social?

Para el «snob», para el que busca la originalidad, todo es desdichadamente insoportable, mediocre y sin sentido. Tiene que buscar «otra cosa», soñarla precipitadamente, como soñaban hace años los que vivían las horas del día en las plazas públicas, con el «pan y trabajo» que entonces era grito subversivo y hoy, en realidad, apelación reflexiva. Porque lo subversivo hoy tiene que ser otro grito más original, más sorprendente, más difícil de ver en nuestros tiempos: «¡Sin pan y sin trabajo!»

Las **4 PESETAS**
mejor empleadas

Tener a mano un buen instrumento para escribir predispone siempre a hacer uso de él, en beneficio de nuestro trabajo o de nuestros asuntos particulares. El uso de PUNTA BIC proporciona un rendimiento tan positivo que compensa ampliamente las 4 pesetas de su importe.

GARANTIA ABSOLUTA

La punta BIC, que escapada al control, fuera defectuosa, será cambiada. Exija bien grabado sobre el cuerpo y sobre la punta, la palabra BIC

PUNTA

BIC

FÁBRICA LAFOREST S.L. - MAESTRO FALLA, 19 - TEL. 39 49 68 - BARCELONA



EL SAPO

NOVELA

Por A. PEREZ SANCHEZ

I

VENIA sintiendo entre sueños un olor fétido, un rumor insidioso junto a su oreja, un leve corcilleo a veces por el hombro y la cara. Bruscamente se dió cuenta de lo que era y se incorporó de súbito en el lecho de paja, manoteando hacia la cabecera.

Fueron tan vivos sus movimientos que llegó a golpear a la rata antes de que ésta escapara. El muchacho rezongó una rabiosa imprecación y tanteó el suelo, hasta dar con el corrusco de pan que la rata había decentado con sus mordeduras. Lo había dejado en reserva la noche anterior, guardado bajo su cabecera, para tener algo que comer al levantarse. Sentado sobre el lecho, sin dejar de maldecir, limpió con una mano la huella del animal y devoró ávidamente su mendrugo.

A través del harapiento colgajo que tapaba la boca de la cueva se filtraba la claridad del día. A poco pudo ver los bultos del hombre y de la mujer, que dormían sobre su yacija de tablas. Cifló entre sus dedos la correa de la honda y apretó los dientes. Los ojos del muchacho, empujados en la semioscuridad, eran feroces, malignos.

Estaba pensando, como todas las mañanas, si le daría tiempo a machacarles las cabezas con las bo-

las de bronce de su honda, antes de que despertasen. «Cascárselas como dos huevos... que hiciesen ¡pouff! y chorreasen su podrida pringue...» La idea le regocijó de tal manera, que rompió en una carcajada chillona, cortante. La mujer se despertó, llenándole de improperios. Se oyó también la voz bronca del hombre.

—¿Todavía estás ahí, perro? ¡Yo te daré...!

Hizo ademán de incorporarse, pero el muchacho, sin dejar de reír, saltaba ya ágilmente sobre sus manos y sus rodillas y ganaba la salida de la cueva poniéndose en salvo.

Le llamaban el «Sapo», y eso era ciertamente lo que parecía cuando brincaba por el suelo, impulsando el cuerpo hacia adelante para caer sobre las manos. Sus piernas, a partir de las rodillas, no eran más que dos añosos sarmientos retorcidos e inútiles. Iba medio desnudo, apenas encubierto el cuerpo con mugrientos argamandales; a través de los rasgones de aquellos guñapos veíanse sus carnes perdidas, costrosas. Tenía la cabeza grande, de stucia pelambre en greñas, el pecho angosto, los brazos largos y las manos anchas y encallecidas. El rostro estaba surcado de churretones y tiznajos, sus ojuelos eran agudos, hostiles. Contaba el «Sapo» catorce años.

Era la hora de «nescheph» cuando termina la guardia de la madrugada. El sol, que nacía más allá de las riberas del Jordán, se alzaba ya sobre las jorobas montañosas del Cedrón y sus primeros rayos enfilaban las vaguadas del valle.

Subió el muchacho por uno de los taludes, hasta alcanzar el sol, y permaneció allí, rascándose entre los harapos y mirando hacia abajo distraídamente. Llegaba de la ciudad el clamor de las trompas que pregonaban la mañana y convocaban a la oración del «schema».

Poco a poco los vecinos iban saliendo de las cuevas. Mujeres sucias, viejos, baldados, algún niño panzudo. Se daban los buenos días como a regañadientes, sin mirarse, con semblantes hoscos. No tardarían en comenzar las voces desabridas, las chillonas reyertas entre las comadres.

Aunque no recordaba el muchacho haber vivido nunca en otros lugares, cada mañana se preguntaba con asombro cómo podía ser todo aquello tan hediondo, tan ruin. A medida que iba pasando el día se habituaba a las cosas y a las personas, las encontraba naturales. Pero esta primera impresión desoladora volvía mañana tras mañana.

Vió salir de su cueva al hombre y a la mujer. El hombre percibió al muchacho tomando el sol en la vertiente y empezó a insultarlo y a tirarle piedras.

—¡Hala, patas secas..., medio hombre..., hala por ahí!

—¿Pero no le veis, el mal bicho, tomando el sol en vez de ir a buscárselas?—chillaba la mujer—. ¡Para eso recogimos nosotros a este monstruo cuando sus padres le echaron al muladar!

El muchacho saltaba ladera adentro, separándose de ellos.

—¡Te desuello hoy como no traigas algo!—oyó aún gritar al hombre.

Fue alejándose a saltos como una gigantesca langosta. La barriada donde vivía estaba en el Hinnom, cerca de la Puerta de las Basuras. Antes llamaban a este lugar el Valle de las Cenizas, porque aquí era donde se echaban los restos de las víctimas sacrificadas en el altar. Después habían ido vertiendo en él los escombros de las edificaciones, apelmazadas bajo el sol y la lluvia en sucios montículos. Al Hinnom vertían las cloacas de los palacios de la parte alta y allí iban a parar los desperdicios de toda Jerusalén.

También los hombres que habitaban en las cue-

vas y en los míseros barracones de tablas y cascos amontonados, eran los desperdicios de la ciudad: menojos, uluidos prostitutas envejecidas rateros, Vivían de la rapiña y de la limosna, de la busca de las cloacas y vertederos.

Cada día se desparramaban por las calles de Jerusalén, sucios, plañideros, malévolos. La gente se apartaba a su paso y los mismos esclavos, si se rozaban con ellos iban después a purificarse «Hermanos..., hermanos...», suplicaban con lastimeras voces. En apariencia no se les hacía caso, mas lo cierto es que nadie podía dejar de verlos, porque eran como manchas abyectas que maculaban la purpura de la ciudad y los demás sabían que alguna vez testimoniarían contra ellos ante el Supremo Juez, diciendo: «Han podido ser bellos mientras nosotros éramos repugnantes. Sufríamos hambre y ellos gozaban de los bienes de la tierra: nos arrastrábamnos y no nos tendían la mano; teníamos sed y no nos daban agua. Volvían sus ojos para no ver nuestras llagas y tapaban sus oídos para no escuchar nuestros lamentos. Se han aferrado a su felicidad, sin que les conturbase nuestra desgracia. No les reconocemos por hermanos, puesto que no nos han acompañado en la fealdad, en la miseria, en el dolor».

II

El muchacho se detuvo entre la piscina antigua y la de Siloé, donde el valle del Hinnom confluía y las escarpadas torrenceras del Cedrón. Por la Puerta de la Fuente iban y venían camellos cargados con odres de agua, mujeres con cántaros sobre la cabeza y en la cadera. Las gentes, al cruzarse, se dirigían el «selam», en salutación de paz.

Aunque no había hecho más que comenzar el día, se dejaba ya sentir un pesado calor. Soplaban los vientos de Theman y Quedem, que traían la sequía y el polvillo abrasado de los lejanos desiertos.

Por la Puerta de la Fuente iba el «Sapo», a la derecha, las alturas del Moriah, con las ruinas de lo que había sido el palacio de Salomón en primer término, las terrazas y columnadas del templo detrás y, por último, en lo más alto, la Torre Antonia, donde habitaban los romanos. A la izquierda quedaba la ciudadela de David, el gran monte de Sión, donde hoy se levantaban las residencias de los reyes de Jerusalén y sobresalían sobre todas, las tres torres del palacio de Herodes Antipas. En aquellas dos alturas las edificaciones eran fastuosas, imponentes; el mármol, la piedra labrada y los ladrillos de colores, resplandecían al sol.

Las palomas tendían su vuelo entre las torres y las terrazas, como si estuviesen trenzando una invisible corona para realzar la belleza de la ciudad.

Entre el Moriah y el Sión, enfrente del muchacho, estaba la hondonada de Melo, la Ciudad Baja, de casas apretadas y callejas tortuosas. Se veía a la gente moviéndose en las terrazas, levantando los toldos para protegerse del sol.

El muchacho tomó el «Sapo» después de descansar un rato. Corrientemente, si el hambre no le impedía con urgencia a la busca, acostumbraba a subir Cedrón arriba, en busca de algún remanso de agua donde hubiese árboles y hierba. En aquellos parajes podía encontrarse solo y tranquilo, mirando a los pájaros que volaban por el cielo azul, contemplando, sin acercarse, a las mujeres que venían a lavar sus ropas al arroyo.

Pero en estos días el Cedrón era un bullidero de gente que iba llegando a Jerusalén para celebrar la Fiesta del Pan cenefío y acompañaba con sus animales por todo el valle. También en las calles se notaba la afluencia de forasteros. Unos venían para cumplir el precepto y otros para comerciar o

para curiosear y divertirse simplemente. Gente de la Alta Palestina, del país de Cedar, del otro lado del Jordán, de Siria, de las ciudades del mar; ganaderos del Achor o de Idumea, mercaderes fenicios, toscos peregrinos esenios de cabeza rapada, vestiduras bastas y rostros curtidos, macedoniosuntuosos con la clámide sobre los hombros. Por todas partes se oían acentos extraños, por doquier había mercados, tenderetes, ajeteo, griterío, barullo.

Para los portideros del Hinnom eran unos días propicios para aprovechar las oportunidades, y el «Sapo» se puso a canturrear, lleno de esperanzas.

Al entrar en la ciudad adelantó al muchacho una recua de burros cargados con serones. Eran los panaderos de Bethlehem. Trotó tras ellos el inválido, oliendo el vaho caliente y apetitoso que los serones exhalaban.

—¡Por nuestro Padre, el Señor...! ¿No hay un triste bocanado para este pobre desvalido? ¡Por el Señor... hermanos... hermanos...!

Uno de los panaderos, por reírse, le tiró, lejos, un pedazo de pan.

—¡Búscalo, piojo! ¡Anda con él!

El pan rodó por el suelo polvoriento, y el muchacho brincó hacia él con presteza, al mismo tiempo que un perro que llevaban los panaderos. El animal llegaba antes, pero cuando abrió su boca junto al mendrugo, la correa de la honda del Sapo le restalló en el hocico, haciéndole retroceder con estridentes quejidos. Cogió el pan el muchacho.

—¡Que el Señor os bendiga, hermanos!—y por dentro—: ¡Boñigas se os vuelva lo que os queda, ratas de pudridero!

El pan estaba tierno, se deshacía en la boca, suave y mollar.

III

Atravesó la segunda muralla por la Puerta Doble y vagó al azar a través de las calles, estrechas en su mayor parte y resguardadas algunas del sol por cubiertas de canizo y paja.

Los comerciantes levantaban quitasoles para amparar sus puestos, ordenaban sus mercancías sobre mesas y mostradores y esteras tendidas en el suelo, voceaban llamando a los compradores.

Aunque no pudiese pensar en hacer suyo nada de aquello el «Sapo» miraba las cosas que se exhibían con una vaga complacencia. Poco o mucho, formaba parte del mundo que las disfrutaba y esperaba sacar su parte. Había allí paños azules de Tiro, seda de Berytos, púrpura de Sidón, alfombras de Babilonia y Cilicia, perfumes de Arabia, manojos de hierbas aromáticas de Javan y del Punt, bálsamo de Jericho gemas de Esceba y de Rahma, vasijas de Chipre, baratijas de vidrio azulado de jesbet, frutas, miel, aceite, pescado seco, quesos. En algunos puestos se despachaban bebidas, ensaladas picantes, platos de lentejas guisadas. Otros vendedores iban entre la gente pregonando panes ácidos, avena tostada, hierbas amargas para el karoset, manzanas amarillas de Engadi y azules del Hebron. Mujeres con cestos de mimbre ofrecían dátiles, higos frescos de Bethphage, cebollas, granadas.

La gente se apretujaba en las angostas calles, hablaba a voces, bromaba, reía.

El «Sapo» se arrimaba, pidiendo, a los puestos de los vendedores.

—Acordaos del misero, hermanos...

Algunos le echaban a puntapiés. Otros le arrojaban dátiles o higos secos, algún cuadrante de tarde en tarde. Lo que era comestible lo devoraba sobre la marcha y las monedas las guardaba. Hoy prometía ser un buen día.

—¡El «Sapo», el «Sapo»! ¡Ohé chochh... chochh... Sapoo, Sasapoo...!



Los golfantes que andaban por la calle le chillaban desde las esquinas, le arrojaban pellas de barro e inmundicias. El muchacho, con su habitual ceño hosco, seguía a saltos su camino, sin hacerles caso, en apariencia. De repente se volvió, extendiendo su brazo derecho con una viveza de relámpago. La correa de la honda partió el aire, silbó la piedra y fué a estrellarse contra el muro, junto a las cabezas de los golfillos que se burlaban de él. («La próxima—se dijo el muchacho—tiraré a dar.») Pero no fué necesario, porque los burlones se alejaron, dejándolo en paz.

Los muchachos tenían miedo del «Sapo», que no marraba nunca el tiro. De su honda, que siempre llevaba liada a la muñeca, salían unas correas largas, erizadas de pinchos y con varias bolas de bronce en sus extremos. No cogiéndole dormido no había quien se hiciese con él, ni de cerca ni de lejos.

Una vez, por una apuesta, habían intentado humillarlos tres hermanos posephitas, que presumían de valientes. Le rodearon armados de palos, como a una alimaña. Uno consiguió agarrarse de la honda, pero el «Sapo» tiro y le desgarró las manos con sus pinchos. Al mayor le abrió la cabeza con una de las bolas de bronce y el otro huyó. Antes de que se alejase, una piedra le alcanzó en la espalda y le hizo caer al suelo, echando sangre por la boca.

IV

A esta vida estaba acostumbrado el «Sapo». Le habían tratado siempre de un modo maligno y despreciado y así procuraba él tratar a los demás. Su corazón rebosaba de rencor, de inquina, e ignoraba que nadie pudiese vivir de otra manera. Cuando mendigaba por las calles, su voz era humilde y su tono plañidero, pero todos sabían que si no le daban algo sufrirían, de un modo u otro, sus represalias. El que no se hacía temer era pisoteado sin compasión.

Fué subiendo hacia el Moriah. Alrededor del templo, entre las columnas, sobre las anchas gradas de piedra, en los pórticos, se aglomeraba una gran multitud de forasteros, vendedores, cambistas, curiosos y buscavidas.

Pasaban peregrinos llevando animales para los sacrificios y cestos con ofrendas, sacerdotes vestidos de carmesí, esclavos de orejas horadadas transportando fardos. Los escribas, con sus tablillas y grandes bolsas de cuero pendientes de la cintura, pasaban entre los puestos, cobrando el diezmo. Los nefhenin y los skoterim, guardianes y servidores del templo, vigilaban entre la multitud, abrían paso a las literas donde era conducido algún poderoso fariseo o alto miembro del Sanedrín.

Tuvo que echarse a un lado el muchacho para dejar paso a un escuadrón de équites romanos, que venían del castro en dirección a la Torre Antonia. Refulgían los cascos y las corazas de los legionarios, pero el «Sapo» no miraba a los hombres, sino a las patas de los caballos, que desfilaban ante él con gallardo braceo.

Cuando los romanos acabaron de pasar, lanzó un salvazo al aire.

—Romanos... ¡Puaf!

Al llegar a la explanada del templo vió que la gente se arremolinaba en el trono de Salomón, mirando hacia saliente desde aquel antepecho. Acudió también, pudo encaramarse sobre un montón de cascote de la obra del templo y dirigió su mirada hacia el Oliveto, donde se veían clarear, entre los árboles, rocas amarillentas.

Por el camino de Bethphage y Jerichó, bajando las laderas del Monte de los Olivos, entraba en Jerusalén una comitiva de gentes que venían entonando preces. «¡Hosanna al Hijo de David!»—les oí cantar— «Bendito el que viene en el nombre del Señor. ¡Hosanna en las alturas!»

Blandían ramas recién cortadas de palma, de olivo, de laurel; tendían sus vestiduras en el suelo para que pisase sobre ellas un jumentillo sobre el que cabalgaba un hombre, escanciaban ramilletes de flores a su paso. «¡Hosanna, hosanna!», gritaban por aquel hombre los peregrinos.

—¿Quién es éste? ¿Quién es?—preguntaban unos y otros por todas partes.

—¡Este es Jesús, el Rabbi de Nazareth!—se corrían las voces.

—¡Es Jesús, el galileo!

—¡El profeta de Capharnaum!

El «Sapo» contempló al hombre que iba sobre el pollino, salpicadas de hojas y pétalos de flores sus vestiduras, una ramilla de olivo en sus manos; tenía los ojos blandos y como perdidos a lo lejos, la sonrisa suave, de una dulce tristeza.

—¡Dicen que es el Mesías!

—¿Ese el Mesías? ¿Ese el Hijo de David?—se burlaban los sacerdotes, entre las gentes—. «Expulsará a las cohortes romanas acometiéndolas montado sobre el pollino, blandiendo su ramo de olivo».

Se reían los sacerdotes y con ellos se reía la gente. Alguien, sin embargo, gritó:

—¡El Rabbi obra prodigiosos ciertos! ¡Ojos hay entre nosotros que los han visto y bocas que lo pueden contar!

—¡Patrañas de crédulos! ¿No reparáis cuál es su ejército? Pescadores de Bethsaida, de Magdala, de Bethirach, labriegos de Chorazaim y del Tabor, mendigos, publicanos, mujercillas y muchachos... ¡Y él, galileo! ¿Qué puede esperarse de tal gente?

Esto lo dijo un anciano zeqenin, de grave y solemne aspecto. Pero el «Sapo», que estaba siguiendo con los ojos al Rabbi al tiempo que escuchaba, apreciaba en el rostro de aquel hombre algo que él no había conocido nunca y que, sin que pudiese explicarse por qué, lo hacía diferente a los demás.

Cada vez más numerosa, iba subiendo la comitiva las rampas del Moriah, sin que cesasen los cánticos. Al muchacho le hubiese gustado ver más de cerca al hombre de Nazareth pero temió mezclarse en el tumulto y permaneció sobre el montón de cascotes, tratando de atisbar algo desde allí.

A medida que llegaban a la explanada del templo los peregrinos se detenían. Un bosque de palmas y ramos hacía mano oleaje sobre sus cabezas. Después, la multitud se apelotonó en las escalinatas, en el primer atrio, entre las columnas. Todo era vocerío, alboroto. Alguien debía haber abierto alguna jaula de las palomas que se vendían allí, para los sacrificios de los humildes, y las aves, asustadas e indecisas, revolaban sobre las cabezas.

El «Sapo» fué perdiendo interés. Su inferioridad física le impedía mezclarse en estos barullos. «Estoy desperdiciando el tiempo, pensó.

Descendió de su observatorio y se alejó de la explanada.

V

Buscando terreno propicio se dirigió hacia la Puerta de los Rebaños que, en estos días, era lugar de mucho tránsito, donde podía sacarse algo.

En las vaguadas que se formaban entre Bezetha y el Monte Olivar, acampaban los rebaños y se hacía la compraventa del ganado. Constantemente entraban por allí carneros manchados de bermellón y bueyes con guirnaldas destinados a los sacrificios del templo.

Antes de llegar, lo llamaron desde un grupo otros muchachos de su edad, golfantes como él.

—¡Eh tú «Sapo»! ¡Ven acá, hombre!

Se acercó. En medio de sus compañeros había un muchacho desconocido. Por las trazas, un aldeano tímido y desconcertado, con el que se podía correr alguna buena burla.

—Este venía con los del nazareno.

El «Sapo» llegó hasta él, se detuvo a sus pies y largó un silbido burlón.

—¡fffiiuu! ¡Y que no se ve que es galileo! ¡Fijarse cómo va!

Sacudió su túnica remendada, de basta urdimbre, apuntó a sus sandalias, groseras y sucias. Los demás rieron, acabando de engañar al «Sapo». Pero el muchacho desconocido, sin cuidarse de la chacota, se inclinaba hacia el inválido.

—¿Es que no puedes ponerte de pie?

Le habló con voz amistosa, extendiendo sus manos hacia él. Pero al «Sapo» ninguna cosa le exasperaba más que el que lo compadeciesen. Con la correa de su honda, golpeó las manos del forastero.

—Sin ponerme de pie, me paso bajo la pata a todos los palurdos como tú. ¿Quieres verlo?

Agresivo, apretaba la correa de la honda, mostraba los dientes. Prorrumpieron en carcajadas los golfantes, creyendo, por el pasmo del forastero, que estaba asustado. Pero él no sentía miedo, sino un atribulado desconcierto.

Era de Chorazaim, tierra de gente humilde dedicada a la pesca o al cultivo del suelo. Su madre, una pobre viuda, llegaba cada mañana hasta las riberas del lago, compraba una cesta de peces y la iba vendiendo por los caseríos. Por las tardes hilaba en la rueca, sentada a la puerta de su casa, bajo la parra. En los tiempos de la recolección o cuando había que mullir la tierra, trabajaba a jornal. Él se cuidaba de dos cabras y tres ovejas, de las que sacaban carne, lana, leche y estiércol, para ayudarse a vivir.

Había sido un muchacho rebelde y alborotador que a menudo hacía llorar a su madre. A veces se escapaba de la casa con otros compañeros, se iba con ellos por las quebraduras del monte cazando

perdices, alondras y mirlos azules, robando por los huertos de los pueblos próximos. La madre no castigaba estas tropelías. Le miraba tristemente, con los ojos cuajados de lágrimas y le decía tan solo:

—Hijo... Hijo... ¿Por qué haces esto?

El hubiese preferido que le pegasen, como a los otros muchachos, porque esto le dolía mucho más.

Su casa, blanca y pequeña, estaba en las afueras del pueblo, próxima a la Loma de los Sepulcros. La había levantado su mismo padre con piedras, adobes y maderos de los bosques del Tabor. Por detrás tenía un pozo y una vieja higuera, de copioso ramaje, que sombreaba el brocal.

Cierto día, a la hora de la siesta, habían llegado hasta allí unos caminantes, fatigados y cubiertos de polvo.

—¿Podríamos descansar un rato a la sombra de esa higuera?—preguntaron a la madre.

—Disponed de mi casa como si fuese vuestra—respondió ella.

Regó el suelo bajo la higuera para que estuviese más fresco, dispuso banquetas para que se acomodasen y les obsequió con una ensalada de lechuga, pepino y cebolla, rociados con vinagre.

—Perdonad si no puedo ofreceros mejor hospitalidad, porque soy una pobre viuda.

Uno de los hombres replicó:

—Ningún presente más rico que el que un corazón sencillo ofrece de buena voluntad.

A este hombre le llamaban los otros Maestro. Hizo que el muchacho se acercase a él, le preguntó cómo se llamaba y le estuvo hablando mientras le acariciaba la cabeza.

Cuando los caminantes se marcharon, al atardecer, el muchacho quedó suspenso durante mucho rato. «¿Quién será ese hombre?», se preguntaba.

Después, sin saber qué es lo que le impulsaba a ello, fué a su madre, la abrazó con filial ternura y le dijo:

—Perdóname si a veces te hago sufrir, madre. En adelante quiero ser tu descanso y tu alegría.

En aquel tiempo su madre le habló varias veces de aquel hombre. Andaba por Capharnaum, por Bethsaida, por Bethirach, por las riberas del mar de Galilea, donde ella iba a vender.

—En verdad te digo que no es uno como nosotros, sino que está tocado por la mano de Dios.

Un día, finalmente, la madre repartió su ganado entre los que eran más pobres que ella, la cogió de la mano y le dijo:

—Vamos a seguirle, hijo.

—Pero ¿cómo viviremos ahora?

—El ha dicho que miremos a los pájaros, que ni siembran ni allegan en trojes y nuestro Padre los alimenta; que tomemos ejemplo de los lirios y el heno del campo, que ni trabajan ni hilan y son vestidos por Dios. Junto a El, nada nos faltará.

Desde entonces venían con otros vecinos, en pos del Rabbí. Nunca hasta ahora había salido el muchacho de los contornos del Genasareth. La mirada de sus ojos claros estaba como impregnada de la pureza de las azules aguas del lago, de la suavidad de aquellas colinas mansas y jugosas que le rodeaban. An entrar en Jerusalén se había despistado de los suyos en el tumulto y, de repente, se vió rodeado de extraños con los que no era fácil entenderse.

—¿Quién es ese nazareno?—le preguntaban los muchachos.

—Es el buen Jesús, nuestro Rabbí, el Mesías esperado.

El «Sapo» sentíase irritado contra el muchacho de Chorazaim. El no sabía por qué, pero la causa era bien sencilla. Aquel muchacho se mostraba ingenuo, confiado, humilde, y él nunca había podido serlo. Sin darse cuenta, fué haciendo suyos los comentarios que había oído a los sacerdotes en la explanada del templo.

—¿Ese el Mesías? ¿Con paletos y pordioseros viene a salvarnos? Supongo que tú serás general de sus ejércitos.

Le hostigaba con la honda, intentando provocarlo. Le habría tranquilizado que el otro le insultase o hiciese intento de agredirle. Pero el muchacho se limitaba a rehuir sus golpes, a pesar de que los demás trataban de azuzarlo, para divertirse con una pelea.

—Dejadle—dijo, con desprecio, el «Sapo». No es más que un cobarde y un mentiroso, con su Mesías.

—No, no. ¿Por qué he de teneros miedo? Es que El no quiere la violencia.

—¡Ah!, ¿no? ¡Ya sé entonces lo que pasa! Tu Rabbí se ha dicho: «¿Qué gente más lista que estos palurdos galileos? Con estos me hago el amo donde vaya...».

Se reía a carcajadas el «Sapo» y los demás con él.



Ninguno de ellos comprendía que en la vida de los hombres pudiese haber otras leyes que las de la fuerza o la astucia.

VI

Al muchacho de Chorazaim no le importaban estas burlas, pero estaba atribulado porque necesitaba hacerles comprender cómo era su Rabbí y no encontraba las palabras. El sólo sabía que por donde pasaba Jesús la gente se sentía mejor y más feliz, olvidando sus males, sus egoísmos y sus rencores. A veces, cuando el Rabbí hablaba, él, con otros muchachos, estaba sentado a sus pies y aunque no comprendiese sus palabras, sólo su voz le hacía sentir una inefable dulzura de corazón. Después, todos deseaban amarse, compartir lo que tenían, ayudarse en sus tribulaciones.

Se le ocurrió de repente lo que convenía y su rostro resplandeció.

—Venid conmigo; yo os llevaré a El y entonces todo lo comprenderéis. Venid. Jesús gusta que se le acerquen los niños.

—Te guardas a su nazareno—cortó bruscamente, el «Sapo». Si no es capaz de hacernos más fuertes ni más listos. ¿qué es lo que podemos esperar de él?

No llegó a responder el muchacho de Chorazaim. De la Puerta de los Rebaños llegaba gente desperdigada, corriendo, en descompuesta huida. Se oyó gritar:

—¡Un toro desmandado! ¡Viene hacia aquí!

Se deshizo, como por ensalmo, el corro de los muchachos, que escaparon en todas direcciones. Los que estaban dentro de las casas cerraban apresuradamente sus puertas sin atender a las llamadas de los que quedaban fuera. Algunos encontraron refugio en una pared medio derruida, sobre la que se encaramaron, trepando por sus grietas.

También el «Sapo» había llegado hasta allí. Clavó sus manos en las hendiduras de las piedras y se alzó del suelo, pero no podía valerse sólo con las rodillas para escalar. Los que venían detrás de él lo apartaron sin contemplaciones, le pisotearon en su afán por subir.

El «Sapo» revolcándose en el suelo, profería soeces insultos.

—Vamos, arriba... Yo te ayudaré...

Sintió unas manos que le cogían por la cintura y se revolvió como un gato exasperado, golpeando con la correa de su honda.

—¡Fuera, perros...! ¡Hijos de perra...!

Los pinchos de la correa trazaron en sus carnes surcos sangrientos, pero no por eso se apartó el muchacho de Chorazaim.

—Agárrate a mí... Yo te subiré.

Le cogió por los brazos, esforzándose en levantarlo. Ayudado por él, que le sostenía y empujaba desde el suelo, el «Sapo» se fué izando trabajosamente por la pared. Al fin, los de arriba le cogieron por las manos y tiraron de él.



—¡Pronto, que viene...! Oyó el «Sapo» un golpe sordo que se aproximaba, un fragoroso resoplido de bestia. A salvo ya, sintió cruzarlo por debajo como una exhalación de aire caliente, al mismo tiempo que las bocas se abrían en un solo grito.

Debajo de él la masa negra del toro desmandado parecía desparramarse, en su ciega arremetida. Mirando al soslayo con las manos aferradas en el muro vió un bulto que, impulsado por el poderoso testuz, se retorció en el aire como un pelele y se estrellaba unos pasos más allá, pisoteado por el bruto.

Después el toro se alejó y se hizo un terrible silencio. Todas las miradas estaban fijas en el muchacho de Chorazaim, boca abajo en el suelo, inmóvil, tal y como había caído al ser arrollado por la bestia.

Sin que nadie le ayudase, el «Sapo» se lanzó desde la pared, cayendo diestramente sobre sus manos. En tres saltos se colocó junto al muchacho de Chorazaim y tocó su cuerpo inerte.

No estaba conmovido ni sentía agradecimiento, pero sí un inmenso asombro. «El ha podido salvarse como los demás y, sin embargo... Lo ha hecho por mí... sólo por ayudarme a mí... ¿Qué buscaba con esto?»

Al darle la vuelta se dió cuenta de que el muchacho tenía los huesos quebrantados. Gemía apagadamente y entre sus labios manaba un hilo de sangre.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué...?

El muchacho de Chorazaim entreabrió los ojos, y el «Sapo» creyó ver que en aquella mirada y en

su rostro desencajado resplandecía una sonrisa que le recordaba algo. Adivinó, más que oyó, sus últimas palabras, como el cabo de un hilo que se escapaba entre sus labios rozándolos apenas:

—Jesús... Bus...ca... a Je...sús...

Vagamente vió el «Sapo» las piernas de la gente que se arremolinaba en torno, sintió movimiento a su alrededor, oyó voces. Mas apenas si podía darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor porque, al mismo tiempo, estaba realizando dentro de sí un prodigioso descubrimiento que, por lo pronto, le anonadaba y le confundía, sin que llegase aún a comprenderlo.

Se alejó del grupo, saltando como una langosta. «¿Es que ha muerto por salvarme a mí... al «Sapo»... lo más despreciable de Jerusalén?»

Y aunque ya no los veía, sus ojos seguían fijos en los labios del muchacho muerto, como si aún esperase recibir de ellos la respuesta, sin la cual, en adelante, ya no podría vivir.

Suscríbase a

POESIA ESPAÑOLA

UN FRANCISCANO QUE ESCRIBE DICCIONARIOS Y "HACE CINE"

DE LA CECA A LA MECA BUSCANDO PALABRAS

El padre Esteban Ibáñez sigue la tradición arabista de la Orden

EN el piso alto del Real Convento de San Francisco el Grande hay una celda estrecha, reducida, cuatro paredes desnudas, una mesita abarrotada de fichas de cartulina, en la esquina, haciendo ángulo, la pequeña biblioteca, y tras una cortina de cretona, una cama de hierro. Es la habitación donde vive el padre franciscano Esteban Ibáñez. Por un ventanal alto, como esos que adornan a los viejos castillos medievales, entra a borbotones la luz y el frío del Guadarrama, la geometría recortada del barrio de Extremadura, y debajo, casi a un paso, corre el Manzanares. Impone un poco la severa desnudez de estas cuatro paredes y la absoluta modestia de una mesa ruda de pino y la dureza de estos barrotos de hierro. Y, sin embargo, hay algo en la celda que impregna el ambiente de una alegría infinita, de una paz confortable y apacible. La amplia y constante sonrisa de este franciscano sencillo, humilde, y el gesto abierto, cariñoso, fácil a la amistad y a la confianza.

El padre Esteban Ibáñez, alto, muy moreno, ojos muy negros detrás de unos cristales gruesos y una voz entre recia y dulce, al hablar, es hoy uno de los filólogos de primera fila. En filología árabe, en conocedor profundo y directo de algunos de los dialectos de la lengua árabe, sin duda, el primero.

A su estudio, al estudio diario, constante y paciente del berber, de los dialectos rifeños, baamaraní o igniano ha dedicado el padre casi toda su vida. Entre el ejercicio de su apostolado, entre sermones, pláticas, confesionario, el andar por los zocs de Tánger, de Tetuán, de Villa Nador, de Rabat, por las cabillas de Beni Bunsad, de Tagsut; para ir, en un alarde de paciencia, recogiendo de viva voz las miles de palabras que después pasan a sus diccionarios; entre estos dos menesteres se han repartido los treinta y dos años del padre Ibáñez. Dos menesteres que también tienen entre sí su parecido a su complemento:

—Para el misionero, dominar el idioma de aquellos que quiere convertir es un arma de un valor incalculable. El estudio de las lenguas de los pueblos evan-



El padre Esteban Ibáñez señala sobre un mapa de Marruecos, ante nuestro redactor, la localización de los dialectos por él estudiados

gelizados es una premisa necesaria para conseguir el fruto. Aplicado esto al pueblo bereber, adquiere mayor categoría y mayor interés, ya que nunca ha tenido un fondo sistemático de política ni contenido literario, ni aun religioso. No ha tenido pensamiento o mentalidad propia. Sus ideas y a veces sus creencias han sido las del pueblo que les llegaba. El historiador eclesiástico Morcelli afirma que en el siglo II constaba el Africa septentrional de 518 obispados. De raza bereber son San Agustín, Tertuliano, Orígenes y San Cipriano. Puestos en comunicación directa con el pueblo bereber, todavía aislado y encerrado en sus primitivas ideas, a pesar de la arabización e islamización que ha sufrido por más de diez siglos podría operarse una vuelta a la fe cristiana que tanto arraigo y tanta fortaleza tuvo en el principio.

Al padre Esteban Ibáñez lo he encontrado esta tarde envuelto en un mar de cartulina. Fichas pequeñas, rectangulares, en las que se escriben palabras que un día fueron extraídas de la conversación diaria por tierras de Marruecos o del Ifni, en clases que el franciscano recibía de profesores nativos, de amigos de hombres que a veces apenas sabían



El padre Ibáñez con su profesor de Senhaya, Mohamen Ben Mohamed Ben Said, en Targuist



Ataviado a la usanza del país, el padre Ibáñez conversa con un notable musulmán tetuaní

leer o escribir, y que el filólogo iba apuntando y reseñando en su cuaderno. Una ficha para cada palabra, y para cada palabra infinidad de renglones. El profano sólo acertaría a distinguir sobre este papelito blanco un garrimatías ininteligible, indescifrable.

Después de la publicación de dos Dictionarios rifeño-español y español-rifeño, de un nuevo Dictionario que recoge el dialecto baamaraní, hablado en tierras de Ifni y de un estudio etnográfico titulado «Los bereberes marroquíes», el padre Ibáñez prepara en estos días la publicación de otro diccionario rifeño donde se dará a conocer el dialecto bereber hablado por las once cabillas que componen la confederación de Senhaya de Sarair, en pleno corazón del Rif.

Un actividad sin medida, una juventud llena de ilusiones, de esperanzas y de ansias de apostolado, y una preparación lingüística y filológica profunda y extensa están de parte de este sencillo franciscano que domina el



En su celda del convento de San Francisco el Grande, el padre Ibáñez nos expone las características de su interesantísima obra filológica

bereber con la misma facilidad y buena pronunciación que el castellano.

UN PLANTEL DE MISIONEROS EN CHIPIONA

La vocación misionera y africanista del padre Esteban Ibáñez no ha nacido con las primeras pruebas en galeradas de su primer Diccionario. Hay que andar los años para atrás y ver que los primeros contactos del franciscano con su ideal misionero y con la tierra de Africa son ya hace más de veinte años.

Arenillas del Río Pisuegra es un pueblecito de Burgos. Aquí nace el misionero y aquí hace sus primeros estudios. Los estudios elementales sólo, porque al cumplir los diez años le espera el ingreso en la orden franciscana. Los latines y las Humanidades los hará en Estepa, de la provincia de Sevilla y perteneciente a la seráfica de Granada. Cuando llegan los años de noviciado, se abren las puertas del convento de Lebrija y, más tarde, a la hora de los libros de Filosofía y los gruesos volúmenes de la Moral y la Teología. Finalmente, el novicio pasa al Seminario de Chipiona. Un Seminario lleno de recuerdos y estampas misionales. En Chipiona está el mejor plantel de misioneros franciscanos para Tierra Santa y para tierras de Marruecos. Hace muchos años que un ilustre arabista, también de estameña parda y larga barba franciscana, fundó aquel Seminario, imprimiéndole un carácter profunda y casi exclusivamente misionero, con esas dos vertientes geográficas de Palestina y Africa. Fué el padre Lerchundi, autor de una Gramática y de un Diccionario del árabe vulgar, que todavía sigue siendo el vademecum indispensable para imponerse en árabe marroquí. La acción del padre Lerchundi en Marruecos está viva y patente en nuestros días: escuelas, hospitales, colegios levantados por su mano nos hablan ahora de aquel misionero vivo en el recuerdo de marroquíes y españoles.

Hoy, la severa austeridad de la celda del convento se ha sorprendido un poco. El padre Ibáñez, a duras penas, ha podido descorchar una botella de vino

que ha puesto en la mesa, junto a un manajo de fichas. Es un vino dulce, exquisito. En la etiqueta se lee: «Vino Moscatel, «Padre Lerchundi», de los viñedos de Chipiona». El padre Esteban no bebe. Es botella para invitados.

A los dieciséis años, el estudiante de Filosofía pisó por vez primera tierras de Africa. Son los tiempos en que estalla en España la República, y el colegio de Chipiona tiene que cerrar sus puertas. Siete meses en un Seminario franciscano francés de Rabat y las primeras lecciones de árabe. Todavía el padre Esteban Ibáñez recuerda la figura de aquel viejo profesor que le enseñó el abecedario árabe, un misionero franciscano que se había pasado la vida en misiones de América y a quien los jóvenes seminaristas le llamaban el padre «Tatacura».

El primer itinerario en Africa es Rabat-Tánger, y en el año 32, la vuelta de nuevo a los salones de estudio, a la capilla y a las galerías del Colegio de la Regla de Chipiona. Este es el primer contacto, la primera lección de árabe aprendida por ahora en las páginas de una gramática. Después vendrá la lección viva, directa, oída y estudiada en la calle y en la plaza pública, en los caminos de la Misión o en las naves de una iglesia.

En el año 1936, otra vez de nuevo en Africa, en el Seminario de Rabat. Allí, las primeras noticias del Movimiento Nacional y las primeras órdenes. Cuando llega el día de la primera misa, las puertas del Colegio de la Regla en Chipiona se han vuelto a abrir. Día de fiesta mayor y luces y flores en el altar de la Morenita.

El día de Cristo Rey de 1937, la vuelta definitiva. Un misionero joven que ya habla el árabe y que ahora, por primera misión, se le encomienda un puesto de profesor en el colegio Alfonso XIII de Tánger, al que asisten moros, judíos y cristianos. En los ratos que las lecciones le dejan libre, el padre Esteban estudia la lengua africana con el profesor Sidi Mojtár El-Gazuli.

A Tánger llega un día el padre franciscano José Robador.

—Algunos días acompañaba yo al padre misionero por las calles y plazas de la ciudad, y al ver que yo hablaba con los moritos que se acercaban a nosotros y me entendía con ellos perfectamente en su misma lengua, se le ocurrió la idea de que fuera yo el continuador de la labor iniciada por otro misionero franciscano, el padre Pedro Sarrionandia, autor de la primera gramática de lengua rifeña. Las cosas vinieron con rapidez y yo dejé Tánger para internarme en el Rif y dedicarme por completo al estudio de la lengua bereber. Aquí comienza mi vida de peregrino a la caza de palabras rifeñas que luego tendría pacientemente que estudiar, ordenar y compulsar en miles de fichas.

CAMINANDO POR ZOCOS Y CAFETINES

Villa Nador es en octubre de 1938 parada, fonda y escuela para el padre Ibáñez.

—¿Cuál fué, padre, la mayor dificultad para hacer su primera obra?

—Hay un hecho innegable; el terreno de la lingüística rifeña-bereber estaba completamente virgen. Yo tuve que enfrentarme con esta lengua enfática y aprenderla y dominarla de viva voz. Los indígenas hablan su idioma, pero desconocen toda regla gramatical. Un empleado nativo del Juzgado de la villa me sirvió de profesor. Me decidí a entablar conversación con los indígenas. Esto fué lo que más me ayudó. Me puse en contacto, a modo de enlace, con elementos indígenas de las distintas regiones del Rif a fin de reunir datos, compulsar fichas, aquilatar el sentido y el significado de cada palabra. Es una obra de paciencia, pero yo tengo comprobado que con perseverancia se puede llegar lejos. El hecho de no existir en estas tierras una literatura escrita da a entender que tampoco existían profesores capaces de enseñarla; por esto yo tuve al mismo tiempo que hacer de profesor y de alumno con quienes me enseñaban. A veces les preguntaba la traducción del vocablo «yo» y ellos me respondían con la traducción de «tú»; otro tanto me ocurría con la cuestión de los verbos.

El padre Esteban, con un Diccionario castellano en las manos, un lápiz y un manajo de cuadernos, va preguntando pacientemente palabra por palabra. Obra de romanos es este andar «de la Ceca a la Meca» recogiendo palabras como quien recoge caracoles o espárragos en el campo. Después vendrían las largas horas de estudio serio, documentado, concienzudo, y el orden y la transcripción precisa y justa de cada vocablo.

En 1943 el padre Ibáñez está ya en Madrid. Bajo el brazo trae un cargamento de muchos miles de fichas ordenadas y escrupulosamente estudiadas. Al afán y al deseo del misionero, se une la fuerte vocación del filólogo. En Madrid conoce al marqués de Añón, director general de Relaciones Culturales, quien, al enterarse del hallazgo de este misionero franciscano, le da toda clase de facilidades para imprimir el Diccionario. Es la primera obra del padre Esteban. Cuando las

galeradas están listas. Menéndez Pidal se ofrece para poner su firma al pie del prólogo. El padre Esteban sólo cuenta treinta y dos años. Treinta y dos años y una obra que quedará como testigo de su esfuerzo, de su vocación apostólica y de su profundo saber.

—¿Cuántas palabras tiene el Diccionario rifeño-español?

—Aproximadamente, unas diez mil. La letra «a» es la que más voces posee: mil, exactamente; la que menos, la «y», con unas quince.

El bereber es una lengua riquísima en términos concretos, más rica que las lenguas romances.

Del montón de cartulinas recuadradas que se apiñan en la mesa el padre Esteban coge una al azar:

—Oiga usted: esta palabra, por ejemplo, la palabra cebada, tiene todos estos términos: cebada se dice en bereber rifeño *senhayi*; si se refiere uno a la cebada calliente para mondarla, se dice *isli*; si es cebada tostada, se dice *zurif*; *abray*, si es cebada machacada. Y así ocurre con casi todas las palabras. El dialecto rifeño conserva un lenguaje infantil muy abundante, en el que algunos términos tienen un extraño parecido con palabras de nuestro Diccionario.

En el prólogo que don Ramón Menéndez Pidal pone al Diccionario español-rifeño se leen estas líneas: «Esperemos que esta obra tan meritoria del padre Esteban Ibáñez despierte entre nosotros el gusto por el estudio del bereber, lengua que a su interés práctico inmediato reúne su alto interés científico, ya que es elemento esencial para el conocimiento de la antigua lengua líbica, extendida por todo el Norte africano, desde Egipto hasta el Atlántico».

POR TIERRAS DE BAAMARANI

Desde que el padre Ibáñez comienza su tarea de filólogo por las tierras del Rif su actividad no descansa. Su pluma sigue constante en la brecha. En la misma brecha.

En 1949, patrocinado por el Instituto de Estudios Africanos, y con prólogo de don Julio Casares, sale de la imprenta un nuevo libro. Un nuevo Diccionario etimológico rifeño-español, que, en parte, viene a ser un valioso complemento del primero y, en parte, una obra de mayor altura científica, de más profunda preparación, de más amplitud y del mismo esfuerzo y trabajo que el anterior.

El camino de España a Marruecos se lo sabe muy bien el franciscano. No hay año que no muerden las visitas que, a veces, se prolongan por meses. En el mismo año en que su segunda obra ve la luz, el padre Esteban embarca para las tierras de Ait Ba Amran. Va ahora como invitado del coronel Bermejo, entonces Gobernador General de los territorios del África occidental española. Su atención queda, durante siete meses, atraída por otro dialecto ifniano. El dialecto hablado en la zona que él ha bautizado con el nombre de Baamarani.

Siaali Ben Ahmed Ben Aali es el nombre de su nuevo profes-

or. En los zocos y en los cafetines de Baamarani el filólogo aprende tanto como en las clases. Otra vez lápiz, cuaderno y buenos pies para andar, para andar mucho y escribir más.

Siete meses de escuela, de aprendizaje, de estudio, de andar y apuntar y tres años detrás de esta mesa de la celda estrecha de San Francisco el Grande para ordenar y moverse entre las cartulinas. En 1953 se publica el primer Diccionario español - baamaraní. El arabista ha cumplido una meta más. Una meta a la que va llegando paso a paso, pero siempre con una nueva conquista.

El padre Esteban Ibáñez sigue una tradición antiquísima de arabistas franciscanos. Una tradición tan antigua como la misma Orden. En un capítulo de las Reglas de Fundación, San Francisco habla de la conversión de los sarracenos. Y él mismo se embarcó con rumbo a Marruecos, pero una tempestad o los designios de la Providencia le llevaron hasta tierras de Palestina. En la vida del santo, los primeros cinco mártires de la orden sufrieron el martirio en Marraquex.

UN FRANCISCANO QUE ESCRIBE DICCIONARIOS Y «HACE CINE»

Dentro del convento, el horario del padre franciscano está estrechamente cronometrado. A las seis y cuarto de la mañana despierta la campana a la comunidad. Después, oración, misa conventual, y a la hora que señala la tablilla, la misa de cada uno de los padres. Al desayuno siguen las horas de la celda: la mesa de madera, esta pequeña miniatura de San Francisco de Mena que preside toda la labor del padre Esteban y la pluma para volver a empezar.

—¿No duerme usted la siesta, padre?

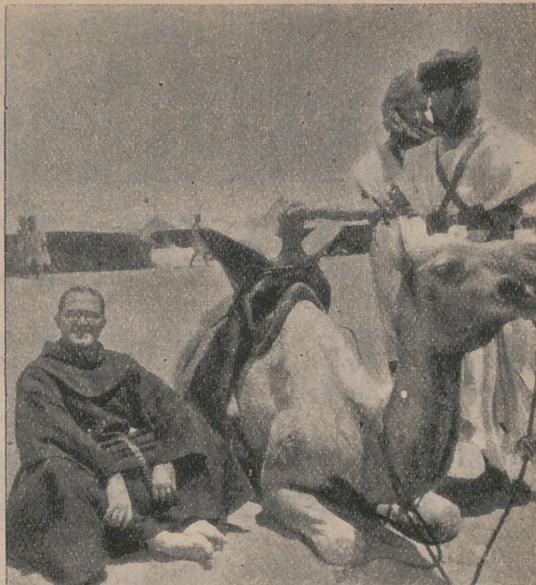
El padre Ibáñez sonríe y me responde con un refrán:

—«Si quieres matar a un fraile, quítale la siesta y dale de comer tarde.»

Posiblemente en pocos meses salga otro libro del padre Esteban. Por no variar, un nuevo Diccionario. Es el fruto de cinco meses por las cabillas de Beni Bunsar, de Tagsut, donde se hacen las famosas incrustaciones y las típicas alfombras, de Beni Sedadd, Beni Gennus, Beni Bchir y Beni Buchibet.

En esta última ocasión su profesor ha sido Mohamad Ben Said, uno de los cortadores de leña que traen hasta la cabilla de Sarka los cedros de Ketama.

Al margen de sus diccionarios, el padre Esteban Ibáñez ha tenido otra actividad. El padre franciscano también «ha hecho



En su recorrido por el territorio de Ifni-Sahara, el padre Ibáñez utilizó todos los medios de transporte

cine». El fué el asesor religioso de aquella película que se llamó «Cielo negro» y de esta otra que se llama «Marcelino Pan y Vino». En «Cielo negro» el sacerdote que oficia en el altar mayor de San Francisco el Grande, cuando se refugia aquí la protagonista—Susana Canales—, es el padre Esteban.

—¿Cómo ve usted el cine español de temas religiosos?

—De unos años a esta parte se siente un resurgir del cine español en general, y se da la circunstancia de que las películas que más sonido han tenido han sido precisamente las de tema religioso. Yo estimo, sin embargo, que el tema religioso está aun su explotado y que ofrece perspectivas verdaderamente halagüeñas. El público de todos los gustos ya está un poco cansado de las películas donde por fuerza ha de aparecer el idilio amoroso, con todas las procacidades inherentes a la falta de una auténtica moralidad cristiana. Y con «Marcelino Pan y Vino» el público ha demostrado que le gustan las películas, aunque sean españolas y aunque sean cristianas.

El padre Esteban Ibáñez, miembro de la Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales, miembro activo de la Sociedad Internacional de Sociología y Jefe de la Sección de Estudios Marroquíes del Instituto de Estudios Africanos, tiene además de otras virtudes la de ser un buen amigo de la conversación, un conversador junto al cual el tiempo parece que no pasa.

Al salir de la celda, en un marco que cuelga de un testero, hay un título original por su belleza y su policromía. Es el título que le hace comendador de número en la Orden de la Medhauia, cuyas insignias se las regaló personalmente el general Varela.

Cuatro títulos en cadena: franciscano, misionero, filólogo y y... comendador.

Ernesto SALCEDO

(Fotografías de Mora y Francisco Cortés.)

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LA FRANCMASONERIA EN EL PARLAMENTO

Por Pierre SAINT-CHARLES

LA civilización occidental está amenazada. En primer lugar por el bolchevismo internacional, que domina ya una parte de Europa. Y lo está también gracias a las complicidades que los soviets encuentran en los medios llamados burgueses entre los no comunistas. La historia de estos últimos cuarenta años nos muestra que el bolchevismo se ha desarrollado en los países en donde la masonería se había implantado antes.

LEVANTEMOS EL VUELO

El régimen zarista, por débil que fuese, Lenin no lo habría derribado. Esto fué la obra del Gobierno masónico del hermano Kerensky. Si el sangriento Bela Kun pudo hacer reinar el terror rojo en Hungría fué porque sucedía al demócrata masonizante Karoly. La revolución española había sido precedida de una revolución burguesa-masónica. Mao Tse Tung ha podido tanto mejor triunfar en China, porque el hermano Chan Kai Chek había destruido la fuerza de resistencia de su pueblo. Los comunistas se han establecido en Praga sobre las ruinas del régimen de los masones Benes y Masaryk, y en Sofía, Bucarest y Budapest, después de que los Gobiernos masónicos llamados liberales debilitaron el Estado.

Al realizar el primer trabajo de disgregación de la sociedad, arruinando la autoridad y desecadenando los apetitos, los masones preparan por todas partes el camino del comunismo. En el terreno interior, el peligro comunista no puede ser amenazador más que si las Sociedades secretas han minado la salud del Estado y de la nación. Un Estado fuerte y una nación sana resisten mejor un mal rojo que al régimen de un pueblo víctima de la anemia que produce el bacilo masónico.

Es por lo que importa poner en guardia a los franceses contra el trabajo que la masonería en su labor de zapa realiza desde hace dos siglos en nuestro país. Hay que hacerle reconocer los fines perseguidos por la secta, no solamente contra la Iglesia, sino también contra la libertad. Todo esto requiere necesario revelar los nombres de los que en el Parlamento, voluntariamente o no, se hacen los cómplices de esta empresa contra los intereses superiores de la nación y de la cristiandad.

EL papel de la masonería en la vida política de los pueblos es algo que todavía se sigue discutiendo y que algunos, incluso con ingenuidad incomprensible, se permiten tomar este asunto a chacota. Dos fases presenta fundamentalmente la acción masónica. La primera consiste en detentar y poseer todos los resortes de la nación con el fin de realizar su política, cuya meta final estriba fundamentalmente en borrar la conciencia religiosa de los pueblos. La segunda fase, consecuencia lógica de este proceso de desnacionalización y laicización, es el dejar paso libre, al comunismo, aunque éste no sea el propósito consciente de la mayoría de los masones, gentes en gran parte poderosas tanto en la política como en las finanzas.

Estas fases son las que Pierre Saint-Charles estudia con acopio de documentación en el libro de nuestra sección. Toda la acción masónica en la vida política francesa durante los últimos cincuenta años hasta nuestros días, incluso hasta el Gobierno masónico que hoy rige a Francia, aparece seria y detalladamente en las hojas del «Libro que es menester leer». La obra termina con un interesante registro biográfico de los diputados masones o simpatizantes del actual Parlamento francés.

SAINT-CHARLES (PIERRE): «LA FRANCMASONERIA EN EL PARLAMENTO». La Librairie Francaise, Paris, 1956.



Los documentos masónicos están celosamente conservados en las logias y las publicaciones del Servicio de las Sociedades Secretas de Vichy fueron destruidas cuando la liberación y, por lo tanto, resulta particularmente difícil procurarse pruebas indiscutibles de la acción perniciosa de la secta. Gracias a un antiguo masón cuyos ojos se han abierto, hemos podido utilizar importantes documentos. La obra que hoy publicamos está toda ella llena de lealtad y buena fe. Si en ella aparecen errores estamos dispuestos a recoger las rectificaciones justificadas que se nos dirijan, preocupados como estamos de conservar en este trabajo la exactitud y la objetividad que han presidido durante su elaboración.

LA MASONERIA EN EL PARLAMENTO

Los masones no son hombres libres. Son gentes que están ligadas por

juramentos y obligaciones a una organización internacional temible, la francmasonería, aunque frecuentemente no midan la importancia de los compromisos que han adquirido.

Los electores que votan a masones no envían pues, al Parlamento ciudadanos independientes, libres de representarles lealmente y que tengan en cuenta los intereses del país, sino a personajes que, quieran o no, y algunas veces sin darse cuenta, representan a un poder oculto y cosmopolita.

Al profano que solicita lo que en la jerga masónica se llama la iniciación, la logia le impone obligaciones muy estrictas. Textos oficiales y auténticos precisan los compromisos que adquiere el recipiendario en el momento de su entrada en la masonería. Su juramento es renovado con nuevas amenazas progresivas durante las ceremonias simbólicas, en donde el perjuo eventual es amenazado con represalias terribles cada vez que el interesado pasa a un grado superior.

Además de estos juramentos y de estos compromisos que unen estrechamente a los hermanos a su logia, obligaciones particulares les son impuestas a los francmasones parlamentarios, que son objeto también de una vigilancia especial. Estas obligaciones del parlamentario iniciados las encontramos expuestas en las Convenciones o Asambleas generales de la secta. En vísperas de las elec-

ciones de 1924. el hermano Leyre precisaba así los deberes que se imponen a los masones elegidos diputados:

«La logia «Claridad», Oriente de París. ha sometido al Congreso de Logias de la región parisina una proposición obligando a los parlamentarios francmasones a dar cuenta de su mandato ante las autoridades correspondientes.

El año próximo pediremos a los candidatos que hagan declaraciones escritas sobre la Escuela Única. Debemos exigir a los parlamentarios francmasones no simples palabras, sino afirmaciones formales. Hay bastantes parlamentarios francmasones que nos deben su fortuna política y que nos han traicionado para que exijamos ahora compromisos formales.»

En las elecciones siguientes, las consignas no eran menos imperativas. Veinte años más tarde, las consignas no han cambiado y si ocurre que elegidos iniciados parecen apartarse del camino recto masónico, la llamada al orden es severa:

«Será necesario recordar a los parlamentarios masones que son, por encima de todo, masones, incluso antes de parlamentarios. Cuando uno de nuestros hermanos tenga en la vida profana una actitud contraria al ideal masónico, tomaréis a su respecto disposiciones que en general, van hasta su presentación ante un Jurado fraternal. Es necesario que el Consejo de la Orden recuerde a los parlamentarios que deben ser disciplinados.»

La vigilancia de los elegidos masónicos es múltiple. se opera a través de su logia madre y de las logias de su circunscripción, por su obediencia y por el grupo de la Asamblea Nacional y, finalmente, por los partidos y las ligas enfeudadas a la francmasonería, de la cual él es miembro. Bajo la tercera República, la francmasonería controlaba rigurosamente la acción de los parlamentarios iniciados. Hay que señalar de pasada que la francmasonería trata siempre de ejercer su influencia sobre ciertos parlamentarios no masones que aceptan o solicitan su protección y han sido elegidos gracias a su apoyo. Bajo la cuarta República los designios masónicos continúan invariables. He aquí un texto de la Convención del Gran Oriente de 1951:

«No hay contradicción cuando pedimos al Consejo de la Orden que tenga a bien recordar a los parlamentarios masones sus deberes masónicos y cuando agregamos, con el mismo deseo, que el masón dependa sobre todo de la logia madre. El Consejo de la Orden puede muy bien recordar a los parlamentarios masónicos sus compromisos, señalando que pertenecen a la logia madre presentar la acusación relativa a los hermanos tibios.»

LA HUELLA MASONICA EN LOS PARTIDOS POLITICOS

La vigilancia masónica se ejerce indirectamente en las agrupaciones que controla o inspira. Reunidos en el Grupo Fraternal Parlamentario que reúne a los iniciados de las Asambleas los diputados y senadores masones están igualmente encuadrados en los partidos, ligas y asociaciones enfeudadas a la masonería o que sufren su influencia. Porque la secta extiende su huella sobre los partidos políticos que militan por el mismo ideal y organizan a las masas con el fin de conquistar mayorías. La francmasonería indica, entre los partidos de izquierda, los que tienen sus preferencias:

«Las organizaciones del partido radical-socialista, del partido socialista y del partido republicano socialista.» Tales son sus elegidos, según una nota publicada en el boletín de la Gran Logia de septiembre de 1920.

El portavoz de la masonería en el Parlamento fué durante lustros el grupo radical; el partido radical-socialista es una organización esencialmente masónica. Hace remontar su nacimiento a la publicación del «Programa de Belleville», presentado a los electores parisienses en 1889 por León Gambeta, que era uno de los oradores más prestigiosos de la secta. Pero su creación oficial data del primer Congreso del partido, celebrado en París del 21 al 23 de junio de 1901 bajo la presidencia de altas personalidades, todas ellas masónicas. Las figuras más destacadas del partido bajo la terce-

ra República pertenecían a la secta: Emile Combes, Camille Pelletan, Maurice Bertheaux, René Renoult, Albert Dalinier, Gastón Doumergue, Camille Chautemps, o por adheridos simpatizantes: Herriot, Dalañier, Painlevé.

Bajo la presidencia honoraria del «hermano sin mandil» Eduardo Herriot y la dirección efectiva de los iniciados, Emile Roche, Martinaud Deplat o Mendes-France, el partido radical socialista permanece siendo un partido masónico, en el cual cada miembro, consciente o no, favorece las actividades subterráneas clandestinas de la secta. Bajo la cuarta República, al igual que bajo la tercera, el partido radical se ha asegurado constantemente el Ministerio del Interior o el de Educación Nacional, algunas veces los dos conjuntamente, dando así a la masonería dos potentes palancas. Cuenta en la Asamblea Nacional con 58 diputados, más cuatro asociados.

Surgido de diversos partidos que se disputaban la clientela obrera, el partido socialista (Sección Francesa de la Internacional Obrera) data de 1905. En razón de una muy vigorosa oposición que se manifestó durante varios años, la influencia de la masonería fué muy débil en el seno del partido antes de la primera guerra mundial. Pero poco a poco, la fracción antimasonica fué eliminada, y la S. F. I. O. se convirtió en el segundo partido masónico del Parlamento. Miembros del Consejo de la Orden del Gran Oriente no vacilaron en hacerse elegir bajo la etiqueta socialista. Desde la liberación, sus miembros adeptos de la masonería, han ocupado puestos considerables en el Estado (Félix Guoin, presidente del Gobierno Provisional; Paul Ramadier, presidente del Consejo, etc.). El grupo socialista de la Asamblea Nacional, hasta estos últimos tiempos, estaba presidido por un masón recalitrante, Charles Lussy, y 95 miembros del mismo están inscritos en el grupo parlamentario de la S. F. I. O.

COMUNISTAS Y MASONES

En el seno de los otros partidos, la influencia masónica parece menor, aunque en muchas circunstancias sus representantes en el Parlamento hayan mezclado sus boletines a los de sus colegas masones.

Los comunistas cuentan, ciertamente, algunos iniciados, tales como Marcel Cachin, André Marty (recientemente excluido del partido comunista), Zunino; pero la disciplina bolchevique no permite el aplastamiento del partido por las logias, contentándose con vivir en buena inteligencia.

La querrela que dividió a comunistas y francmasones en 1923 disminuyó considerablemente en 1935, cuando la constitución del Frente Popular. En las elecciones de 1936, muchos candidatos masones se retiraron en la segunda vuelta para dar la victoria a sus competidores comunistas más ventajosos y viceversa. En 1936, Maurice Thorez aceptó ir a hablar a una reunión reservada exclusivamente para los masones. No habiendo podido o queriendo ir a ésta en el último momento, su adjunto, Florimont Bonte fué en su lugar y habló en su nombre. Después del choque de 1939, subsiguiente a la firma del pacto germanosoviético, la solidaridad de la resistencia aproximó a comunistas y masones. Las dificultades surgidas en Rumania, Bulgaria, Hungría y Checoslovaquia han enfriado un poco las relaciones bolchevique-masónicas, pero una fuerte proporción de hermanos permanece profundamente soviética y varias organizaciones criptocomunistas tienen por dirigentes a auténticos masones. Incluso los masones moderados confiesan que son más anticlericales que anticomunistas. M. Guy Vinadrell escribía recientemente en una revista masónica:

«Hay incluso que pensar que no es necesario, sin duda, halagar mucho a los francmasones franceses para hacerles reconocer que entre el fanatismo estaliniano y el peligro clerical, el primero es, finalmente, menos grave que el segundo.»

LA MASONERIA AMANA ELECCIONES Y COALICIONES

Entre los parlamentarios del centro y de la

derecha. se encuentran algunos arrivistas sensibles a las presiones y a las promesas de las logias, pero el conjunto de grupos llamados moderados es más bien hostil a la masonería, aunque no lo sea del todo a las formaciones ministeriales que suscita o alienta. Las recientes votaciones sobre la libertad de enseñanza revelan que la secta no podía contar con una mayoría estable en la Asamblea Nacional elegida en 1951. Aun movilizaba todas sus fuerzas apenas si lograba reunir 270 sufragios de simpatizantes y militantes.

Esta mayoría no masónica ha hecho que la masonería haga cuanto estuviera en su mano por destruirla. Su experiencia en materia política y electoral es antigua. Recuerdese lo que ocurrió en 1924. en 1932 y en 1936.

Las elecciones de 1919 habían dado la mayoría al bloque nacional. Una circular fué enviada a todas las logias para fijar las grandes líneas de la organización y una alianza de las izquierdas. El resultado fué el escrutinio de mayo de 1924 que consagró la victoria del cartel de las izquierdas:

«Hermanos —dice un documento masónico—: podemos aquí, en familia, hacernos justicia; la victoria del 11 de mayo es evidentemente la obra de todo un pueblo sublevado ante tanta pillería y mentira, es seguramente la obra de los partidos que han preparado y sufrido la batalla, es también la de los militantes y la de los candidatos que a través de la palabra y la pluma, han contribuido a ello poderosamente, pero lo es también en mucho la obra de la masonería, y podemos con toda equidad reivindicar altiva y orgullosamente la parte que nos corresponde.»

La inflación y la caída del franco provocaron la derrota del Cártel dos años más tarde. La Unión Nacional en la que la masonería tuvo la prudencia de hacer penetrar a algunos iniciados triunfó en las elecciones de 1928. Poco después la confianza volvió a la opinión pública y entonces vino una orden de la Rue Cadet (el Gran Oriente tiene su sede en esta calle): los ministros radicales dejaron el Gobierno Poincaré. Fué la señal de una nueva campaña orquestada por la masonería.

«La Unión de la Izquierdas es ahora más necesaria que nunca», se proclamó en la Convención de 1929. Y las consignas se renovaron en las de 1930 y 1931. La concentración de las izquierdas bajo la égida de la masonería abocó a las elecciones de 1932: una nueva victoria. Después vinieron el «affaire» Stavisky, el asesinato del consejero Prince, las manifestaciones del 6 de febrero. La francmasonería, finalmente, desenmascarada se batió en retirada. Obligada a abandonar oficialmente la partida en febrero de 1934 logró deslizarse una de sus cartas en el juego del adversario: Para salvar la República se buscó en Tornebeuille a un viejo masón, de aspecto santurrón, que se apresuró a ahogar el escándalo y a adormecer a la oposición.

Durante este tiempo la masonería reparó sus fuerzas, eliminando a los políticos comprometidos y bajo la bandera del antifascismo recupera las fuerzas, no siendo en el Gran Oriente donde tienen lugar sus reuniones preparatorias, sino en la sede de una de sus filiales, en la Liga de los Derechos del Hombre. La Convención precedente, ¿no había prescrito «tomar la iniciativa para una agrupación de todas las fuerzas de la demacración en un organismo de lucha contra el fascismo y la defensa de las instituciones republicanas?»

DEL FRENTE POPULAR AL FRENTE REPUBLICANO

La consigna viene en seguida. Con motivo del 14 de julio de 1935, se funda el Rassemblement Populaire. Victor Basch, presidente de la Liga de los Derechos del Hombre, es colocado a su cabeza. Cuarenta y ocho asociaciones, ligas y partidos se adhieren a este organismo. Ya se sabe el resultado: la coalición masónica triunfa en las elecciones de 1936 y lanza al Poder al Gobierno del Frente Popular, que nos había prometido «el pan, la paz y la libertad» y nos trajo la vida cara, la guerra y la ocupación.

Hoy la táctica no ha variado. Es también por la unión de las fuerzas de la izquierda por lo que

la masonería intenta imponer su ley. El Frente Republicano, fundado por los socialistas, los radicales socialistas y los amigos de François Mitterrand y Chavan-Delmas (antiguo radical), patrocinado por «L'Express», de la familia Servant Scheiber, es la última denominación de una fórmula que ha servido mucho. A pesar de su fracaso electoral, que indica bastante la desconfianza de los electores, el Frente Republicano amenaza con dominar la tercera legislatura. Sus elegidos van a tener un papel determinante en la mayor parte de las votaciones. Por su intermediario la francmasonería impondrá sus hombres en los ministerios y en las Comisiones parlamentarias.

La constitución del Gabinete Mollet, en donde la casi totalidad de las carteras son regentadas por parlamentarios cuyos nombres figuran en este libro, muestra que nuestros temores son fundados. «L'Express» registraba por otra parte, con una satisfacción no disimulada, que amigos de confianza tienen las presidencias de las Comisiones parlamentarias: Interior, Asuntos Exteriores, Prensa, Territorios de Ultramar, Reconstrucción, Justicia, Educación Nacional, Sufragio Universal, Asuntos Económicos, etc. Estos resultados han sido adquiridos gracias al apoyo comunista. «L'Express» agrega que «a cambio de esto, por acuerdo, al menos tácito, los comunistas han obtenido siete vicepresidencias y ocho puestos de secretarios».

EL LAICISMO, ARMA DEL GRAN ORIENTE

El anticlericalismo será el programa del Frente Republicano, formación política en la cual la masonería es el cimiento. El hermano Albert Jenger, secretario del Comité de Coordinación de organizaciones laicas de la juventud y de la educación popular, confesaba poco después de las elecciones: «La línea de demarcación entre la derecha y la izquierda pasa hoy más que nunca por la laicización». La lucha contra las «leyes antilaicas» será, pues, la preocupación esencial de los elegidos del Frente Republicano. La masonería prudentemente, se esconderá entre bastidores.

Por ello veremos a pocos masones en primer plano. El movimiento laico y anticlerical, organizado y dirigido en secreto por la masonería, tendrá por jefes a hombres consagrados a la secta, pero que no pertenecen a las logias. Figuran en su mayor parte en las filas de la Liga de la Enseñanza, de la Liga del Libre Pensamiento, de la Liga Internacional contra el Antisemitismo, organizaciones creadas, dirigidas y animadas por masones o por «amigos», y que constituyen lo que se llamó, en la Convención del Gran Oriente de 1929 «la francmasonería exterior».

Los vínculos masónicos de la Liga de la Enseñanza son notorios. Fueron afirmados muchas veces por los propios masones. De una manera notoria lo declaró en 1883, en el Congreso de las Logias del Este, uno de los delegados. El propio fundador de la Liga, M. Jean Mace, masón él mismo, precisaría dos años más tarde, en el V Congreso de la Liga, que ésta era una organización de obediencia masónica.

En la Convención del Gran Oriente de 1947 se mostró que los contactos continuaban siendo íntimos. El Comité de laicización, que funciona en el seno de la masonería, forma parte oficial de la Liga de la Enseñanza. En una gran tenida de esta misma Convención, el presidente declaraba:

«... y es aquí donde hemos podido apreciar lo que la masonería representa para la laicización, pues no solamente los delegados franceses eran en gran mayoría masones, sino todos los delegados extranjeros, fuesen los de Bélgica, Haití, el presidente de la Liga Internacional de Enseñanza —que es el antiguo Presidente de la República española en el exilio—, fuesen los delegados de Grecia, todos, en fin, eran masones y todos han asistido a esta reunión magnífica. Ved, en consecuencia, hermanos míos, que todos los masones se unen para el gran combate de la laicización.»

VIGILANCIA Y PERSECUCION DE AMIGOS Y DISIDENTES

Vigilado en su circunscripción por las logias 10-

cales, vigilado en París por los servicios especiales del Gran Oriente, vigilado en el Parlamento por los grupos de los partidos enfeudados a la masonería y vigilado por las filiales a la secta camufladas de organizaciones paramasónicas, el parlamentario iniciado o simpatizante, apenas si tiene iniciativa personal. Si tiene honradez y, sobre todo, lo que es más raro, independencia de carácter, toda la organización masónica de circunscripción se movilizará en las elecciones siguientes contra el indisciplinado. Probablemente será derrotado. Sólo podrán defenderse los que tienen una cierta personalidad y no les gusta la servidumbre. Pero aun estos tendrán que estar mucho tiempo en guardia.

Dos ejemplos típicos muestran cómo la masonería se venga de los parlamentarios, que según la palabra de un famoso masón «son indignos de permanecer con nosotros».

Iniciado en 1869 en la logia «La Reforma de Marsella», León Gambetta, es colocado a la cabeza del Gobierno provisional del 4 de septiembre de 1870. En 1880, forma lo que se llamó el Gran Ministerio. Pero este francmasón, poco disciplinado, se ha salido de madre. Desea una República que acoga a todos los franceses. Se opone, aunque sea hostil al catolicismo, a las violencias de los anticlericales sectarios. Se recordará el apóstrofe célebre que lanzó a un masón sectario que quería hacerle tomar medidas de rigor contra los establecimientos religiosos de nuestras colonias: «El anticlericalismo no es un artículo de exportación».

Finalmente, derrotado en la Cámara es obligado a refirarse, presa de toda una campaña de difamación mordaz, de la masonería. Pero él sigue siendo combativo y por ello, se le encontrará poco después de su caída, en 1882, «suicidado» en su propiedad particular.

Socialista ortodoxo y masón, Alexandre Millerand llega a ministro de Obras Públicas en el Gobierno de Waldeck-Rousseau (1899-1902), y gracias a su habilidad, el departamento recibe un feliz impulso. Este ministerio «de Defensa Republicana», desbordado por las elecciones radical-socialistas de 1902, da su dimisión, siendo sustituido por el fanático Combes. Millerand votará regularmente al principio por este demagogo. Pero en 1904, cuando se denuncia el escándalo de las fichas, no puede dominar su indignación y sube a la tribuna y declara que este régimen de delación «es el más abyecto que Francia jamás ha soportado». Las palabras valerosas de este republicano militante tienen una resonancia considerable y se puede decir que es gracias a él por lo que el sectario Combes será derrotado.

Acusado ante sus hermanos de logia, el 15 de febrero de este mismo año, 1905, Millerand es excluido de la masonería, convirtiéndose en objeto de odio de la secta. No obstante será reelegido por sus electores, ya que la presión de las logias es menos sensible en París que en provincias.

Sin embargo, ningún Presidente del Consejo se atreve a ofrecerle una Cartera. Las graves amenazas exteriores de 1912 hacen que la masonería no se oponga abiertamente al gran ministerio que forma Poincaré, donde Millerand es ministro de la Guerra, que triunfa en sus funciones y se hace popular en el Ejército. La masonería, que no retrocede nunca, realiza una violenta campaña contra él en la Prensa de izquierdas y logra eliminarle al cabo de quince meses. Volverá de nuevo al ministerio de la Guerra en agosto de 1914, aunque será nuevamente apartado en 1915.

Presidente de la República en el momento de las desastrosas elecciones de mayo de 1924, se verá en la imposibilidad de formar un Gobierno. Los jefes del Cartel han recibido la orden de impedir cualquier relación con él. Una campaña desencadenada por «Le Quotidien», órgano casi oficial de la masonería, obligará muy pronto a Alexandre Millerand a abandonar el Eliseo.

Estos textos y estos hechos explican por qué el parlamentario afiliado a una logia masónica, a un partido enfeudado al Gran Oriente o a una Asociación paramasónica cesa de ser, en el 95 por 100 de los casos, y algunas veces incluso sin darse cuenta, un hombre libre y el representante de sus electores, para convertirse en el servidor celoso de la francmasonería internacional.



Elegancia masculina
en el gran
Departamento de
Caballeros de...

GALERIAS PRECIADOS

NOVENTA AÑOS DE UNA VIDA FECUNDA



CON LA ILUSION DE UN JOVEN, EL PROFESOR BERRUETA SE PRESENTA AL PREMIO MENDORCA DE ESTE AÑO

"MI MADRE ME ENSEÑO A ENCONTRAR EL ALMA DE LAS COSAS"

CON la vieja Salamanca proyectada al fondo es como mejor puede comprenderse el clasicismo de don Juan Domínguez Berrueta. Y más que clasicismo sería justo decir misticismo, porque el ilustre profesor salmantino parece un místico del XVI trasplantado a nuestros días. Un hombre, sin embargo, al que a pesar de su longevidad comprenden perfectamente los jóvenes. Así no es extraño que estudiantes extranjeros que vienen a la Universidad traten de verle:

—Queremos ver al profesor Berrueta.

—Queremos conocer al filósofo de Salamanca.

Pero no solamente son los jóvenes con afán de sapiencia quienes van a verle. Hombres sabios suben también los dos pisos de su casa. Un día fue Karl Vossler quien llamó a su puerta, llevando en la mano un ejemplar de su libro «Algunos caracteres de la cultura española», dedicado a don Juan. Otro día fue

Magnus Groenvol, traductor del «Quijote» al danés, quien le fue a conocer. Con él, don Juan paseó por su ciudad explicándole la Salamanca histórica. Groenvol dijo después de leer las obras del profesor Berrueta:

«Es posible que con la pátina

de los años ocupe un lugar al lado de los clásicos españoles, con los cuales armoniza.»

Y es que la obra de este hombre tiene una gran repercusión en el exterior.

Don Juan es una institución en la ciudad, y tan popular que

Con la ciudad al fondo, el profesor medita y pasea



en esta tarde en que yo voy por el Corrillo abajo y pregunto por él, cualquiera sabe enseñarme el camino de su casa:

—Vaya usted por la calle de Varillas y al fondo encontrará la de Ramos del Manzano, donde vive don Juan...

Don Juan, don Juan, siempre don Juan, como si su nombre y su persona estuvieran ahincados en la vida misma de la ciudad, enraizado en salmantinismo fervoroso, ese salmantinismo que le hizo hallar el espíritu de las viejas piedras de los monumentos, las voces de siglos que parecen oírse por las tortuosas callecitas de la ciudad docente y que él supo plasmar magistralmente en su «Guía sentimental de Salamanca», que a mí se me antoja como un gran reportaje de una prosa actual y poética.

Cada día con sus noventa años a cuestas, los cumple el 12 de julio, que no le impiden para nada ser un anciano derecho y ágil. Salamanca lo ve por sus calles. Un recorrido por las librerías y luego a Regio, uno de los muchos cafés que se asoman a la impresionante y geométrica arquitectura de al Plaza Mayor. Después, un paseo. Antes llegaba hasta el Puente Romano, pero en este invierno, que fué tan crudo, sólo se atrevió a llegar a las Ursulas, frente al Campo de San Francisco, donde el profesor Berrueta pasea un rato todos los días. Y al fin subirá las escaleras de su casa casi corriendo, porque no ha tenido jamás ni una enfermedad ni un achaque. Se licenció a los veinte años, en lo que entonces se llamaba Físicquímica. Después se doctoró en Madrid, y, con el intervalo de un solo año ejerciendo en el Instituto de San Sebastián, estos noventa años de su vida los ha vivido en Salamanca. Cincuenta años en el Instituto dando clases de Ciencias cuando su vocación era la Filosofía. Pero nadie le conoció nunca que al profesor Berrueta no le ilusionaran las ciencias... Y que las estudió sólo por dar gusto a sus padres. Al contrario. Su dedicación a su cátedra era completa. Les hacía razonar a sus alumnos, y éstos donosamente le llamaban el «profesor de los porqués». Pero de esto hace ya muchos años, tantos, que se han sucedido varias generaciones. Ahora, cuando el profesor

está sentado en el café, cualquier hombre joven o maduro se acerca a él y le dice:

—¿No se acuerda de mí, don Juan? He sido discípulo suyo.

**YO TENGO
ILUSION
POR TODO
EN LA VIDA**

La casa del filósofo está en ese punto de transición donde las viejas calles se van a fundir con la moderna Gran Vía en construcción. Pero si esta parte nueva hubiera llegado hasta su casa, don Juan sufriría terriblemente, como sufre cada vez que algo se moderniza en Salamanca. El piensa que debía de haber ciudades como Museos y que se las dejara intactas, intocables. Este amor al suelo que le vio nacer, la ciudad se lo ha devuelto, dando su nombre a una calle y concediéndole la Medalla de Plata de Salamanca.

Cuando yo atravieso hoy la sala y el comedor de estampa finisecular y llegó al gabinete de trabajo de don Juan, me parece como si ya él me esperara. Todo en este hombre anciano es de una cortés cordialidad a veces ceremoniosa y a veces casi paternal. Es pulcro, casi atildado, y de estatura breve. Y a su alrededor todo parece obrar medida y refinada estética. Dan deseos de decirle maestro o profesor, pero en lugar de esto, cuando le saludamos le decimos simplemente don Juan, como si fuésemos uno más de sus convencidos.

Sobre la mesa, libros, papeles, todo un material de trabajo. El sigue mi mirada y me explica:

—Son notas, solamente notas.



Don Juan, con su primera nieta, en agosto de 1944

No hago jamás fichas. Esto me parecería como mecanizar la inspiración.

La palabra inspiración me ha sonado a juventud y le pregunto:

—¿Cree usted en la inspiración?

—¡Ah! Desde luego. Mire usted, a mí me inspira un pequeño arbusto que siempre tengo sobre mi mesa. Es una planta exótica, un cinamomo. Hace treinta años me lo regalaron, y desde entonces el cinamomo está sobre mi mesa. Su perfume y el tocar sus hojas me ayuda a escribir.

—¿Y ahora dónde está?

—No es su época. Cada año, al llegar octubre, mi cinamomo muere. Mis hijas recogen la semilla y la plantan nuevamente. Ahora, en mayo, volverá a rebrotar, y ya durante todos estos meses será mi compañero de trabajo. Yo creo que escribo mejor entonces. ¿Y sabe usted que una hija de Job se llamaba Cinamomo? Es bonito esto, ¿verdad? Un día, hace poco, vino una extranjera. Dijo que quería conocer mi cinamomo. Estuvo ahí sentada, donde está usted ahora, y lo acarició, diciendo que era delicioso. Todas estas cosas son bellas en la vida.

—¿Entonces a usted le ilusionan las cosas aún?

—Pues, claro. Igual que cuando tenía cuarenta años. El espí-

El profesor Domínguez Berrueta, por las calles de Salamanca





En un rincón de su casa, con los libros preferidos

ritu no decae, créame usted. El interesarnos por todo es lo que nos hace ser jóvenes. Un día, el vicerrector del Colegio de los Irlandeses, que ahora es obispo de Gibraltar, me dijo estas palabras: «Yo creo, don Juan, que usted se conserva tan joven y con esa capacidad de trabajo porque le ilusionan aún todas las cosas.» Y ésta es la verdad. En eso consiste el secreto.

—¿Y escribe usted todos los días?

—Sí... sí... En una cosa u otra escribo desde las nueve de la mañana hasta las doce que salgo.

—¿Solo?

—Sí, siempre solo. No preciso todavía ayuda. Me puedo valer bien. Pues, como le decía, preparo mis artículos por la mañana. Muchas veces los pienso en el café y luego, por la tarde, los escribo. Desde las cinco hasta las once, que me acuerdo, trabajo. Desde hace diez años escribo sin interrupción en los periódicos. Durante seis años he escrito en «Ya». Ahora llevo cuatro escribiendo en «La Vanguardia», de Barcelona.

—¿Encuentra el tema con facilidad?

—Pues, sí; pero cuido mucho estos artículos.

Y hay toda una sencillez franciscana cuando cruza las manos y baja la cabeza para decir:

—Sabe usted, Galinsoga, el director de «La Vanguardia», es muy buen estilista, y yo procuro darle gusto trabajando cuidadosamente mis escritos. Ayer mandé uno sobre Menéndez y Pelayo. Hace unos días otro que titulé «Filosofía del vuelo de los vencejos».

Luego, don Juan sonríe con sonrisa cómplice, como si no se atreviera a hacer la confidencia. Al sonreír, su barbilla fina se le alarga, se estiliza, dándole faz de caballero de El Greco. Esta fina barbilla de don Juan le hizo decir a un poeta local:

«Pupilas de noche mística,
don Juan de barba de plata»...

Al fin, me dice:

—En estos últimos meses he trabajado mucho en una biografía

de Isabel la Católica. La voy a presentar al Premio «Menorca», que este año es para biografías. ¿Si viera usted cuánto me ilusiona esto! También la he trabajado mucho. Figúrese que yo tengo más suerte que otros. Yo estoy en este rincón de esta Salamanca eterna y tengo a mi disposición esos 150.000 volúmenes de la biblioteca de la Universidad.

—¿Cuántos libros ha escrito usted?

—Pues, dieciséis. Pero todos desde que me jubilé. Lo hice antes del tiempo reglamentario. Fue cuando la República. Pusieron a los muchachos y a las chicas juntos; coeducación creo que llamaban a aquello, y yo no pude resistir tal barahunda. Las muchachas no ponían atención ninguna y me vine a mi casa, gozoso, porque así ya me podía dedicar a las letras. Esta era mi ilusión de siempre. Antes sólo había hecho periodismo, accidentado periodismo, en «El Lábaro». Este periódico lo dirigía el ilustre agustino que fue obispo de Salamanca padre Cámara. Imagínese usted si tal diario sería ortodoxo; pues bien, enfrente de nosotros teníamos a los integristas, cuyo presidente era don Enrique Gil Robles. Ellos querían ser más papistas que el Papa y nos tachaban a nosotros de liberales y heterodoxos. Había que contestarles todos los días. Era tremendo. El único liberal aquí era Unamuno, que escribía en «El Sol», de Madrid.

—¿Cómo se llevaba usted con don Miguel?

—Muy bien. Yo decía en amistad tolerante, a pesar de ser diametralmente opuesto. Desde luego, ya en sus últimos años estábamos más apartados. Pero nunca enemigos. La portada de la primera edición de mi «Guía sentimental de Salamanca» me la dibujó él. Esto no lo hizo con nadie.

YO RECIBI UN GRAN
CONSUELO EL DIA QUE
BERGSON SE CON-
VIRTIO

En un estante pequeñito y bajo que hay junto al sillón de don Juan se ven «Las moradas».

—Desde que encontré en la ted a estudiar nuestros místicos?

—¿Desde cuándo se dedicó a la Universidad la matrícula de San Juan de la Cruz. El Santo estudió aquí mística durante cuatro años. Pero mientras no se encontrara su matrícula podía ser sólo una fábula su permanencia aquí. Yo me dediqué con toda ilusión a buscarla. Fueron días enteros, y, al fin, la alegría de encontrarla. Esa ha sido la mayor alegría de mi vida. Cuando la encontré me tuve que ir a mi casa. Tenía una jaqueca enorme del esfuerzo. Pero nunca olvidaré aquel día. Después ya leí a los místicos sin descanso. Santa Teresa es mi pasión.

—¿Cree usted que para hablar de filosofía española hay que contar con los místicos?

Se le animan los ojos en auténticos destellos de juventud.

—¡Ah! Desde luego. Bergson se lo dijo a García Morente cuando éste le dijo que en España no habíamos tenido grandes filósofos. Entonces Henri Bergson le contestó: «Pues, ¿y los místicos? Ustedes los españoles han tenido a los místicos.»

—Usted admiraba mucho a Bergson, ¿verdad?

—Mucho, muchísimo, y tenía el presentimiento de que aquel gran espíritu habría, al fin, de entrar en la Iglesia de Cristo. Cuando supe su conversión fue para mí un gran descanso, un enorme consuelo.

Bergson conoció a Santa Teresa por una biografía mía de la Santa en colaboración con Jacques Chevalier. Pues, sí, Bergson me dolía y me preocupaba hondamente antes de su conversión.

Y don Juan se queda un momento como meditabundo. Después me mira con una mirada que parece taladrar el alma, y despacio me va contando:

—También me pasaba esto con Ortega y Gasset. Durante mucho tiempo yo le escribí planteándole problemas fundamentales del fin del hombre.

—¿Y él contestaba a todo esto?

—Sí.

—¿Puedo leer alguna carta, don Juan?—le pido.

Y hay un desempolvacar carpetas. Cartas autógrafas de Mistral de Papini, con su letra grande y desordenada; las de don José Ortega y Gasset son de letra pequeña, apretada, casi una letra párvula.

Y unas líneas en las que dice: «Mis escritos son a veces sólo la expresión de un alma dolorida.»

Y luego:

«Usted, hermano mío, con su criterio y con el mío. Vamos, pues, a ver cómo nos entendemos». Y más abajo leemos: «No me he enojado porque me diga usted que pertenezco al alma de la Iglesia». Y en otra, ya en la despedida, estas palabras: «Si usted tiene tiempo libre le agradeceré que me siga escribiendo sobre estos problemas espirituales».

Don Juan, muy bajito, me va contando:

—A mí me han pasado dos cosas asombrosas que rayan en lo sobrenatural. Un día tenía yo una gran tribulación y me fui a rezarle a una imagen de la Virgen que

hay en el trascoro de la catedral. Y, de pronto, tal era mi angustia, que se me ocurrió pedirle una señal de que al fin todo se resolvería.

—¿Y qué pasó?

—Yo vi claramente que la Virgen cerró durante un rato los ojos y después los volvió a abrir. Era su señal y el asunto se me resolvió inmediatamente. Pero hay más. ¿Usted sabe quién era el padre Arintero?

—Sí.

—Se le va a hacer el proceso de beatificación, según creo. Pues bien el padre Arintero y yo éramos muy amigos. Nos licenciarnos en Ciencias juntos aquí en la Universidad. Una vez tenía yo mucho interés en conocer una obrita titulada «52 matices del amor divino», escrita por el religioso francés hermano Avrillón, y se me ocurrió ir al convento de los dominicos para preguntarle al padre Arintero que dónde podría encontrarla. Estaba el padre al final de un claustro y desde lejos me llamó casi con misterio. Me acerqué a él y sin decirme una palabra me alargó los «52 matices del amor divino». Me quedé sin poder preguntarle nada y con el libro temblando entre mis manos. Cuando me repuse de mi sorpresa él se había ido ya hacia su celda, según me dijeron. Después, días más tarde, no quise preguntarle nada. Ni él tampoco nada me aclaró. Preferí dejarlo todo en lo sobrenatural. Yo creo que lo era. Y este libro hizo mucho bien a mi alma. Una vez en la Universidad, en un curso sobre Mística española, yo conté esto en una conferencia mía. Y fué hermosísimo. Se oyó un murmullo de impresión. Estaban presentes intelectuales de todos los países y yo pude comprobar cómo estos hombres no rechazaban lo sobrenatural. Creían en ello.

Nos hemos quedado graves, Don Juan es el primero que reacciona y se levanta con pasos presurosos.

—Espere usted, voy a llamar a mis hijas, Angela y María Luisa. Quiero presentárselas. Me ha ganado usted. Yo soy muy poco franqueable, pero con usted he hablado mucho. Mis dos hijas y mi hijo soltero, Mariano, viven conmigo. Mi mujer murió hace seis años. Tengo otros dos hijos más, pero casados. Uno es juez en León y el otro, Juan, está de profesor adjunto en la Facultad de Derecho. Yo me casé tarde. Por eso en vez de bisnetos tengo sólo nietos.

Y yo pienso que para el amor siempre es buen tiempo cuando es verdadero.

Habla con fluidez, con vivacidad, cuando no se trata de cosas profundas. Y cuando es de temas de altura he podido conversar con él con más capacidad que con hombres jóvenes. No es un hombre caduco don Juan a sus noventa años, pero quisiera verle exaltarse:

—Siempre es usted un hombre pacífico.

—He dejado de serlo muy pocas veces en mi vida. Una de ellas cuando Costa dijo aquella tremenda frase de que había que



Placa de la calle de Salamanca dedicada al ilustre profesor

echarle siete llaves al sepulcro del Cid.

—¿Y después nunca más?

—No recuerdo muchas. Entre ellas, una vez que a pesar de apreciar a Giménez Caballero le refuté un artículo suyo en que él defendía a la generación del 98. Para mí eran unos europeizantes que despreciaban todo el pasado de España. Hasta sus poetas cantaban el paisaje de la Patria tergiversándolo y dándonos la versión de una España yerma y desolada. En cambio, frente a ellos encontramos a Gabriel y Galán con su fresca y jugosa poesía sin amargura alguna. Yo creo que a Gabriel y Galán no se le apreciaba como se merece.

MI MADRE ME ENSEÑO A ENCONTRAR EL ALMA DE LAS COSAS

La camilla está junto al balcón. El único paisaje que se divisa desde aquí son los tejados de las calles más bajas, enrojecidos y brillantados por la lluvia.

El profesor parece comprender mi pensamiento.

—Yo me siento aquí por la luz. Tengo astigmatismo, pero no pierdo vista con los años. Siempre tengo la misma. En cuanto a



Don Juan Domínguez Berrueta, en su juventud

esos tejados, no me deforman mi visión interior. Yo soy muy soñador. Siempre lo fui. He heredado esto de mi madre, que era muy



El profesor Domínguez Berrueta, en «Mozarbitos», el día 5 de mayo de 1940

sensible y muy romántica. Ella me enseñó a buscar el alma de las cosas. Nos imbuía fantasía a mis hermanos y a mí, y esto yo creo que es muy necesario para elevarse sobre la materialidad del cotidiano vivir. Era admirable mi madre. No era una mujer corriente; por eso dedico a su memoria mi «Guía sentimental»; ella me enseñó a soñar. Recuerdo que el gallo que hay en la veleta de la catedral llegó a ser para nosotros un animal fabuloso y sapiente. Ella nos explicaba: «Mirad, hijos, el gallo anuncia agua, el gallo anuncia s...». Y, claro, nunca se equivocaba, porque ella sabía que si la veleta miraba al río traía agua, o si miraba al naciente era buen tiempo. Todas las cosas de nuestra ciudad nos las adornaba ella con su imaginación.

—¿Y desde entonces amó usted tanto a Salamanca?

—Sí, pero no la sabía valorar bien. Fue necesario que estuviera un año destinado en San Sebastián, que era una ciudad moderna y cosmopolita, para que sintiera la nostalgia de las viejas cosas. Cuando volví fué cuando me dediqué a buscar el espíritu de Salamanca. Era como si la fuera redescubriendo.

—¿Y el campo le sugiere también sentimientos?

—Yo soy un apasionado del campo.

Siempre este hombre anciano habla de pasión, de ensueños de ilusión. Pero la voz de don Juan sigue matizando las palabras:

—Mis amigos que tenían fincas venían a buscarme para llevarme a ellas. Fueron mis únicos días de asueto; de cuándo en cuándo un día frente a la serenidad y silencio del campo.

Me vuelvo hacia una fotografía en que tras un fondo de encinas se ve al profesor:

—¿Y ésa?—pregunto.

—Ahí estaba yo en la finca «Mazaritosa» del catedrático Barroso. El me llevó en su coche. Disfruté mucho.

AHORA LA UNIVERSIDAD HA RECOBRADO SU BRILLANTEZ

—¿Da usted conferencias aún, don Juan?

—Sí, algunas suelo dar en la Universidad, pero nunca improvisando, sino leyendo unas cuartillas. Yo creo que así resulta menos enfático. Porque yo, sabe usted, soy un hombre muy humilde. Leo mis discursos con pisa. Cuando termino me voy inmediatamente. Me quito de en medio. No soy ególatra. Ni tampoco conversador. Por eso, cuando voy al café diariamente, nunca he querido tener tertulia. Yo pienso que el hombre no puede desperdiciar su tiempo en conversar y conversar siempre. Creo que uno de los mayores defectos de las generaciones actuales es que se disipan, se exteriorizan constantemente. A mí me enamora la sencillez, el silencio.

—¿Ha conocido usted épocas brillantes en la Universidad?

—Ahora precisamente es una de ellas. Ha recobrado su prestigio. Cuando la celebración de las fiestas conmemorativas fueron unos días de esplendor inigualables.

Acudieron sabios de todos los países. Era emocionante.

Me fijo en una orla:

—¿Está usted ahí?

—No, ésa es la de mi mujer.

—¿Entonces su mujer...?

—Sí, era doctora en Filosofía y Letras. Ella y doña María Goyri, la mujer de Menéndez Pidal fueron las dos únicas que estudiaron en aquella época en España. Mire la fecha: 1890.

Una muchacha de fino rostro entre muchos hombres.

Cuatro retratos de los catedráticos en la orla. Uno de ellos es don Marcelino Menéndez y Pelayo.

—Esta es la mía—me dice—. Mire, aquí está también el padre Arintero.

Sí, allí están juntos dos hombres jóvenes que han terminado Ciencias. Uno seglar y el otro religioso, y entre ellos una trayectoria indescifrable, un oculto designio. Y revivo la escena del claustro dominicano, Berrueta, el hombre contagiado de esas divinas locuras de mística y de ascética, queriendo hallar infinitas formas de amar a Dios. Y el padre Arintero tendiéndole el libro que él buscaba. Y yo hoy en medio de los dos, haciéndome tangible la fe.

Un cuadro pequeño de marco barroco llama mi atención.

—¿Tiene algún significado este cuadro de Paulo IV?

—Sí, ciertamente. Mi mujer era descendiente de él. Su apellido era italiano, Caffarra. Angela Caffarra.

—Don Juan, y ahora ¿qué le preocupa?

—Pues las procesiones de Semana Santa. Querían aquí cambiarles el horario y el de siempre era perfecto. Pero yo creo que al fin lo van a dejar como estaba. Saldrá el Santo Entierro como siempre, por la tarde, y yo podré asistir a ella. Lo hice toda mi vida. Y, en cambio, si salía por la noche, yo no sé si a mis años me hubiera atrevido con el frío de la madrugada.

En este punto han entrado sus dos hijas. Son una parecida al padre y la otra a la madre. Eufivas, de una simpatía extrema. Miran a su padre, gacetas de verle interesarse por todo:

—¿Ha visto usted? Estaba nervioso con la procesión del Virrey Santo. Pone en todo más entusiasmo que los jóvenes. Desde luego, a él le afectan las cosas más que a nosotras.

EL EXTRAÑO FINAL DE UNA ENTREVISTA

Cuando me fui me llevé la promesa de don Juan:

—Como tiene usted empeño en ver mi paseo, mañana, de doce a doce y media estaré en la arboleda de las Ursulas.

Pero el día siguiente trajo una mañana fría, que azotaba la ciudad con un viento fuerte. A pe-

sar de esto yo no quise dejar de ir a las Ursulas, aunque sin la esperanza de que con aquel tiempo el profesor acudiera. Pero a la hora justa él me cumplió la cita. Llegó con su sombrero y su abrigo negro, impecable, firme como un cedro.

—¡Qué frío, don Juan! No debió venir.

—Pues no hace mucho, creo yo. Es pasable la mañana.

Y anduvimos por esta tierra blanda y húmeda con la lluvia reciente. Cuando pienso en sus noventa años, creo que estoy obligada a ofrecerle el apoyo de mi brazo. Pero no lo hago porque veo que los pasos de don Juan no son vacilantes, sino seguros.

Estamos en la parte vi. ja. S. ven las cúpulas de la Clerecía y de las Agustinas. Más cerca, las cresterías del palacio de Monterrey. A la derecha, el impresionante ábside del convento de las Ursulas. Al fondo, el Campo de San Francisco con sus altos cipreses. Al lado mismo de él está la calle que lleva el nombre del profesor. Frente a nosotros, una callejita con casas blasonadas.

—Mire, esa es la Casa de las Muertes, que tenía una leyenda de aparecidos y nadie quería habitar. La que está a su mismo lado es donde vivía Unamuno.

Y luego, lo imprevisto. Andando, andando, hemos llegado a la capilla de la Vera Cruz. El aire casi nos tira, y don Juan propone:

—¿Lleva usted velo en el bolso?

—Sí.

—¿Quiere que entremos? Yo hago una visita diaria al Santísimo Sacramento en las Esclavas de la calle del Azafranal; pero hoy, como se está poniendo tan mal el día, quizá no pueda salir luego...

Y entramos. En esta capilla hay exposición permanente, y dos monjas de albo habitan la capilla con una inmovilidad de estatuas. La capilla es pequeña y hay poca gente por lo que todo invita al recogimiento. El profesor inicia el rezo de la Estación al Santísimo. Yo mueto muy bajo las palabras de respuesta, porque estoy sobrecogida de emoción.

Cuando salimos, el aire se lleva mi velo. Y no puedo recuperarlo. ¿Pero qué importa eso? No importa nada frente a tantas cosas trascendentales.

Luego ya nos sumergimos en las calles del barrio catedralicio. Pasan seminaristas con sus becas encarnadas o azules, pasan extranjeros del curso de Filología Hispánica, pasan estudiantes de todas las disciplinas. Don Juan se cruza con ellos; es uno más entre todos, porque este no es un paseo, pequeño, pero erguido, lleva dentro de él un espíritu de veinte años.

Blanca ESPINAR
(Enviado especial)

VICENTE ALEIXANDRE
publica un nuevo poema titulado

AMOR SUCESIVO

en el número 50 de
POESIA ESPAÑOLA

DESPUES DE ONCE AÑOS EN ZONA RUSA

EL NIÑO MANUEL MACARRO THIERBACH REGRESA A ESPAÑA



ODISEA DE UN MATRIMONIO QUE PERDIO A SU HIJO EN LA ALEMANIA ORIENTAL

¿QUE va a pasar ahora?», «¿Qué va a pasar?» En junio de 1945, los habitantes de la pequeña ciudad alemana de Halle Saale se hacen esta pregunta. El Ejército soviético acaba de ocupar la ciudad. Las fuerzas rusas invaden a pie y motorizadas todos los sectores de la ciudad. Un silencio denso de desconfianza envuelve las calles y las casas. La dulce ciudad de las infancias de Haendel y Bach ofrece un aspecto gris y desolado.

En una de las casitas de la ciudad, el español Manuel Macarro y su esposa, Elly Thierbach, se hacen también la misma ansiosa pregunta: «¿Qué va a pasar ahora?» Tras los cristales, allá en la calle, pasan y repasan pesados tanques, «jeeps» americanos, que abandonan la ciudad. ¿Qué va a pasar? El matrimonio tiene un hijo, un niño de pocos meses, un niño al que han bautizado católicamente en la pequeña iglesia de Santa Isabel, donde ellos se habían casado en el año 1944. El matrimonio está angustiado. Durante los meses de dominación norteamericana ellos no se han recatado de sus ideas nacionalsindicalistas. En una de las ahumadas paredes de su domicilio tienen, incluso, colgado un retrato del Generalísimo Franco. Los días del temor, de la angustia, comienzan. El gran interrogante se abre ante este humilde y trabajador matrimonio. Un interrogante que no se ha cerrado definitivamente hasta ahora, al cabo de once años, cuando su hijo, perdido y separado de ellos en zona rusa, viene, al fin, por mar, camino de España.

VISPERAS DE LA LLEGADA

Son alegres las cretonas azules del domicilio de Manuel Macarro. Alegres y acogedoras. Como lo es Elly, su mujer. El matrimonio es joven y animoso. Sencillamente, nos van contando una historia tremenda: el hijo va



La ciudad alemana de Halle Ale, donde contrajo matrimonio Manuel Macarro. En la otra fotografía se ve al pequeño en brazos de su madre



a venir. El hijo perdido, de pocos meses, en la zona oriental alemana. El pequeño Manuel Macarro Thierbach.

—Fígurese, fígurese cómo estamos...

Nerviosos. Azorados. Aún no creen en la ventura de que van a recuperar al hijo que se quedó enfermo, en una clínica de Halle Saale, hace más de diez años.

—¿Cómo vamos a creerlo! Hasta que no le abracemos...

Elly, la dulce y rubia alemana, mueve negativamente la cabeza, temerosa aún de su felicidad.

—Ni comemos, ni dormimos, créame...—dice el padre—, pensando en su llegada.

Para el periodista es difícil conocer todo el tremendo intríngulis de la historia. Aquella historia que empezaba en Halle Saale, en junio de 1945.

—¿Cómo había llegado usted a Alemania, señor Macarro?

—Como productor voluntario, para trabajar en una fábrica. En España había participado en la guerra de Liberación. Cuando me incorporé voluntario a Falange al principio de la Cruzada tenía solamente diecisiete años. Fui destinado al frente, y me hirieron. Una vez acabada nuestra guerra quise marchar voluntario con la División Azul, pero no me fue posible.

Manuel Macarro nos enseña su mano mutilada.

—No me aceptaron. Entonces decidí ir con una expedición de productores voluntarios. Allí conocí a Elly...

Se casaron muy poco tiempo después.

LA PRIMERA FUGA DEL CAMPO DE CONCENTRACION

Las voces del matrimonio Macarro se cruzan, se envuelven. Hablan los dos a la vez. Porque los dos quieren explicar el drama del que han sido protagonistas durante años.

—Ya le decía a usted. Cuando entraron los rusos en Halle Saale tuvimos miedo. Presentimientos.

No fallaron. Elly Thierbach cuenta esta parte de la historia. Esta parte en la que ellos sufren la denuncia de unos españoles republicanos. Se les acusa de simpatizantes del Gobierno de Franco y de haber tenido en su casa la efígie del Caudillo.

—Ya ve usted; ni siquiera lo pudimos negar. Se notaba perfectamente, en la pared ahumada, el recuadrado blanco en el cual había estado el retrato.

Se los llevaron. Ella, que había trabajado y sido herida por los rusos en su servicio como telegrafista, está también acusada. El niño va con ella, lo sujeta en sus brazos. Es un niño débil, que está enfermo. Un niño que no quiere tomar ningún alimento. A los padres, en aquellos mo-



Esta es la enfermera alemana que atendió durante tantos años al pequeño

mentos, la mayor ansia es la vida del niño.

—Así llegamos al campo de concentración de Leipzig.

—¿Mucho tiempo allí?

—No mucho. Nos escapamos.

Uno no tiene más remedio que abrir los ojos a la sorpresa ante c o n testaciones tan rotundas y sencillas. Queremos preguntar todas esas cosas lógicas. ¿Cómo? ¿Cuándo?... ¿Es posible escaparse así, por las buenas, de un campo de concentración ruso con una mujer y un niño enfermo?

—Sí, sí lo fué. Nos tenían dentro de un caserón. El centinela pasaba ante la puerta, hacia arriba y hacia abajo. El recorrido que hacia era largo.

—¿Entonces?

—E n t o n c e s, simplemente, salimos por la puerta. Mientras él caminaba de espaldas a nosotros hacia arriba, nosotros caminábamos hacia abajo. Torcimos la esquina..., y vuelta a Halle Saale.

«PUEDEN USTEDES BESAR AL NIÑO»

Pero el niño seguía cada vez

peor. Se hace necesario arriesgarse por él. Los padres llevan al pequeño a una clínica. Lo internan. Al pequeño le tienen que inyectar azúcar de uva en la cabeza. Su curación era un problema.

—Le vimos muy poco ya.

En la última visita les dejan besar al hijo. Una verdadera excepción.

—Las enfermeras debían haberse enterado de que nos estaban esperando. A los niños, normalmente, no los dejaban ver sino entre cristales. Esta vez, a nosotros nos dejaron pasar a besarlo.

«Pueden ustedes besar al niño.»

A la salida de la clínica esperaban unos soldados rusos.

EN JAULAS, A TRAVES DE BELGICA Y HOLANDA

La larga peregrinación comienza. De Halle Saale a Spandau, de Spandau a Luckenwalde. Después por rutas belgas y holandesas, son transportados en jaulas de las que se utilizan para transportar ganado hasta París.

Los condenados eran muchos, muchísimos. Entre rejas, alambradas o paredones eran miles de caras las que continuamente aparecían y se borraban. Y mientras tanto, en la memoria del matrimonio Macarro, la imagen del niño enfermo en la clínica de Halle Saale.

En las noches en las que el matrimonio, junto con otros muchos prisioneros, van lenta, interminablemente atravesando Bélgica y Holanda, la nostalgia crece y crece. Una noche ella, Elly, no pudo más y canta. Canta por y para su hijo aquella bella canción alemana en la que se habla de un niño enamorado de los caballos, un niño que por dos veces renuncia a un caballo de mazapán y de cartón, un niño que tampoco de mayor quiere esos caballos tétricos que se llevan a su madre muerta.

Lloraban las madres. Lloraban los niños los viejos, los hombres, todos, todos lloraban la patria que se quedaba atrás tan prisionera como ellos, los hijos, los familiaresidos, la paz deshecha. Ellos, como el pequeño de la canción, tampoco querían, al crecer, el triste caballo negro de su suerte.

En las inmensas jaulas, hacinados como animales, pasaban los días y las noches, el frío y el calor, las inclemencias del tiempo. Así hasta que llegan a París.

«ES AQUI... ES AQUI...»

En París la cosa fué peor, si cabe.

Manuel Macarro es un hombre de ojos buenos, ingenuos. No parpadea al recordar. A veces sus recuerdos y los de su mujer se atropellan. Hasta que ponen en orden fechas y acontecimientos. «Primero, esto..., ¿te acuerdas? Luego..., sí, sí, es verdad... ocurrió...»

En el caserón que era la cárcel de París separan al matrimonio, como ya había ocurrido otras veces. En medio de la no-



La fotografía de boda del matrimonio Macarro

che Manuel, que descubre su calabozo abierto por un descuido, corre al calabozo de su mujer para llevársela al suyo.

—¡Estaba tan enferma!...

Tan enferma que cuando sus guardianes descubren a los dos juntos en el calabozo y la emprenden a culatazos con ambos, ella ni se despierta ni abre los ojos.

—Ni se enteraba: quieta, quieta, como muerta.

—¿Cómo se hizo posible la liberación?

—Los mismos franceses nos ayudaron a escapar. Estaban asustados del rencor de los españoles republicanos en cuanto descubrieron a un compatriota prisionero que no era de sus ideas. A mí, en cuyoanto supieron por qué estaba prisionero, me hicieron la vida imposible. A culatazos de fusil me rompieron las muñecas.

—¿Y ya en la calle?

—Ya en la calle nos refugiáramos en la iglesia española de la rue Pompee. Allí estarán todavía nuestros nombres. Allí aquellos benditos padres nos dieron de comer, nos dieron cama y, sobre todo, nos orientaron. Un padre nos dijo que tuviésemos cuidado al ir al Consulado no fuera que nos confundiésemos.

—¿Salió bien la cosa?

—Muy bien. No me confundí. Cuando entré y vi los retratos de José Antonio y Franco salí a decirle a Elly: «Es aquí, es aquí...»

LAS PRIMERAS PESQUISAS

Y una vez en España, las indagaciones.

—Lo primero que hicimos fue intentar localizar al niño. Pasadas las alegrías del paso de frontera, una vez en mi pueblo natal, Fuente de Cantos, provincia de Badajoz, intenté saber algo del pequeño. Y escribí a nuestra Embajada en Bonn.

—¿Con resultados?

—Negativos. El embajador, cordialísimamente, me contestó que nada podía hacer sobre el asunto, ya que la ciudad de Halle Saale, donde se suponía se encontraba el niño, estaba incluida en la zona rusa alemana.

Y así, esperar y desesperar. Les ha nacido ya otra hija, otra niña morenita—el color de pelo que entusiasmo a la madre—, pero el recuerdo del otro hijo, el primero, también morenito, también gracioso, que había quedado abandonado en Rusia, pesaba siempre sobre el ánimo de los padres dolorosísimamente.

—¿Hicieron algo

—Rezar. Mientras no se pudo hacer nada materialmente, rezar.

Y me enseñan una estampa. Una descolorida, casi borrada estampa de Nuestra Señora del Carmen, con la que milagrosamente se salvó Manuel de una muerte cierta.

La señora Macarro nos lo cuenta.

—Le habían ya quitado todo, ropas y papeles, cuando él se negó a desprenderse de la estampa de la Virgen del Carmen. Entonces, milagrosamente, sonó el teléfono dando orden de que nos trasladasen de campo de concentración.



La madre traduce las cartas que ha recibido de la Alemania ocupada por los rusos

LA CARTA DE LA ENFERMERA

Esta es la misma estampa a la que ella pedía que intercediese para que Manolito no se perdiese definitivamente.

—Y hasta cuatro años más tarde no tuvimos una sola noticia cierta de que el niño viviese.

Un día llegó una carta procedente de la zona alemana occidental. Una carta que ellos guardan, como todas las que fueron

recibiendo más tarde, como verdadera joya.

—La carta es de una enfermera que había cuidado al niño durante mucho tiempo en la clínica donde nosotros le habíamos dejado enfermo.

—¿Cómo sabía sus señas?

—Esos detalles los suprimos, aunque no nos explicaba nada.

Sigue Elly con su fuerte acento alemán:

—Nosotros habíamos inscrito al niño con todos los detalles. Pro-



Esta es la hija pequeña de los Macarro, nacida en España



La familia, con nuestra redactora, en un momento de la entrevista

blemente nuestro domicilio en España, el pueblo de Manuel, lo supieran por una hermana mía que vive en Halle Saale.

Por la carta supieron muchas cosas. Lo principal fué que el niño vivía. La enfermera les enviaba una foto de ella misma con la criatura en brazos, en la época en que el niño había sido dado de alta.

—Imagínese lo que fué para nosotros...

—¿Continuaron las cartas?

—Sí. Ella nos dijo también que el niño se lo había entregado a la hermana de Elly y que vivía con ella.

Para comunicar con la hermana han venido siendo necesarios un sinnúmero de requisitos.

—Lo principal era escribir a esta enfermera. Ella rompía el sobre que nosotros enviábamos y metía la carta en otro que ella enviaba desde Alemania Occidental.

Elly intenta leernos algunas de estas cartas. Saca un fajo pequeño de ellas atado con una cinta azul. Las cartas han debido ser leídas muchas veces por los padres, según aparecen de comidas por bordes y dobles. Mientras la señora Macarro va traduciendo esas cartas vagas y misteriosas, escritas por alguien que vive al otro lado del «telón de acero», la niña, la hermanita del pequeño que viene a estas tierras, escucha atentamente.

MISTERIO FINAL

El paso definitivo para recuperar a su hijo lo vivió Manuel Macarro de repente. Desde los años 1949 y 1950 él había conti-

nuado con sus cartas y sus instancias a nuestra Embajada en Bonn y a la Cruz Roja Internacional, hace casi dos años que la repatriación parecía se iba a realizar con éxito. Pero fracasó.

—Mi cuñada tenía que haberse presentado con el niño en un lugar determinado para entregar a Manolito a las autoridades occidentales, junto con otro grupo de niños que debían de venir a España a reponerse.

Pero la cuñada no se presentó.

—¿Han sabido ustedes por qué?

—Nunca supimos la causa.

El paso definitivo del que hablábamos se dió en octubre del año pasado. De nuestra Embajada en Bonn reciben los señores de Macarro una carta en la que se les anuncia que de dicha Embajada ha sido enviado a nuestro cónsul en Frankfurt un documento en el que autoriza la entrada del pequeño en España caso de que se proceda a su repatriación.

—¿Tuvieron esperanzas?

—Las esperanzas nunca se perdieron. Pero, la verdad...

—¿Cuándo han sabido definitivamente que volvía?

—Uno de estos días por el comunicado de la Agencia Efe.

—¿No les ha dicho su hermana nada sobre todo este asunto?

—Nada.

La señora Macarro mueve negativamente la cabeza. Al fin dice, pensativa:

—Tengo miedo... En su última carta decía que no se encontraba bien... que se tenía que operar... Y desde entonces nada, nada...

En la última carta ella, la hermana, contaba un poco la vida de Manolito. La contaba impersonalmente a un supuesto señor o señora de no se sabe dónde.

—Así despistan a la censura.

Y en la carta Manolito es todo un colegial. En los fines de semana vive con su tía y la ayuda en todas las faenas caseras. Es muy inteligente y aprende con facilidad; sólo que «está siempre donde hay peleas».

—Sangre española—dice su padre.

—¿Y de su hermana?

—Nada desde entonces.

Hace casi dos años.

LOS HERMANOS MACARRO HARÁN JUNTOS LA PRIMERA COMUNIÓN

Mari-Carmen Macarro es la hija de este matrimonio humilde, con residencia en Tetuán de las Victorias, que son los Macarro. La niña se está quietecita en un rincón. Lee. Cuando afloja la conversación con los mayores levanta la cabeza y nos sonríe.

—Ven aquí, ¿quieres?

Y Viene dócil.

—¿Qué le vas a decir a tu hermanito cuando venga?

—No sé...

Interviene la madre.

—No sé cómo se van a entender. Ella sólo habla español, y el niño únicamente alemán.

Pero la pequeña entiende perfectamente a la madre, que la habla siempre en su idioma nativo.

—Me entiendo todo, pero son pocas las veces que contesta en alemán.

La pequeña sigue sonriendo. Por fin suscita sus secretos, sus estupendos secretos:

—Voy al colegio... aquí al lado... Y voy a hacer también la Primera Comunión.

Tanta es la ilusión de la chiquilla por hacer su Primera Comunión solemnemente «con vestido blanco», que la familia lleva un año ahorrando para poder darle dar este gusto. Cuando la niña se entera de que al fin venía ese hermanito de humo que ella ha venido teniendo desde que era chiquita y que ahora se hace de carne y hueso, cada vez más real, a medida que avanzan los días, ella ha pensado dos cosas: «Ahora me defenderá cuando juegue con mis amigas.» Y también: «¡Qué bien! Haremos la Primera Comunión juntos!»

La pequeña tiene los ojos inteligentes y vivos y aficiones de «médica». Y «médica» nos dice que quiere ser.

De Manolito no podemos saber todavía lo que querrá ser «de mayor». Pero dentro de muy poco, cuando desembarque en Países, él también hará proyectos para el futuro como su hermanita, al lado de sus padres, a los que no ha conocido.

Maria Jesús ECHEVARRIA
(Fotos de Mora.)

SUSCRIBASE A

“POESIA ESPAÑOLA”

UN PROCESO SENSACIONAL: EL ESCANDALO DE LAS "FUGAS MILITARES"



Jean MONS (50 años) Roger TURPIN (43 años) Roger LABRUSSE (42 a.) André BARANES (39 a.)

CINCO PRESIDENTES DEL CONSEJO, SIETE MINISTROS, UN MARISCAL, CUATRO GENERALES Y NUMEROSOS POLICIAS EN EL BANCO DE LOS TESTIGOS

CUATRO HOMBRES ANTE LOS JUECES

EE han acabado las declaraciones y los preliminares del proceso. La pequeña sala del cuartel de Reuilly, donde dieron comienzo, ha cerrado sus puertas. Ahora, el Tribunal Permanente del Ejército se reúne bajo los arcesonados del Juzgado del Sena. Los siete militares, al comenzar el juicio, miran hacia los altos techos y las pesadas tapicerías del fondo. El coronel Gordon, con sus cinco galones, las condecoraciones en el pecho, altas las cejas, no parece darse cuenta del ambiente de expectación que circula, como la pólvora encendida, entre los espectadores.

Una voz seca va leyendo con un tono frío y profesional los nombres de los acusados: «Baranes André, de treinta y nueve años, periodista, nacionalidad francesa, nacido en Constantina; Mons Jean, nacido en Argentat en 1906, antiguo residente general en Túnez, ex secretario general de la Defensa; Turpin Jean, nacido en 1912, administrador civil; Labrusse Roger, nacido en 1914, jefe del Servicio en el Comité de Defensa Nacional...»

Los cuatro hombres se sientan, teniendo detrás como fondo la cara inexpresiva de los policías. Se miran entre ellos un momen-



Un dibujo ante francés ha tomado estos apuntes de los generales Ely (izquierda) y Ganeval (derecha), durante el proceso de las «fugas militares», en el que han declarado como testigos

to; como las cámaras están prohibidas en la sala, los dibujantes, de los periódicos, ocupando los primeros puestos, comienzan a trazar, nerviosamente, en rápidos gestos que atraen la atención de los espectadores, el momento inicial. Cada uno de los acusados tiene su mundo aparte, aunque los dos años de interrogatorios y de incertidumbres se notan en sus ojos. Jean Turpin tiene una cara redonda, de nariz corta, grueso, con poco pelo. Jean Mons, el más conmovido, inclina la cabeza de forma que se ve sólo el cabello gris, cortado a cepillo, las gafas, los rasgos angulosos de la cara. Roger Labrusse parece un intelectual. Más nervioso que ninguno de los tres, se esfuerza en adoptar un aire tranquilo mirando hacia adelante fijamente. A su vez, Baranés, el principal acusado, mantiene la cabeza levantada, mirando hacia su izquierda, donde está sentado un grupo de periodistas. El mismo pertenece a la redacción de «Liberation» y debe conocerlos a todos.

Un oficial, en medio de un absoluto silencio, comienza a leer el acta de acusación: atentado contra la seguridad del Estado. Traición.

Así daba comienzo, el 8 de marzo, el sensacional proceso de las «fugas» de secretos militares. Un sinnúmero de personajes políticos están comprometidos en él.

HISTORIA RETROSPECTIVA DE LAS «FUGAS» DE SECRETOS MILITARES

En los momentos más dramáticos de la guerra de Indochina, en el mes de julio de 1953, el semanario izquierdista «France-Observateur» publicó un artículo

bajo este título: «Un combate dudoso...»

Claro que ese combate dudoso tenía una importancia extraordinaria, ya que en él se recogían con toda clase de detalles las conversaciones celebradas unos días antes en el Comité de Defensa Nacional. El asunto fué tan sensacional, que el mismo Presidente de la República, entonces el señor Auriol, intervino para ordenar las más severas medidas. Se abrió en principio una información. Los servicios de contraespionaje hicieron una revisión completa de las paredes y los techos buscando ocultos micrófonos, pero sin encontrar ningún dato importante.

A pesar de las medidas tomadas, en el mes de noviembre el mismo semanario volvía a dar, textualmente, un telegrama secreto de Massigli, embajador francés en Londres, en el que se daba cuenta del estado de la opinión pública inglesa con relación a la firma de los acuerdos de la C. E. D. Su publicación, como en el caso anterior, constituyó un escándalo, pero nada impidió que un año después, el 14, 15 y 26 de mayo y posteriormente el 28 de junio, volvieran a filtrarse los acuerdos tomados por el Departamento de Defensa Nacional, pero esta vez eran de importancia excepcional. No se trataba nada menos que de «fugas» relativas a las instalaciones de Dien-Bien-Phu y a la táctica del comandante del cuerpo expedicionario francés en Indochina. ¿Algo más? Se filtraron también noticias sobre la situación de las tropas después de Dien-Bien-Phu y todo lo referente a los planes militares sobre la retirada. Entre estos últimos estaba, naturalmente, un extenso informe del general Ely.

COMIENZA LA INVESTIGACION CON LA GUERRA DE LOS POLICIAS

Para que el «affaire» tenga todo el aire de una comedia bufonesca, el comienzo de la investigación es pintoresco. Era entonces ministro del Interior el republicano social Martinaud-Deplat. Las primeras medidas que toma son encargar a M. Baylot, prefecto superior de Policía, la dirección de la encuesta. Baylot, a su vez, nombra al comisario Dides, un oficial de la Policía dedicado a seguir muy de cerca las actividades del partido comunista, como jefe del equipo.

Así estaban las cosas cuando la guerra de los partidos, en plena Conferencia de Ginebra, hace caer el Gobierno de Laniel, y Pierre Mendes-France llega al Poder. A pesar de los sucesivos rumores que habían corrido en la Asamblea por determinadas «indiscreciones» de Mitterrand sobre las reuniones del Comité de Defensa Nacional, Pierre Mendes-France le nombra ministro del Interior.

En esas circunstancias, dueño del ministerio que tiene a su cargo la investigación, Mitterrand no tiene otro deseo que tomarse una revancha política. Los republicanos populares le habían acusado de traición. Ahora se trata de dar la vuelta a la tortilla. Da la impresión sincera y angustiosa de que a estos políticos lo que menos les importa es que los secretos militares divulgados hayan servido para causar la muerte a cientos de soldados franceses. Lo único que importa es la victoria de los bloques políticos. A esa tarea, sin más, se dedica Mitterrand.

Sus primeras medidas son, como es sabido, alterar la primacía de las policías. Martinaud-Deplat había encargado el asunto a la Prefectura de Policía. Ahora Mitterrand pasa el caso a la D. S. T. (Dirección de la Vigilancia del Territorio), que muestra una actividad desacostumbrada... sobre todo para hacer frente a las pruebas recogidas por la Prefectura. Prácticamente, París se divide en dos zonas de batalla. Una lucha secreta, dura e incansable se organiza, subterráneamente y ante la ingenuidad del honesto ciudadano, entre los dos clanes policíacos, que evidentemente no sirven sólo a la justicia, sino claramente al complejo sistema de los partidos. Entre sus actividades cabe muy bien hacer responsable a los otros. Puestas así las cosas, monsieur Bybot, director de la D. S. T., detiene en la calle, después de una lucha callejera, nada menos que al comisario Dides cuando salía éste de hacer una visita al ministro Christian Fouchet.

¿De qué se acusa al comisario Dides? Se encuentra en sus bolsillos un texto mecanografiado en el que se recogen los acuerdos de una de las últimas reuniones del Comité de Defensa. A la hora de las declaraciones, el comisario Dides manifiesta que sus «enlaces» le han facilitado el documento que había retenido hasta comprobar su veracidad. Precisamente su reunión con Christian Fouchet no tenía otro objeto que en-



El ex comisario Dides, durante un momento de su declaración



M. Lacoste, ex ministro de Asuntos Económicos y Financieros y Residente de Francia en Argelia, otro de los testigos llamados a declarar



Paul Ramadier, que sustituyó a Lacoste en el ministerio de Finanzas, también ha sido citado como testigo en el proceso de las «fugas»

señalarle el informe y comprobar con él si todo lo que se decía en él era exacto y digno de crédito. En el despacho del director de la D. S. T., el comisario Dides se niega a dar el nombre de su informador.

—No hace falta. Nosotros sabemos que es el periodista André Baranés, redactor de «Liberation». «Liberation» es un periódico de tendencia comunista.

La continuación de esta farsa policíaca es el alejamiento del comisario Dides. Le dan un cargo nuevo para que no siga el procedimiento de la investigación; pero éste, a pesar de todo, continúa su batalla desde una oficina anticomunista que está montada en un organismo no oficial.

DOBLE JUEGO DE LOS ESPIAS Y LOS POLI- CIAS

La detención de los periodistas del «France-Observateur» no conduce a nada, porque toda la Prensa de izquierdas maneja, por mucha traición que sea, el sambenito de la Prensa. Sin embargo, estrechando el cerco salen a la luz cuatro nombres: Jean Mons, secretario permanente de la Defensa Nacional, que entrega las notas de los acuerdos a Turpin, quien, a su vez, las pone en manos de Labrusse, y éste, a su vez, en manos de Baranés. Los tres primeros forman parte del Comité de Defensa. A Jean Mons le acusan de negligencia en el mantenimiento del secreto, pero los otros dos, Turpin y Labrusse, actúan con plena conciencia. El primero envía comunicaciones al semanario «France-Observateur»,

conectado con Mendes-France, quien aprovecha políticamente las vías de agua del Gobierno. Por el otro lado, Labrusse las facilita a Baranés, quien, a su vez, las pone en comunicación del diputado Astier de la Vigerie (progresista de nombre, pero ligado en la Asamblea a las decisiones mayoritarias de los diputados comunistas) y a dos sectores más.

Los cuatro nombres quedan ya, a finales de 1954, de cara al Tribunal militar. Uno tras otro son detenidos; pero entonces comienza la guerra de los partidos para oscurecer todo lo que se pueda el proceso. Se amontonan periodísticamente las insidias. Los jueces militares tienen que hacer frente a una ofensiva feroz cuando en la investigación tocan nombres importantes. El partido comunista, gran beneficiario de la traición, actúa en el mismo sentido.

Nada puede impedir que poco a poco se esclarezcan algunas cuestiones. Por lo pronto, el secretario de la Defensa queda en una posición terrible. ¿Es posible dejar sin el menor cuidado secretos militares? La encuesta arroja un dato más. Uno de los detenidos, Labrusse, actúa con nombre falso en la Unión Progresista, de Astier de la Vigerie, de quien había sido colaborador en Argelia. Es tanto como demostrar, prácticamente, su conexión con los comunistas. Su nombre en la actividad política es Lyorac.

¿Y el caso de Baranés? Con lo dicho anteriormente es fácil comprender que se trata de un caso complicado. ¿Es un doble agente? Sus declaraciones son contradictorias. Toda la tierra que se echa al asunto no puede impedir que

al final, como hombre clave de la relación con los comunistas y con el comisario Dides, Baranés representa un grave peligro para muchos. Antes de que el hombre medio pueda tener un punto de vista sobre la situación, la batalla política recomienza para destruir psicológicamente a un testigo: Baranés.

Con estas rápidas pinceladas retrospectivas pueden darse idea nuestros lectores de la situación antes de comenzar el proceso.

Y no se puede perder de vista que la situación es tanto más grave cuando, con el proceso en marcha, la guerra de la Policía continúa. No ha sido preciso nada más que ver la entrada de Baylot y del comisario Dides en la segunda audiencia para comprobarlo: el prefecto se ha dirigido a Baranés y le ha estrechado afectuosamente las manos, igual que Dides. Significación oficial para los espectadores: que Baranés hacía un doble juego, pero para descubrir la maquinación comunista. Sus declaraciones posteriores insistirán en ello.

LOS DOCUMENTOS SE- CRETOS PASARON A LOS COMUNISTAS IN- DOCHINOS. SENSACIONAL INFORME

Todo lo que se diga del proceso de las «fugas» será poco. Las incidencias se suceden diariamente, descubriéndose cosas impresionantes. En un momento de las discusiones, cuando el abogado de los periodistas Stéphane y Martinet, de «France-Observateur», pregunta si es posible demostrar que los secretos han pasado a los

comunistas indochinos, el presidente del Tribunal responde:

—Se ha encontrado sobre el cuerpo de un comandante vietminh el informe del general Ely que correspondía enteramente al texto de las notas descubiertas. Además, se ha comprobado que existía en París un representante de los comunistas indochinos. llamado Van Chi. El Estado Mayor comunista los recibió tres días antes de las apariciones en la Prensa.

BARANES Y LA POLICIA TERRITORIAL, FRENTE A FRENTE

Hay un momento de mortal silencio cuando Baranés hace una declaración diciendo que, contra lo que se ha dicho, no era él un informador del partido comunista, sino que recibía los informes de éste.

—¿Por qué ante la D. S. T. ha declarado lo contrario?—pregunta el presidente.

—Porque estaba al final de mis fuerzas. La Dirección de la Vigilancia del Territorio (D. S. T.) me ha sometido a interrogatorios constantes hasta la fatiga. Al final, yo he cedido. ¿Qué quería la D. S. T.? Quería desmantelar todo el informe de Dides y me hizo declarar que yo era comunista... En una ocasión se me ha interrogado durante una noche entera... Eran dieciocho hombres alrededor mio insultándome constantemente... Hacía las ocho de la mañana estaba rendido...

UNA PRUEBA DECISIVA Y ROCAMBOLESCA EN EL PROCESO

Baranés va relatando la intrincada madeja de los acontecimientos. La D. S. T. le denuncia como comunista; la Prefectura de Policía, como un anticomunista. ¿Por qué decidirse?

En esos momentos Baranés explica su situación.

—He recibido siempre los informes del seno del partido comunista. Tengo una prueba. Estando en prisión, cuando mayores eran las presiones sobre mí, solicité ver al comandante Camadeau, jefe del parque militar.

—¿Para qué?

—Para decirle si era o no verdad que durante los meses en que se instruyó, en 1952, el proceso sobre el «complot comunista» había habido un robo en casa de unos vecinos suyos. El partido comunista había querido penetrar en su piso. Hubo un hombre que dirigió esta operación, Malleiret-Joinville; es un hecho que puede ser comprobado.

LOS MINISTROS ACUSADOS DE TRAICION

Con el índice levantado sobre los labios, las cejas en ángulo, Baranés prosigue declarando:

—Todo lo que he afirmado antes lo vuelvo a ratificar nuevamente. Así tengo que decir que Pierre Mendes-France, mientras que Bidault negociaba en Ginebra, tenía una serie de entrevistas sucesivas con Van Chi, representante del Vietminh.

En un momento de pausa añade:

—Os lo advierto a todos. No veremos detenido nunca a Astier de la Vigerie ni a Stephane y

Martinet. Hay un «gang» de la traición que juega en todo este asunto.

Las constantes interrupciones, el asalto de los abogados defensores, el clima de pasión política que se mueve detrás de todo el proceso desata muy a menudo los nervios. Aun el presidente del Tribunal, Niveau de Villedery, termina gritando para interrumpir a uno de ellos.

Los abogados protestan. Pero no existe la menor serenidad. Día tras día los problemas son iguales. Todo el mundo sabe que en el fondo el proceso es una farsa con unos nombres sin prestigio cogidos en la trampa. Los demás, los grandes, están fuera. Porque, en realidad, ¿qué importancia tiene que Baranés sea o no sea comunista, cuando se ha comprobado de manera concreta y causal que las informaciones militares más importantes han pasado al campo enemigo en plena batalla? ¿Qué importa todo eso cuando se comprueba, efectivamente, que ministros y senadores, por motivos partidistas, por el simple juego del Poder, han estado en contacto con interlocutores secretos mientras morían los defensores de Dien-Bien-Phu? Este es el drama extraordinario del proceso. Que nadie se atreva de verdad a ir al grano cuando se demuestra, por ejemplo, que los comunistas han facilitado esos datos. ¿Pero cómo decirlo si tienen más de ciento cincuenta diputados en la Asamblea? Ir a la verdad es tener que ir hasta el final y afrontar, se quiera o no se quiera, el hecho decisivo de que el partido comunista está al servicio de Rusia.

Este grave problema es el que desata los nervios en la sala.

¿QUIEN MANDA SOBRE LOS TRIBUNALES?

El desbarajuste es de tal categoría que cuando Labrusse declara que es imposible hacerle a él culpable de indiscreciones que por su importancia y secreto sólo estaban en condiciones de hacerlas algunos ministros «enterados», añade:

—Un funcionario no puede ser responsable de la sucesiva debilidad de los Gobiernos...

En la sala estallan las risas. Los defensores preguntan si se presentará el general Koening a declarar. ¿Y el mariscal Juin? Sí. ¿Y el ex Presidente Auriol? Posiblemente. ¿Y Mendes-France? El presidente del Tribunal titubea un instante:

—El Consejo de Ministros no lo permite.

—¿Por qué no se levantó la inmundidad parlamentaria de Astier de la Vigerie?

—Porque una orden del ministro de la Defensa Nacional nos lo ha prohibido.

Esta grave declaración la hace el coronel Gordon, haciendo una vez más pública advertencia de que tanto los Tribunales civiles como los militares reciben órdenes, que deben obedecer. El coronel, con sus cinco galones y el pelo un poco caído sobre la frente, hace valerosamente esta declaración: «El Estado nos concede veinticinco francos de gastos de oficina por expediente...»

La cosa es tan ridícula que la

gente se divierte considerando que los días se pierden sin dar un paso adelante.

Una cosa más se descubre: que la Constitución garantiza la inviolabilidad domiciliaria; pero eso no es nada más que en teoría. En la práctica, policías contra policías, han ido dejando determinados documentos comprometidos en las casas de los acusados. Así parece que ha pasado con Labrusse.

Un hombre pálido y desencajado, Jean Mons, interviene:

—Todo el mundo a mi lado traicionaba mi confianza.

El presidente interviene para preguntar las razones de Labrusse para usar un falso nombre en la Unión Progresista.

—¿En la Unión Progresista sabían vuestra verdadera identidad?

—Todo el mundo.

—¿Y en el Comité de Defensa Nacional?

Es imposible oír la respuesta porque todo el mundo se pone de acuerdo para impedirlo. Es un caos completo. Después de un rato de intercambio de insolencias, el fiscal le pregunta:

—¿De qué os ocupabais en la Unión Progresista?

—De cuestiones escolares.

El oficial se ríe y quiere leer un papel en el que, al parecer, se demuestra lo contrario. Pero apenas es oír una frase. El escándalo ha vuelto a comenzar. Hay muchos intereses en el asunto. El proceso escapa de las manos del presidente. Aun así es posible oír este párrafo que lee el oficial. Son unas palabras escritas por Labrusse:

«Si el Gobierno tiene la intención de enviar refuerzos a Indochina, sería necesario pasar a este Gobierno por los Tribunales...»

«YO NO QUERIA SER JUZGADO A PUERTA CERRADA»

El proceso tiene, día tras día, las fantasías de un «vaudeville». El día 13, al interrogar a Baranés, un abogado le pregunta las razones que ha tenido para no decir cómo obtuvo las informaciones de lo acordado por el Comité de Defensa el 16 de mayo de 1954.

—Ahora ya puedo decirlo. Todo lo que pasó el día 16 lo conocí aquella misma noche en la sede del partido comunista. Si se hubiera registrado la casa de Duclos, como yo había dicho, se hubieran encontrado las pruebas de ello, pero no se quiso hacerlo. La D. S. T. me pidió que no hablara de esta «fuga» porque era la única forma posible de cubrir a Stephane.

—Pero eso no es bastante. ¿Cuál fué la razón para que ocultárais durante tres meses esta información al Tribunal?

Hay un largo momento de discusiones entre los abogados. Baranés, puesto de pie, con sus cejas triangulares y el cabello desordenado, espera tranquilamente a que terminen. Luego prosigue:

—¿Queréis saberlo? Pues ahí va: yo no quería arriesgarme a ser juzgado a puerta cerrada bajo un Gobierno de Mendes-France. Mientras él estuvo en el Gobierno se protegió a los comunistas, prueba de ello es que consiguió que se retirara la instruc-



M. Wybot, que detuvo al comisario Dides, encontrándolo en el bolsillo los acuerdos secretos del Comité de Defensa



Mendes-France, ministro sin cartera en el actual Gobierno, que ha prestado voluntariamente declaración en el sensacional proceso

ción del sumario al juez militar para pasarlo a un juez civil...

Entre Labrusse y Baranés, en ese instante, se cruza un áspero diálogo que nadie interrumpe. Labrusse acusa a Baranés de ser espía americano.

Mucha gente, entre el público, a pesar de la mayoría periodística, se siente avergonzado del carácter que están tomando los interrogatorios. No hay que echar nada más que un vistazo para comprobarlo.

LA DECLARACION DE JEAN MONS, SECRETARIO DE LA DEFENSA

La exposición de Jean Mons impresionó, al tiempo, por su sencillez y por su dramatismo. Se tiene la impresión de que todo lo que se decía en el Comité se hacía público inmediatamente. Cuando se produjeron las primeras fugas, Mons entregó al Ejército una lista de las personas que conocían los secretos.

—Yo quería—dice—que la investigación llegara a mis propias oficinas, pero también a los ministerios, cosa que no se hizo...

La acusación está bien clara. Todavía añade:

—El 7 de mayo era Dien-Bien-Phu. El 26 una información secreta era publicada por «L'Express», lo que hizo dimitir a Jacques, uno de los ministros. El 3 de junio, Plevin, afirmó que sabía de fuente segura que todos nuestros secretos estaban en manos de los comunistas...

Al explicar cómo una y otra vez las decisiones de orden militar que se tomaban pasaban a manos del enemigo, Jean Mons comienza a hablar entrecortadamente. Pálido y conmovido el ex secretario de la Defensa: «yo tenía en

Turpin y en Labrusse una confianza total y absoluta. Ha sido la decepción más grande de mi vida.»

¿Evita esto su responsabilidad? Pero está claro, igualmente, que los secretos se filtraban por los ministerios. Que cada uno atendía a las conveniencias de sus propios partidos, a las consignas de orden político. Lo demás no tenía importancia. Lo curioso es que, en estos momentos, cuando se demuestra la traición que sufrieron los defensores de Dien-Bien-Phu por sus propios gobernantes, se pide, a los mismos soldados, que luchen en Argelia.

MITTERRAND Y EL COMISARIO DIDES, EN LA BARRA DE LOS TESTIGOS

Uno de los asaltos sensacionales del proceso ha sido el careo entre Mitterrand y el comisario Dides.

Nada más comenzar a hablar Mitterrand, se levantó Baranés con un grito enorme:

—Usted está mintiendo, señor...

Eran pequeños arañazos. Hay un momento de cierta sensación cuando el ex ministro, que ocupa un altísimo cargo en el nuevo Gobierno declara: «no creo deshonroso estar al comisario Dides. Cuando sospeché que yo podía ser el autor de las «fugas» obraba lógicamente.»

«Por qué no remitió entonces el comisario Dides toda la información que poseía? Según Mitterrand no la envió porque sospechaba que el Ministerio del Interior era responsable. Al explicar la razón de la doble policía dice: «cuando llegué al Ministerio no tenía ninguna información ni ninguna pista. La Prefectura de Policía no me

la había facilitado. Es entonces cuando recurrí a la D. S. T...»

Es un golpe bueno. Primero, suaviza su situación con el comisario Dides. Después le deja al descubierto para atacarle. Es el primero que actúa inteligentemente en el juicio. Mitterrand tiene treinta y ocho años y es abogado.

Inmediatamente, irónicamente, se burla de Baranés y de sus historias. «Supongamos que sea yo el traidor, dice irónicamente...»

Cuando termina, tanto el comisario Dides como Baranés, han recibido un durísimo ataque. Cuando comienza el comisario, sus primeras palabras son para advertir: se ha dicho aquí que yo había preparado un complot contra el Gobierno. Yo tengo otra opinión: se ha querido destruir las pruebas que mi departamento policíaco poseía sobre la personalidad de los verdaderos traidores... se ha llegado a decir aquí que todo el servicio del comisario Dides era un «bluff». Y es verdad, señores, no había nada... Nada más que el comisario Dides y diez inspectores trabajando en el asunto...

Explica cómo su departamento policíaco funciona desde 1947 en la lucha contra los comunistas. Baranés funcionaba normalmente en nuestro servicio como informador y sus noticias fueron siempre perfectamente comprobadas...

Los dos hombres, Mitterrand y Dides, frente a frente, hacen buen papel. Enemigos de altura, no hacen otra cosa que poner de manifiesto cuánto había de sucio y extraño en el comportamiento de todos. Un juego que no servía nada más que a los comunistas. Esta es la verdad. Pero el proceso no ha terminado. ¿Un nuevo caso sin solución?

EL ESPAÑOL

EMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150



Jean Francois Mons, antiguo secretario general permanente de la Defensa Nacional, a la izquierda, llega al Palacio de Justicia con su abogado



Jacques Baranés, acompañado de su abogado, llega al Palacio de Justicia

UN PROCESO SENSACIONAL: EL ESCANDALO DE LAS FUGAS MILITARES

UNOS PRESIDENTES DEL CONSEJO,
VARIOS MINISTROS, UN MARISCAL,
VARIOS GENERALES Y NUMEROSOS
OFICIALES EN EL BANCO DE LOS TESTIGOS



Francois Mitterrand, rodeado de los periodistas, en el momento en que Mendes-France lo nombra ministro del Interior